LAS
MUÑECAS
CHINAS
LETICIA MARTÍN HERNÁNDEZ

LAS MUÑECAS CHINAS

LETICIA MARTÍN HERNÁNDEZ

Título original: *Las muñecas chinas*

Copyright © 2019 por Leticia Martín Hernández

Primera edición: julio de 2019

Diseño de la cubierta: Xavier Comas
Correcciones: Raquel Ramos

Todos los derechos están reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio sin el permiso previo de los titulares del copyright.

www.leticiamh.com

Tal vez sea posible encontrar
aún niños que no hayan
probado la carne humana.
¡Salvad a los niños!

LU XUN, *Diario de un loco*, 1918

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Club de lectores
Otras obras
Nota al lector
Agradecimientos

1

La confesión de Wu Zonglou

Morir es más fácil de lo que pensaba.

—Por muy grandes que sean tus manos —recuerdo que dije unos segundos antes de morir—, nunca podrán cubrir todo el cielo.

Tras decir estas palabras me di la vuelta para irme, pero la persona con la que estaba discutiendo me golpeó por detrás. Cuando a causa del sobresalto me llevé la mano a la herida de la cabeza, perdí el equilibrio y caí al agua. Me refiero al agua que inunda una de las terrazas donde cultivo arroz. No sé si acabé muriendo ahogado o por culpa del golpe, aunque podría asegurar que oí cómo mi cráneo se fracturaba. Es posible que incluso sufriera convulsiones antes de perder la consciencia.

Mi cadáver flota bocabajo entre las plantas de arroz anegadas. Un cadáver, sí, con los ojos, las piernas y los brazos abiertos, porque no siento ni los dedos entumecidos por el agua ni la ropa húmeda pegada a la piel ni el regusto metálico de la sangre.

¿Cómo es posible que esté muerto?

Juraría que no ha pasado ni siquiera una hora desde que hui a hurtadillas de la casa de mi tío. No me resultó difícil colarme. Por suerte, a mi tío no se le había ocurrido cambiar la cerradura y entré sin más con mi propia llave. Después de rebuscar por todas partes, hallé el libro dentro de un baúl polvoriento que emitió un suspiro mohoso al abrirlo. Estoy hablando del libro que traza la genealogía de mi familia hasta el primer antepasado que migró al pueblo desde no sé qué otro lugar de China, hará cerca de cuatrocientos años. Con reverencia, acaricié la cubierta acartonada y olí las páginas amarillas del *jiapu*, que es así como se denomina.

Pues bien, con el libro oculto bajo la chaqueta, escapé ladera abajo entre las terrazas de arroz. De joven podía descender por ese vertiginoso camino embarrado con facilidad, incluso con una azada al hombro, pero de eso hace mucho tiempo. Con casi cincuenta años, echo de menos ser joven, aunque añoro todavía más a mi hija. Parece mentira que solo hayan transcurrido dos días desde que se marchara. Es cierto cuando dicen que un día sin ver a un ser querido es tan largo como tres otoños. Me gustaba contarle chistes o hacerle cosquillas para que dejara al descubierto el hueco que tiene entre los dos dientes

de delante. Mi hija siempre se tapa la boca con una mano cuando se echa a reír porque se avergüenza de tener las paletas separadas. También añoro a mi mujer, pero no tanto como antes. Después de todo, han pasado muchos años desde que se fue.

Las terrazas de arroz que cubren las laderas del valle reflejan la luna llena con tanta perfección que es como si miles de ojos redondos me estuvieran observando. Es así porque las veo de la misma forma que mi cadáver, desde arriba, como si estuviera flotando a cierta altura del suelo.

Todas estas tierras pertenecieron a mi familia durante siglos, todas estas terrazas escalonadas que descienden más de mil metros desde las lindes del pueblo hasta casi el fondo del valle. Contra todo pronóstico, siguieron siendo propiedad de mi familia tras la caída del último emperador, incluso durante el convulso período posterior, hasta que los comunistas se apropiaron de todo a principios de los años cincuenta. Cuando asesinaron a mi padre, había pasado más de una década desde que lo perdiéramos todo. ¿Qué nos quedaba? De los cientos de hectáreas que poseíamos, solo conservábamos dos terrazas que apenas nos permitían subsistir. Sin embargo, a mi padre lo acusaron de ser un terrateniente, un contrarrevolucionario, a pesar de que trabajaba de sol a sol sin que nadie le echara un cabo. Los del pueblo le ataron las manos a la espalda, le colocaron un sombrero blanco con forma de cucurucho y le colgaron del cuello un pesado cartel de madera con su nombre atravesado por una cruz roja. La plaza estaba a rebosar porque nadie quería perderse el espectáculo.

Por aquel entonces, no era más que un crío de doce años, pero recuerdo bien cómo arrastraron a mi madre hasta la plaza para que presenciase el juicio. Con las manos también atadas a la espalda, la obligaron a arrodillarse delante de la tarima que habían construido a modo de escenario. El alcalde acusó a mi padre de explotar a los campesinos. ¿De quién se había aprovechado mi padre cuando no nos quedaba ni un sirviente? Todos los reunidos vitorearon sus palabras como si fueran verdad. Comprendí que siempre habrá quien crea que hasta a las serpientes les crecen patas. Cuando el alcalde anunció la sentencia de muerte, un miliciano apuntó a mi padre con un rifle y disparó dos veces. El sonido de los tiros fue ensordecedor.

¡Bang!

¡Bang!

El cuerpo de mi padre se inclinó un poco hacia delante y el miliciano disparó de nuevo.

¡Bang!

Mi madre, que no había ni siquiera llorado hasta ese momento, emitió un aullido desgarrador cuando el miliciano tiró de la lengua de mi padre para cortársela. Gritó que le cortaran la lengua a ella, pero

que dejaran intacto el cadáver de su marido. Por supuesto, nadie le hizo caso. Nos enteramos más tarde de que uno de los ancianos del pueblo quería una lengua humana porque un perro le había mordido y, por más que consultara a todos los médicos de la región, la herida no hacía más que empeorar. Un curandero le había recomendado que secase una lengua humana al sol, que la moliera y, por último, que esparciese el polvo por la herida. El anciano acabó muriendo a los pocos días porque la rabia no se cura con lenguas molidas. Desde entonces, odio a los curanderos tanto o más que a los políticos.

Como sabía que la boca era la puerta por donde escapaban las desgracias, no rechisté cuando ocurrió todo aquello. Cada vez que hablaba con alguien, confesaba de inmediato que me avergonzaba de mi padre porque había sido un contrarrevolucionario. Solo así pude evitar que nos echaran a mi madre y a mí del pueblo. «Mi padre era un terrateniente y merecía morir», le decía a todo el mundo. Por lo demás, sobrevivimos gracias a nuestra diminuta parcela de terreno. La tierra era fértil y el arroz crecía con la misma facilidad que las malas hierbas. Mi madre, sin embargo, acabó bebiéndose una botella de raticida pocos años después, supongo que incapaz de desprenderse del dolor.

Tras la muerte de mis padres, lo único que me quedó fue la tierra. ¿Quién se encargará ahora de cosechar el arroz cuando las espigas estén maduras? Hace solo una semana que sembré los plantones de arroz, tan verdes como el jade. Primero, la terraza de abajo y, después, la de arriba. Había trabajado sin descanso. Un plantón cada veinte centímetros o así, por hileras, con el agua hasta las pantorrillas. Cogía un plantón, lo hincaba bien y a por el siguiente. Por supuesto, antes de sembrar los plantones —porque no conviene ofender ni a los dioses ni a los espíritus—, no me olvidé de llevar a cabo la ceremonia para garantizar que las terrazas se mantuvieran irrigadas hasta el momento de la cosecha. Una mañana, poco después del amanecer, clavé un palo adornado con plumas de gallina y, al lado, coloqué una bandeja con huevos, algo de arroz cocinado y una taza de té.

La verdad es que nunca pensé que moriría antes que el viejo búfalo con el que araba la tierra. Una de mis principales preocupaciones hasta que se marchó mi hija había sido que el animal se muriera. Sin dinero para comprar una bestia nueva, no sé cómo me las hubiera arreglado para tirar del arado. El viejo búfalo había sido mi compañero de fatigas desde que lo compré cuando no era más que un ternero. Detrás del arado, lo había elogiado o maldecido según estuviera de buen o mal humor. Eso sí, hubiera preferido tirar mil veces del arado a estar muerto. Me imagino que mi padre también hubiera preferido estar vivo. Tras dispararle a bocajarro con un rifle, no sufrió ninguna convulsión, sino que murió sin más, sin aspavientos.

Como era de esperar, enterraron su cadáver fuera de la protección del pueblo, una tumba sin nombre. ¿Dónde me enterrarán a mí? ¿O dejarán que me pudra sin siquiera sacarme del agua?

Creo que no lo mencioné antes, pero a mi padre lo denunció su propio hermano, aunque de esto no me enteré hasta más adelante. O medio hermano, para ser más exactos, porque mi tío es hijo de la segunda mujer con la que se casó mi abuelo. Mi tío se llama Wu Congfa, con cara de ratón y una barba que parece la pelusilla de moho que le crece al tofu cuando se estropea. Quizás tuviera miedo de que lo acusaran también a él de algo porque, durante esos años, la consigna era eliminar a todos los enemigos de la Revolución: terratenientes, contrarrevolucionarios, malas influencias, traidores, espías, intelectuales. Supongo que pensó que se salvaría si tiraba la primera piedra. No iba desencaminado porque, de hecho, sobrevivió a la criba de esos años sin sufrir ningún rasguño.

Mi tío no es más que un viejo zorro que no es consciente de que su propia cola apesta. Sospecho que siempre había envidiado a mi padre por haber tenido un hijo sano, fuerte, digno de llevar con orgullo el apellido familiar. Su único hijo, por el contrario, es el idiota del pueblo, incapaz de decir dos palabras seguidas. Mi tío podía haber intentado tener más descendientes. Después de todo, la política del hijo único no se instauró hasta más adelante. Quizás lo intentase, me refiero a tener más hijos, pero no volvió a casarse cuando enviudó.

¿Se hundirá mi cuerpo hasta el fondo enlodado de la terraza o seguirá flotando entre las plantas de arroz hasta que alguien me encuentre? Debería darme igual lo que ocurra con mi cadáver ahora que tanto mi mujer como mi hija se han marchado. Recuerdo bien el día de mi boda. Mi mujer no tuvo una boda normal dado que se casaba con el hijo de un contrarrevolucionario. Creo que aceptó casarse conmigo porque su familia era tan pobre que incluso un paria, por tener una parcela de terreno, era un buen partido. Nadie sacrificó un cerdo para que el chamán pudiera interpretar los augurios con el hígado del animal. Ninguna procesión con tambores y gongs la escoltó de su pueblo al mío. Por supuesto, tampoco hubo invitados ni regalos. Como dicta el ritual, sí que erigí dos palos de bambú, uno a cada lado de la puerta de mi casa, entrelazados con hilos negros y blancos. Con las manos unidas, pasamos entre los palos tras romper los hilos. Solo esto pude ofrecerle a mi mujer.

Cuando nos casamos, poco quedaba del esplendor de la casa que mis bisabuelos o tatarabuelos mandaron construir con su precioso patio, dos alas con habitaciones e, incluso, unas dependencias para los sirvientes. Poco después de mi boda, parte de un ala se derrumbó por culpa de las termitas. Por las noches podías oírlas comiéndose la madera de las vigas. Teníamos, no obstante, una cocinilla de gas y una

pequeña nevera, aunque no nos pudiéramos permitir ningún otro electrodoméstico.

Mi mujer no tuvo una vida fácil. Era tan silenciosa que tenías que mirar dos veces para cerciorarte de que estaba a tu lado. Cuando dio a luz, la comadrona ni siquiera se quedó a esperar los primeros tres llantos del bebé. Con el primer llanto, el recién nacido informa a los dioses de su existencia. Con el segundo, les ruega prosperidad. Con el tercero, les pide poder vivir hasta los cien años.

De acuerdo también con la tradición, mi padre debería haber sido el encargado de elegir un nombre para el bebé durante una celebración con vecinos, familiares y suculentas bolas de arroz. Como mi padre había muerto y nadie vino a celebrar el nacimiento de mi hija, no me quedó más remedio que hacerme cargo de buscar un nombre apropiado. Dado que nació con las primeras luces del día, el nombre que elegí fue Mingxia, que hace referencia al brillo anaranjado de las nubes al amanecer. Así es, mi hija se llama Wu Mingxia: Wu de apellido y Mingxia de nombre. No me sentí desilusionado por el hecho de que fuera una niña. Muchos piensan que educar a una hija es una pérdida de tiempo porque todo el beneficio se lo acaba llevando la familia de su futuro marido. Por este motivo, prefieren tener un niño que acarree el apellido familiar. Sin embargo, las multas por tener un segundo hijo no son solo cuantiosas, sino que funcionarios acompañados por médicos recorren los pueblos esterilizando a las mujeres e, incluso, obligándolas a abortar. ¿Por qué habríamos de arriesgarnos a que nos multaran? Mi hija, además, me robó el corazón desde que la acuné por primera vez.

Durante un instante, me distraigo con los sonidos de la noche. Estar muerto no me impide oír el croar de una rana. Otra rana responde unos metros más allá sin saber si, con la llegada del día, sobrevivirá a la gula de las garzas.

¿Qué estaba contando? Es verdad, el nacimiento de mi hija. Dos meses después de que mi mujer diera a luz, nuestros vecinos comenzaron a rumorear que el espíritu maligno de mi padre me había poseído. Son muchos los que aún creen que los espíritus de los que mueren de manera violenta, como fue el caso de mi padre, están al acecho de los vivos para poseer sus cuerpos al más mínimo descuido. Una vez que un espíritu maligno te posee, puede obligarte a cometer cualquier fechoría. Con este pretexto me acusaron no solo de engatusar a una chica del pueblo, sino de dejarla embarazada. Por suerte, nadie murió por aquel entonces o, de lo contrario, me hubieran acusado de ser un asesino.

Por culpa de las habladurías, terminaron por echarnos de nuestra casa. Como dicen, las lenguas de la gente pesan poco, pero pueden aplastarte con facilidad. Los hombres del pueblo se pintaron la cara

con hollín y nos persiguieron con palos de madera. El chamán incluso sacrificó a un perro y embadurnó con su sangre los postes de la puerta sagrada por la que se entra al pueblo. Nos vimos obligados a huir por esa puerta que protege al pueblo de los espíritus malignos, apenas una viga transversal montada sobre dos palos de madera. Sé que más de uno de mis antiguos vecinos, cuando abandona la protección del pueblo para ir a arar las tierras o realizar cualquier otra labor, no se olvida de dibujar tres círculos con una herramienta de metal para ahuyentar el espíritu de mi padre. Siempre supuse que, de rondar por los alrededores, mi padre tendría algo mejor que hacer que asustar a mis estúpidos vecinos.

Cuando nos expulsaron, escapamos con lo puesto. Lo único que pude salvar fue unos libros y el erhu que mi padre me había enseñado a tocar. Una de las cuerdas del instrumento se rompió durante la huida. Poco después, me enteré de que mi tío se había mudado a mi casa con toda su familia. Solo cuando mi hija se marchó, conseguí reunir el coraje necesario para volver a mi antigua casa y recuperar el *jiapu*. Por suerte, pude esconderlo antes de que me golpearan, así que no creo que nadie pueda encontrarlo, mucho menos mi tío.

Me elevo aún más hasta que mi cadáver no es más que un bulto irreconocible. Busco la casucha donde nos vimos obligados a vivir después de que nos expulsaran, una choza a las afueras del pueblo que antes solo empleaba para guardar los aperos de labranza. Una sola habitación, un hogar de arcilla para cocinar, unas esterillas que hacen las veces de colchón. El viento se cuela entre los ladrillos de adobe y la humedad puede casi masticarse. Robaba la electricidad enganchando un cable al tendido que subía del fondo del valle. Tan precario era el apaño que los cortes de luz eran constantes. La casucha tampoco tenía agua corriente. Debíamos traer el agua de un pozo que estaba a más de un kilómetro de distancia.

Mi mujer no pudo soportar la humillación. Debe de ser cierto que ninguna flor sobrevive más de cien días. Cuando regresé a casa una tarde tras haber ido al mercado de la ciudad más cercana para trocar un saco de arroz por una hoz nueva, me encontré a Mingxia gateando sin supervisión entre los patos, las gallinas y los cerdos. Mi mujer se había ido llevándose consigo solo el vestido rojo con el que se había casado. Nunca supe si se marchó porque creyó que la había engañado con otra o porque se cansó de las corrientes de aire, de la humedad y de los cortes de luz.

Continúo elevándome. Comienzan a aparecer por doquier terrazas y más terrazas hasta donde se pierde la vista, todas cubiertas de agua. Como si fuera una garza, sobrevuelo el pueblo con sus poco más de cincuenta casas arremolinadas alrededor de la plaza donde asesinaron a mi padre. Muchas casas tienen un tejado con forma de seta que hace

las veces de cobertizo. Me detengo durante unos segundos sobre el patio de la casa donde crecí. Nadie ha reparado la sección que se derrumbó, pero el tejado de la parte habitada es nuevo. Supongo que es mi tío quien se ha encargado de arreglarlo. Sobrevuelo la puerta sagrada hasta dejar atrás el pueblo. Sin apenas darme cuenta, alcanzo el bosque, casi siempre oculto por las nubes que cubren las cimas de las montañas. Pinos, alisos, robles, bambúes, ratanes. Gano cada vez más altura, hasta que el condado de Yuanyang no es más que un diminuto punto verde apretado entre el río Rojo y la frontera con Vietnam. Si sigo así, podré ver todas las montañas de la provincia de Yunnan, la meseta tibetana al oeste, el mismísimo desierto de Gobi al norte.

Detengo mi vuelo porque no puedo irme todavía, no cuando aún no sé dónde está Mingxia. Mi hija se marchó hace dos días, con solo diecisiete años. Casi dos días que me han parecido una vida entera. Hubiera pensado que la llegada del nuevo milenio acallaría las habladurías, pero nada más lejos de la realidad. Las malas lenguas le contaron el crimen del que me acusaban. Cuando Mingxia me exigió que le dijera la verdad, no pude evitar pegarle un bofetón. Nunca le había puesto la mano encima. Estúpido de mí, preferí que me odiara a que descubriese que había sido un cobarde toda mi vida. ¿No dicen acaso que el hombre que actúa antes de pensar tres veces no tendrá más que remordimientos?

He acabado perdiéndolo todo. Perdí primero a mis padres. Después, a mi mujer y, ahora, incluso a mi hija. Como un cobarde, me limité a sofocar el llanto cuando fusilaron a mi padre, a beberme las lágrimas cuando, más adelante, mi madre se suicidó. Cuando mi mujer me abandonó, no intenté buscarla para suplicarle que regresara. Sin embargo, tras ver cómo Mingxia desaparecía ladera abajo con una mochila a la espalda, supe que no podía seguir cargando con las culpas de otros. Eso mismo le dije a la persona que me golpeó por detrás con un palo o con una roca.

Regreso, por tanto, a mi casa con los patos, las gallinas, los cerdos y el viejo búfalo. Cuando toco el suelo, mis piernas han dejado de ser piernas. Son patas peludas con garras. Cuatro patas, porque mis manos también han dejado de ser manos. Troto hasta esconderme tras la montaña de estiércol que utilizo para abonar la tierra. Debo esperar como sea porque no puedo irme hasta que vuelva a oír la risa de mi hija, hasta que vea otra vez el hueco entre sus paletas. Con el olor a boñigas, me siento adormecer y sueño con Mingxia. Tiene de nuevo cuatro o cinco años y corre hacia mí con la cara manchada de barro.

—Encontré una piedra preciosa —grita mientas me muestra un pedazo de cristal—. ¿Me la guardas?

Sin atreverme a decirle que no tiene ningún valor, guardo el

pedazo de cristal dentro de una cajita para que no se pierda.

—Lávate las manos, que la comida está lista —le ordeno.

Sueños como este me acompañarán mientras espero a que Mingxia regrese. Supongo que mi cuerpo —no el que tengo ahora, sino mi verdadero cuerpo— acabará pudriéndose. Poco importa, porque los muertos no tenemos prisa. La comida debe comerse bocado a bocado, igual que un camino debe recorrerse paso a paso. Solo sé que no pienso permitir que los pecados de mi generación descarrilen el futuro de mi hija.

Mi único consuelo es que, si el espíritu de mi padre aún ronda por el pueblo, quizás podamos brindar y emborracharnos juntos. Quiero chillar para que a mi padre le sea más fácil encontrarme, pero me sorprendo cuando el sonido que sale de mi garganta es el ladrido de un perro.

2

Cuando Wu Mingxia llegó a la ciudad, no fue más que uno de los cientos de pasajeros que salieron desbocados de los vagones del tren con la ropa arrugada y el rostro pálido por el cansancio. Con diecisiete años recién cumplidos, era la primera vez que Mingxia veía a tanta gente junta. Sin saber adónde ir, con una mochila a la espalda, una camiseta con cercos de sudor bajo los sobacos, unos vaqueros manchados porque le habían derramado un refresco pringoso encima y unos mechones de pelo que se le habían desprendido de la coleta, la marabunta a su alrededor parecía estar a punto de tragarla. Los altavoces anunciaban la llegada de un tren tras otro o pedían a alguien que se acercara a uno de los mostradores porque su hermano, su primo o su tío lo estaba buscando. Un hombre con un bigote fino le gritó a una mujer que se diera prisa porque iban a perder el tren. Unos músicos callejeros con flautas de bambú tocaban una canción que se volvía más desenfrenada con cada moneda que recibían.

Incluso después de dos días, Mingxia estaba segura de que aún tenía la mejilla enrojecida. Las palabras de su padre, sin embargo, le habían dolido más que la cachetada que le pegó. Cuando corrió a exigirle que le contara la verdad, su padre continuó recogiendo las malas hierbas con su rastrillo, como si nada.

—Hubiera preferido no nacer a tener un padre con la sangre maldita —chilló Mingxia con la convicción del adolescente que cree saberlo todo.

Su padre soltó el rastrillo para pegarle una bofetada.

—Hablas igual que ellos.

—¿Ellos? —preguntó Mingxia mientras se frotaba la mejilla.

—Sí, ellos —escupió su padre al tiempo que apuntaba con un dedo a las casas del pueblo que se discernían a lo lejos—. Preferiría que te marchases de casa a que hablases como ellos.

—¿Estás diciendo que quieres que me marche?

Su padre recogió el rastrillo del suelo sin dignarse a responder.

Tras unos segundos de incredulidad, Mingxia se dio la vuelta para ocultar las lágrimas. Seguía sin poder contener el llanto cuando cerró la puerta de su casa y echó a correr por el sendero que bajaba hasta la parada de autobús.

Necesitó dos días, un autobús y un tren para huir.

Los empujones de la gente condujeron a Mingxia fuera de la estación de tren. Una mujer que cargaba una caja al hombro chocó con ella.

—Estúpidos pueblerinos —refunfuñó la mujer.

Era casi de noche y el caos del exterior nada tenía que ver con la tranquilidad del valle donde Mingxia había crecido, a más de mil quinientos kilómetros de distancia.

Las luces a su alrededor la encandilaron. Los altos edificios de metal y cristal atrapaban la humedad proveniente del delta del río de las Perlas. De las fachadas de los edificios colgaban carteles que anunciaban desde pantalones al por mayor hasta descuentos del cincuenta por ciento por la compra de una nevera. El ruido era ensordecedor: bicicletas, calesas, triciclos, motos, coches, camiones. Los vehículos se adelantaban unos a otros como si compitieran por llegar los primeros a cualquiera sabe dónde. Los conductores no paraban de hacer sonar los cláxones y los peatones cruzaban la calle sin mirar si se aproximaba un coche o no. Unos metros más allá, dos mujeres vendían pañuelos de seda de todos los colores mientras un barrendero, con una pala, recogía las colillas que había amontonado con su escoba. Mingxia arrugó la nariz porque la ciudad olía al gas de los tubos de escape, al asfalto todavía caliente, al aceite refrito de soja, cacahuete o colza que emanaba de los restaurantes.

Con la misma indecisión que debe de sentir un paracaidista antes de saltar por primera vez de un avión, Mingxia se dejó devorar por la monstruosa ciudad. Le rugieron las tripas cuando pasó por delante de un puesto de comida con unos suculentos bollos rellenos, pero no le quedaban más que unas pocas monedas. Había huido de casa con el dinero justo para comprar el billete de tren. El dinero se lo robó a su padre de la lata que escondía detrás de los únicos tres libros que poseía. Libros con poemas escritos hacía cientos de años. «Son nuestro único legado», le había dicho su padre cuando la vio una vez hojeando uno de ellos. Mingxia apartó a un lado los libros, cogió el dinero de la lata y metió algo de ropa dentro de su mochila. Solo dudó unos segundos al ver el pequeño pez de escamas doradas nadando dentro de su pecera de cristal. Su padre lo encontró un día que había ido a pescar. Ninguno de los dos podía explicarse cómo aquel pez tropical había nadado hasta las terrazas anegadas que, durante los meses de invierno, antes de la siembra, se utilizaban para criar carpas.

La ciudad pareció cobrar aún más vida cuando se hizo de noche. Mingxia se entretuvo un rato observando a una mujer con una sonrisa sin dientes que, sentada delante de un altar con figuritas de dioses, golpeaba un trozo de papel con una zapatilla.

—Por diez yuanes puedo librarte de tu mala suerte o, si prefieres, puedes desearle mala suerte a otra persona —dijo la mujer sin dejar

de golpear el trozo de papel.

Las varillas de incienso del altar desprendían un olor mareante.

Mingxia sintió de pronto que algo le tiraba del pelo. Sin saber cómo, unos mechones de su coleta habían quedado prendidos de la mochila de un chico, que continuó avanzando sin percatarse de que la estaba arrastrando consigo. Cuando logró liberarse, se le soltó el coletero y la larga cabellera negra le barrió por completo la espalda.

Un hombre con una boina se detuvo delante de ella.

—Tienes un cabello precioso —dijo mientras cogía un mechón de pelo entre sus dedos y lo acariciaba.

Mingxia le pegó una patada al hombre y regresó corriendo a la estación de tren. El hombre lanzó un exabrupto y se agachó para frotarse la espinilla.

Cuando Mingxia alcanzó los asientos de plástico del vestíbulo, se sentó con la mochila apretada contra el pecho.

La estación se fue vaciando con el paso de las horas y, unos minutos antes de las doce de la noche, los altavoces anunciaron que el último tren estaba a punto de salir. Sin el bullicio de los pasajeros, lo único que quedó fue el suelo lleno de envoltorios, vasos de plástico y chicles pegados a las baldosas.

El estómago de Mingxia rugió de nuevo.

—¿Tienes hambre? —le preguntó una anciana con el rostro plagado de manchas que acababa de sentarse a su lado.

La mujer sacó un paquete de fideos instantáneos del interior de una bolsa de plástico. Cuando vació los fideos dentro de un tazón y los mezcló con un chorro de agua caliente que vertió de un termo, las tripas de Mingxia volvieron a rugir.

—Espera a que se enfríen un poco —le recomendó la anciana tras ofrecerle el tazón y unos palillos de madera.

Mingxia sopló el contenido del tazón varias veces antes de atrapar unos cuantos fideos con los palillos.

—Muchas gracias —consiguió balbucir con la boca llena.

La mujer respondió con un gruñido antes de cruzar las manos sobre el regazo, echar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos.

Una paloma que había estado sobrevolando el vestíbulo se posó cerca de los pies de Mingxia, pero remontó el vuelo cuando se percató de que ninguna miga caería al suelo.

Poco después, un policía con un uniforme azul se acercó haciendo bailar una porra.

—Debéis desalojar la estación —les ordenó—. Está prohibido dormir aquí.

—No puede echarnos —se quejó Mingxia.

La anciana, tras tocar el antebrazo de la chica con una mano para acallar sus protestas, le ofreció un billete al policía. Mingxia no pudo

ver de cuántos yuanes era. El policía aceptó el billete y se alejó silbando una melodía.

—No nos volverá a molestar. Con dinero puedes conseguir que hasta el peor de los demonios te ayude a empujar la rueda de un molino —musitó la mujer después de cerrar de nuevo los ojos—. Duerme aquí si no tienes otro sitio. Es más seguro que la calle.

Cuando Mingxia terminó de comerse los fideos, la anciana roncaba a su lado con el abandono de quien no tiene nada que perder. Mingxia se recostó como pudo entre los asientos de plástico, cerró también los ojos y se dejó acunar por los ronquidos de la mujer, que sonaban igual que los troncos de los bambúes al ser mecidos por el viento.

Esa noche soñó con su casa, con el viejo búfalo, con las terrazas anegadas. Soñó también con un cuerpo que flotaba bocabajo entre el arroz recién plantado. Cuando le dio la vuelta al cuerpo para averiguar de quién se trataba, se encontró de frente con los ojos sin vida de su padre. «La tierra es lo más importante», dijo alguien de repente. Reconoció la voz de su padre, aunque los labios azulados de aquel rostro hinchado por el agua no se habían movido. «¿Quién se encargará ahora de proteger la tierra?», se lamentó esa misma voz.

Mingxia se despertó sobresaltada.

La luz matutina penetraba por los ventanales y la estación de tren era de nuevo un barullo de personas que iban y venían.

No se había desprendido aún de la pesadilla que acababa de tener cuando se dio cuenta de que la anciana la estaba mirando.

—Dame la mano derecha —dijo la mujer.

—¿La mano?

La anciana cogió la mano derecha de Mingxia y trazó las líneas de la palma con un dedo arrugado.

—Ha ocurrido una tragedia —susurró—. Deberías regresar cuanto antes a tu casa.

—No pienso volver. —Mingxia apartó la mano con brusquedad.

—¿No regresarías ni siquiera por los saltamontes?

—¿Los saltamontes?

—Sí, los saltamontes.

—No sabe de lo que está hablando.

La mujer, tras encogerse de hombros, se levantó, planchó con las manos el largo de su vestido para eliminar las arrugas y se colgó la bolsa de plástico del antebrazo.

—Es hora de que me vaya.

—¿Nos volveremos a ver? —le preguntó Mingxia.

—Espero que no porque este no es un lugar para alguien tan joven.

La anciana se alejó unos metros con pasos cortos, pero se detuvo para mirar de nuevo a Mingxia.

—Una vez que atas dos saltamontes con el mismo hilo —dijo—,

uno no puede sobrevivir sin el otro.

La cabeza plateada de la mujer se perdió entre la multitud antes de que Mingxia pudiera preguntarle a qué se refería.

¿Por qué razón había mencionado a los saltamontes?

Cada primavera, una vez plantado el arroz, se celebraba una gran caza de saltamontes. Todos los niños del pueblo participaban. Mientras los adultos arrancaban las malas hierbas que habían crecido entre el arroz o que obstruían los caminos tras la temporada de monzones, los niños se reunían para cazar saltamontes. Tras atrapar un buen número, corrían hasta la convergencia de dos senderos cualquiera y los empalaban con varas bien afiladas. De esa forma, enseñaban a los insectos que lo mejor que podían hacer era no amenazar la cosecha de arroz.

Con ocho años recién cumplidos, a Mingxia le encantaba cazar saltamontes. Con el agua hasta casi la cintura, se adentraba por las terrazas anegadas y removía cada una de las plantas de arroz porque, durante el día, a los insectos les gustaba esconderse entre los tallos. Su único desconsuelo era que ningún niño quería jugar con ella. «Tu padre es un demonio», le gritaban a coro siempre que la veían. O peor incluso, se burlaban de ella por tener la misma sangre maldita que su padre. Todos menos Feihong, con las rodillas sucias, el pelo de punta y dos hoyuelos que le iluminaban el rostro cada vez que sonreía.

—¿Quieres cazar más saltamontes que ellos? —le propuso Feihong tras ahuyentar a los cuatro o cinco niños que se divertían tirándole de las dos coletas con las que su padre solía recogerle el pelo.

Feihong le enseñó un truco para cazar saltamontes. Cada uno por un extremo, barrieron la terraza de lado a lado con una cuerda a la que ataron unas bolsas de plástico. Con el ruido de las bolsas, los insectos se asustaban y huían volando.

Esa misma tarde, nada más regresar a casa, Mingxia le contó a su padre que alguien le había enseñado a cazar saltamontes con una cuerda y unas bolsas.

—¿Quién te enseñó?

—Me enseñó Wei Feihong —respondió Mingxia con los ojos brillantes por la emoción.

La mirada de su padre se endureció.

—No quiero que vuelvas a jugar con él.

—¿Por qué?

—Puedes jugar con quien quieras, excepto con Wei Feihong.

—No es justo —se quejó Mingxia—; nadie más quiere jugar conmigo.

Por supuesto, Mingxia no obedeció a su padre. Un día tras otro, siguió reuniéndose a escondidas con su nuevo amigo. Lo hizo porque Feihong había rescatado del barro los coleteros que los otros niños le

habían quitado y, después de limpiarlos con un poco de agua, le había rehecho las dos coletas, una a cada lado de la cabeza.

—No llores más —dijo Feihong tras retocar la segunda coleta porque no había quedado a la misma altura que la primera—. Prométeme que no volverás a permitir que te hagan llorar.

Mingxia se secó las lágrimas con una mano sucia que le dejó las mejillas manchadas de barro. Luego, avergonzada, bajó la mirada.

—Mi padre no es un demonio.

—Por supuesto que no lo es. —Feihong sacó una cuerda y unas bolsas de plástico de los bolsillos de su pantalón—. ¿Te gustaría que te enseñara un truco para cazar saltamontes? Tiene que ser rápido porque mi madre está enferma y no quiero dejarla sola mucho tiempo.

—¿Tu padre no puede acompañarla?

—No tengo padre.

—¿Quieres que te preste el mío? —sugirió Mingxia.

Feihong le regaló su sonrisa con hoyuelos antes de atar la primera bolsa a la cuerda.

3

Nunca regresaría al pueblo, ni siquiera por los saltamontes, porque Feihong también había acabado traicionándola.

Mingxia se encaminó al baño de la estación de tren para asearse: un poco de agua bajo los sobacos, una camiseta limpia y ningún mechón de pelo fuera de la coleta. Cuando estaba a punto de salir del baño, escuchó risas detrás de una de las puertas cerradas. Identificó la risa cantarina de una mujer, la carcajada estruendosa de un hombre. Ruborizada, escapó del baño antes de que la puerta se abriera.

El calor que sintió nada más salir a la calle no había conseguido enlentecer el trajín de la ciudad. Los perros callejeros jadeaban y los viandantes se abanicaban con periódicos o con lo que tuvieran a mano. La compuerta trasera de un camión se había abierto y cientos de cajas bloqueaban la calle. Botes de champú, pastillas de jabón y gorros de ducha se habían desparramado por toda la calzada. Los cláxones de los coches que esperaban impacientes a que desbloquearan la calle creaban una música cacofónica y los gorros de ducha volaban de un lado a otro como si fueran una bandada de palomas. Los únicos vehículos que lograban salvar las cajas, los botes de champú, las pastillas de jabón y los gorros voladores eran las bicicletas, las motos y alguna que otra calesa cargada con dos o tres pasajeros.

¿Izquierda o derecha? Como daba igual, Mingxia giró a la derecha para evitar a la mujer con la sonrisa desdentada que seguía golpeando la mala suerte con una zapatilla. Lo único que sabía era que el agua que corre a lo lejos no puede saciar la sed, por lo que tendría que ir como fuera al río si quería conseguir un trabajo.

Sin importarles el bochorno, los vendedores de los puestos que abarrotaban la acera ofrecían a grito pelado relojes, calzoncillos, medias de nailon, sujetadores, bisutería y rodajas de fruta fresca que vendían dentro de bolsas de plástico para protegerlas del humo que despedían los coches. Mingxia se sintió abrumada por la marea de gente, por el estruendo de las taladradoras, por el olor a asfalto caliente. Dio un respingo cuando, al pasar delante de cuatro hombres que jugaban una partida de *mahjong*, uno de ellos levantó la mirada para soltarle un piropo.

Las paredes de los edificios estaban cubiertas con carteles de todo

tipo: empresas que necesitaban repartidores, clínicas que por un módico precio te hacían la prueba de la sífilis o de la gonorrea, familias que buscaban a un padre, a un hijo o a un sobrino. «Se fue de casa hace cinco años, piel oscura con marcas de viruela, complexión delgada, mide un metro y setenta centímetros», rezaba uno de los carteles.

Un hombre sin piernas la agarró por un tobillo. Con un acento casi imposible de entender, le contó que su mujer había muerto, que tenía un hijo enfermo y que había viajado a la ciudad porque la única esperanza que le quedaba era pedir limosna. Mingxia escapó de la desesperación que manaba de los ojos del mendigo.

Detuvo sus pasos cuando llegó a la altura de un grupo de mujeres que, delante de un edificio con la fachada ennegrecida por la contaminación, cosían lentejuelas a lo largo de las perneras de unos pantalones vaqueros. Dos niños pequeños gateaban entre las gigantescas pilas de pantalones de todas las tallas.

—¿Sabes si el dueño necesita más trabajadores? —le preguntó a una de las mujeres.

La mujer señaló la entrada del edificio sin siquiera levantar la mirada del pantalón que estaba cosiendo.

El tableteo de las máquinas de coser del interior le acribilló los oídos. Cerca de cincuenta mujeres trabajaban sin parar con las cabezas gachas. Pespuntaban los vueltos de los pantalones, cosían los bolsillos traseros o las presillas de la cintura, unían una pernera con la otra. Un solo ventilador colgaba del techo y el calor era infernal.

—¿Qué quieres? —Un hombre con los dientes manchados por la nicotina y el alquitrán del tabaco la miró de arriba abajo.

—Busco trabajo.

—Déjame ver tu carné de identidad.

—¿Mi carné de identidad?

—Sí, tu carné.

Mingxia le enseñó su documento de identidad, con una foto de bajísima calidad de hacía varios años.

—Lo siento, no puedo contratarte —dijo el hombre.

—¿Por qué?

—Los de tu provincia sois todos unos gandules.

—No es verdad —se quejó Mingxia—; permítame que se lo demuestre.

—Lo siento, pero no tengo trabajo para ti. —El hombre la empujó de malos modos hasta la calle—. Basta una cagarruta de ratón para estropear toda la sopa del caldero.

Mingxia se recorrió una fábrica tras otra. Cada una manufacturaba algo distinto: botones de todos los colores, vasos de plástico, paraguas automáticos que se abrían pulsando un botón, corbatas estampadas,

bolígrafos de tinta azul, raquetas de tenis, cordones de zapatos, bombillas de diferentes vatios. Las fábricas olían a pegamento, a pintura o a cualquiera sabe qué productos químicos. Sin importar lo que fabricaban, nadie quiso contratarla, bien porque era demasiado joven, bien porque el encargado tenía aversión por la gente de su provincia.

Uno de los encargados con los que habló, con un bigote fino, parecía el villano de una mala película de kungfú.

—¿Por qué no quiere contratar a gente de mi región? —le preguntó Mingxia.

—Nadie de por aquí va a contratarte. Los de tu provincia sois todos unos ladrones y, a la mínima, os ponéis a pelear.

—No es verdad.

—Me acabas de dar la razón. ¿Ves como sí que te gusta pelear?

Mingxia no había comido nada desde la noche anterior y le dolían las piernas. Buscó la sombra de un balcón para protegerse del achicharrante sol. El bullicio de la ciudad no se había mitigado, sino todo lo contrario. El ruido de los coches, de las sirenas y de las taladradoras había ido aumentando con el paso de las horas.

Unos metros más allá, varios hombres comían acuclillados delante de la puerta de una fábrica. Fideos con trozos de verdura, a juzgar por lo que se llevaban a la boca con los palillos. Cajas con miles de bolsos de piel sintética se agolpaban a la entrada.

Uno de los hombres le hizo un gesto a Mingxia para que se acercase. Había terminado de comer y estaba aprovechando lo que aún le quedaba de descanso para fumarse un cigarrillo.

—¿Estás buscando trabajo? —le preguntó tras exhalar una bocanada de humo que obligó a Mingxia a cerrar los ojos.

—Sí que busco trabajo, pero nadie quiere contratarme.

—¿Por qué?

Mingxia le explicó los motivos que habían esgrimido los encargados de todas las fábricas que había visitado. El hombre asintió varias veces con la cabeza mientras le daba una nueva calada al cigarrillo. Le contó que, no hacía mucho, habían apresado a una banda de criminales que se dedicaba a robar, extorsionar e, incluso, secuestrar a quien pudiera pagar el rescate.

—Todos los miembros de la banda eran de tu provincia —apuntó el hombre.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

El hombre soltó un bufido como diciendo que era mejor no cuestionarse ciertas cosas.

—Siempre puedes vender tu sangre si necesitas dinero —sugirió.

—¿Mi sangre?

El hombre le indicó el callejón que se abría tras una tienda donde

regalaban un cedé con la compra de un equipo de música. Por los altavoces colgados a ambos lados de la puerta sonaba una canción que apenas podía oírse por encima del fragor de los coches.

—Pagan hasta cincuenta yuanes si la sangre es de calidad.

—Mi sangre no es buena.

—¿Por qué? ¿Estás enferma? Porque si no tienes ninguna enfermedad, tu sangre es tan buena como la de cualquier otro.

Mingxia se decidió enseguida porque estaba desesperada. Cuando se adentró por el callejón, que olía a orín y a vómito, una mujer con el pelo teñido de rojo le indicó la entrada de lo que parecía una clínica.

—Veinte yuanes —dijo la mujer.

—Me dijeron que pagaban hasta cincuenta.

—La primera vez es veinte yuanes. La segunda vez, cincuenta yuanes.

La sala de espera de la clínica era pequeña, con las paredes verdosas por la humedad, una planta artificial con las hojas polvorientas y un revistero con folletos de propaganda.

Mingxia se sentó al lado de una mujer que no paraba de mascar un chicle.

—¿Tienes un cigarrillo? —le pidió la mujer, que emitió un suspiro resignado cuando Mingxia negó con la cabeza.

—¿Duele?

—Es solo un pinchazo. ¿Qué más quieres saber? —La mujer se sacó el chicle de la boca y lo pegó debajo de la silla.

—¿Qué ocurre si tu sangre no es buena?

—Buena o mala, da igual. Lo importante es que te paguen.

Unos minutos después, un enfermero con la bata casi transparente de tanto lavarla le extrajo dos tubos de sangre a Mingxia. ¿Cómo era posible que el enfermero no se diera cuenta de que su sangre no era buena? ¿No tenía acaso un color diferente, una consistencia diferente, un olor diferente?

—¿Cuándo podré donar de nuevo? —le preguntó al enfermero.

—Tendrás que esperar un mes.

—¿Un mes?

—Un mes completo.

El enfermero etiquetó los dos tubos de sangre y le dio los veinte yuanes.

Mingxia pudo ir a un restaurante con ese dinero. El local tenía seis o siete mesas de madera. De una de las esquinas colgaba un pequeño televisor que emitía un partido de bádminton. Tras leer con detenimiento el menú, pidió una sopa caliente, un cuenco de arroz y un plato de carne con verdura. El ruido que hacían los palillos al chocar con los cuencos sonaba igual que el repicar de las gotas de lluvia.

El restaurante olía a col guisada y a salsa de soja. Un grupo de ocho hombres ocupaba una de las mesas grandes. Cuando Mingxia estaba a punto de terminar de comer, los hombres comenzaron a discutir con el cocinero. Se quejaban de la calidad de la carne, de que la verdura no era fresca, de que el aceite debía estar requemado porque toda la comida sabía igual. El cocinero, con el delantal manchado de grasa, les aseguraba que los ingredientes eran de primerísima calidad.

Mingxia abandonó el restaurante cuando uno de los comensales amenazó al cocinero con irse sin pagar.

Esa noche regresó a la estación de tren dado que veinte yuanes no eran suficientes para ir a un restaurante y, además, alquilar una habitación. Buscó a la anciana que le había leído la palma de la mano, pero no la encontró por ninguna parte. Exhausta, se recostó a lo largo de los mismos asientos de plástico que había compartido con la mujer.

El policía de la noche anterior la despertó al poco rato con unos golpecitos de su porra.

—No puedes dormir aquí.

—No me eche, no tengo otro lugar donde ir. —Mingxia le ofreció un billete de cinco yuanes.

—No ocasiones ningún problema si no quieres vértelas conmigo —avisó el policía tras aceptar el dinero con una sonrisa torcida.

—¿Sabe dónde está la anciana?

—¿Qué anciana?

—La anciana que durmió conmigo anoche.

—¿Por qué iba a saber dónde está? Con suerte, la habrá atropellado un coche. No hay nada peor que envejecer sin tener donde caerse muerto.

—Ojalá seas tú al que atropellen —farfulló Mingxia.

El policía, que se alejaba silbando la única melodía que parecía conocer, giró sobre sus talones.

—¿Has dicho algo?

—Decía que es verdad que no hay nada peor que envejecer.

Cuando el policía desapareció por la puerta de acceso a las vías, un hombre con una camisa arrugada le indicó a Mingxia con la mano que se acercara. Cargaba una maleta tan hinchada que la cremallera parecía estar a punto de romperse. Por suerte, tras cansarse de hacerle gestos, el hombre acabó sentándose unos asientos más allá.

Mingxia no cerró los ojos hasta que oyó los ronquidos del hombre.

4

Mingxia se sentía sola a pesar de los varios millones de personas que pululaban como hormigas hacendosas por toda la ciudad. Después de tres noches durmiendo con mendigos, indigentes y vagabundos, el policía la echó de la estación de tren porque se quedó sin dinero para sobornarlo. Por eso, no se lo pensó dos veces cuando, al pasar delante de un bar de karaoke, vio un cartel que ponía que necesitaban chicas jóvenes con buena presencia. Se adecentó como pudo. Se rehízo la coleta, se estiró la tela de la camiseta, se aseguró de que no hubiera ninguna mancha visible.

Feihong no aparecería de pronto, no después de la mirada horrorizada con la que se despidió, sus dos hoyuelos invisibles por primera vez desde que se conocieron.

Tampoco su padre vendría para llevarla de regreso a casa. Una vez, con solo seis años, Mingxia se había ido de casa sin decir nada. Faltaban unos días para la llegada del nuevo año y una compañía itinerante había traído un espectáculo de ópera al pueblo. El escenario era apenas un toldo, unos altavoces y un enorme lienzo con trazos gruesos que representaban unas montañas. Mingxia, nada más escuchar el clangclang de los címbalos y el bumbum de los tambores, corrió hacia el lugar de donde provenía la música. Los artistas, con las caras pintadas y los ropajes de colores, interpretaban la historia de Mulian, un devoto discípulo de Buda que intenta rescatar el espíritu de su madre del infierno. De la boca de un actor disfrazado de anciana brotaban unos papeles que parecían estar ardiendo. Otro actor, vestido de demonio, cantaba con una voz aguda y estridente.

Su padre la encontró tras más de dos horas buscándola por todas partes. Mingxia recordaba que la gente se había apartado como si su padre tuviera una enfermedad contagiosa. Hasta los artistas dejaron de cantar cuando, de pronto, los aplausos cesaron y los espectadores comenzaron a murmurar. Un hombre se interpuso delante de su padre. «No eres bienvenido aquí», dijo. Su padre, con la cabeza gacha, se limitó a esquivar al hombre para, a continuación, arrastrar a su hija lejos de la multitud. Mingxia no dejó de llorar durante todo el recorrido porque se había quedado sin saber si Mulian conseguiría salvar a su madre.

Tras armarse de valor, empujó la puerta del bar de karaoke.

Eran las once de la mañana y el bar estaba vacío. Las luces de neón del interior alumbraban unas paredes empapeladas con terciopelo negro, una barra con unas sillas altas y unas repisas de cristal con botellas de todo tipo. Güisqui, ron, vodka, ginebra, incluso tequila. Una mujer que barría el suelo con desgana le dijo a Mingxia que esperase un momento. Enseguida apareció otra mujer de mediana edad, maquillada a la perfección, que vestía un precioso vestido sin mangas de color verde. Unas flores bordadas con hilo dorado se arremolinaban por la tela sedosa.

Mingxia se dejó envolver por el aroma picante de la colonia que usaba la mujer.

—Fuera pone que necesitan chicas —dijo.

La mujer asintió con la delicadeza propia de una cantante de ópera. Su padre —se acordó Mingxia— le había contado el final de la historia de Mulian. Lo único que el héroe quería era aliviar el sufrimiento de su madre. Sin embargo, por más que lo intentaba, la comida que ofrecía cuando iba a rezar delante del altar de sus antepasados acababa consumida por las llamas cada vez que el espíritu de su madre se la llevaba a la boca. «Debido a los muchos pecados que tu madre ha cometido —le dijeron—, necesitarás que un numeroso grupo de monjes rece por ella». Solo tras seguir este consejo pudo Mulian liberar a su madre del infierno.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó la mujer con el vestido de seda.

—Cumplí diecisiete años hace unos meses.

—Una edad maravillosa. —La mujer dibujó un círculo con un dedo —. Da varias vueltas.

—No se arrepentirá si me contrata —dijo Mingxia tras hacer lo que le pedían.

—Me gusta lo que veo, pero incluso el jade debe cortarse y pulirse para que tenga valor.

—¿Me va a dar trabajo?

—Por supuesto.

—¿Qué tipo de trabajo es?

—¿No te apetecería darte primero una ducha? —sugirió la mujer —. Luego hablamos.

Mingxia nunca se había duchado antes. Sin cañerías ni ninguna instalación de agua merecedora de tal nombre, el baño de su casa no era más que una rendija entre dos bloques. Su padre lo había ampliado para que pudiera asearse con cierta privacidad, pero incluso esa mejora dejaba mucho que desear. Por las mañanas, nada más despertarse, llenaba una palangana con agua y recorría los cerca de cinco metros que separaban la casa del desvencijado baño. Primero, se lavaba los pies y, después, el resto del cuerpo. Por eso, cuando abrió el grifo de la ducha y sintió cómo el agua caliente caía sobre su cabeza,

sobre sus hombros, cómo resbalaba por su espalda, pensó que el paraíso debía estar compuesto por cientos de duchas con mosaicos blancos.

—Te vas a escaldar si no sales pronto de la ducha —dijo de repente una voz.

Una chica con unos pantalones raquíticos dejó una pila de ropa sobre un taburete.

—No me importaría morirme ahora mismo. —Mingxia levantó la cabeza para que el agua le golpeara el rostro.

—Mira que eres rarita —añadió la chica—. Cuando te seques, ponte esta ropa limpia.

Mingxia cerró el grifo de la ducha, aunque hubiera podido pasarse una hora entera bajo el chorro de agua caliente. Con el pelo oliendo a champú, se puso la camiseta ajustada y la falda corta que le habían dejado. Hubiese preferido una ropa más recatada. Cada vez que daba un paso, se bajaba la falda porque temía que, de un momento a otro, se le vieran las bragas.

La mujer con el vestido de seda hizo varios gestos de aprobación con la cabeza cuando Mingxia regresó al bar.

Otra chica entró casi al mismo tiempo. Caminaba con la elegancia de una emperatriz y vestía también una falda corta, con la diferencia de que parecía sentirse mucho más cómoda con ese tipo de ropa.

—Creo que nos van a contratar a las dos. —La chica tenía unas pestañas tan largas que Mingxia casi sintió cómo le abanicaban el rostro.

—Trabajar para mí implica cumplir tres reglas: sonreír siempre, hacer lo que los clientes os pidan y obedecer mis órdenes —les dijo la mujer con el vestido de seda.

Las luces de neón, que al principio eran rojas, cambiaban de color cada varios minutos. Púrpura, verde, azul y, de nuevo, rojo.

—Canta —le ordenó la mujer a Mingxia.

—¿Quiere que cante?

—Esto es un bar de karaoke. Si quieres entretener a los clientes, debes saber cantar.

—¿Qué canto?

—Lo que te apetezca.

Con apenas un hilillo de voz, Mingxia comenzó a cantar el estribillo de una de las canciones preferidas de su padre.

—Más alto —le pidió la mujer.

Unas chicas con unos vestidos escotados se acercaron para observar a las dos nuevas empleadas.

—Espero que no sea igual de tímida cuando un cliente decida sobarle las tetas —dijo una de las chicas con un carcajeo.

—No os riais —les advirtió la mujer con el vestido de seda—.

Recordad el día que llegasteis, que no os atrevíais a mirar a los clientes a los ojos.

—La timidez no nos duró ni una noche —bromeó otra chica.

La mujer mandó callar a las chicas con una mirada amenazadora y acarició una de las mejillas de Mingxia con un dedo.

—¿Eres virgen? —le preguntó de sopetón.

Mingxia dejó de cantar. Era como si, de pronto, alguien hubiera pulsado un botón para silenciarla.

—Por supuesto que es virgen —exclamó la primera chica que se había reído—. Basta con verla.

Con el rostro igual de rojo que las luces de neón, Mingxia se bajó de nuevo la falda todo lo que pudo y escapó del bar no sin antes coger su mochila, que alguien había dejado sobre la barra.

—¿Dónde vas con mis cosas? —gritó la chica con las pestañas largas.

Mingxia se colgó la mochila de la espalda y echó a correr nada más salir del local. Estaba lloviendo y el agua descendía con ímpetu por los toldos de las tiendas y por los canalones de los edificios. La lluvia, que hacía que la humedad fuera aún más pegajosa, apenas podía enmudecer los cláxones, los gritos de los vendedores, las sirenas de las ambulancias que circulaban a toda velocidad.

Tras adentrarse por un callejón, Mingxia se refugió dentro de un corral con dos gallinas cluecas que, sin inmutarse, continuaron arreglándose las plumas con el pico. El corral apestaba a excrementos, pero a Mingxia le recordó al olor que desprendía el estiércol que su padre utilizaba para fertilizar la tierra. El estiércol lo preparaba con las boñigas del viejo búfalo, con las cagarrutas de las gallinas, de los patos y de los cerdos, con las cenizas del hogar de la cocina.

Mingxia tampoco notó los mosquitos que, nada más acurrucarse entre las dos gallinas, con la mochila bien apretada contra el pecho, comenzaron a acribillarle las piernas y los brazos desnudos.

Consiguió calmarse con el repiqueteo de la lluvia contra las planchas metálicas que cubrían el corral. Solo entonces se percató de que, con las prisas, se había llevado una mochila equivocada. La que había cogido era de un azul más intenso, con unas cremalleras amarillas.

Dentro de la mochila encontró unos pantalones vaqueros, una camiseta y una cartera de color rosa chicle con algo de dinero y un carné de identidad. Por la foto del carné, supo que la mochila pertenecía a la chica con las pestañas largas. Su nombre era Jiang Linlin, veinte años.

Lo más importante de todo era que Jiang Linlin provenía de otra provincia.

¿Debería regresar y devolver la mochila? Desde pequeña, había

aprendido que la mala suerte estaba siempre a la vuelta de la esquina. Llueve de forma torrencial justo cuando descubres que el tejado de tu casa tiene una gotera. Se desata un viento huracanado cuando tu barco hace aguas. ¿Cómo podía decir que no ahora que, por fin, la buena suerte tocaba a su puerta?

Tras dudar unos minutos, se levantó del suelo.

—¿Queréis saber cómo me llamo? —dijo dirigiéndose a las dos gallinas mientras se señalaba el rostro con el dedo índice—. Mi nombre es Jiang Linlin. Un nombre bonito, ¿no creéis?

Las dos gallinas respondieron con un cloqueo.

5

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el guardia de seguridad a las puertas de la fábrica.

La fábrica estaba reclutando a nuevos empleados. Un cartel enorme que colgaba de la fachada de ladrillos ofrecía un buen sueldo a todos aquellos que quisieran trabajar duro. Sin importarle de qué tipo de fábrica se trataba, Mingxia decidió probar suerte con la camiseta, los pantalones vaqueros y el carné de identidad que había encontrado dentro de la mochila.

—Jiang Linlin —contestó de inmediato.

El guardia de seguridad revisó el carné. Primero, una cara con el nombre, el sexo, el origen étnico, la fecha de nacimiento, el domicilio. Después, los datos de la otra cara con el lugar donde se emitió el documento y la fecha de caducidad. Comparó, por último, el rostro sonriente del carné con el de Mingxia. No es que las dos chicas se pareciesen mucho, pero la foto era de tan mala calidad que daba igual que la forma de sus ojos o de su boca fuera distinta.

Tras devolverle el carné, el guardia de seguridad le indicó que se dirigiera a una de las oficinas.

Un hombre sentado a un escritorio le dio la bienvenida.

—Me temo que no necesitamos a nadie más. —El hombre tenía el rostro rechoncho y unas gafas redondas que no paraban de resbalarle por el puente de la nariz.

—Se arrepentirá si no me contrata.

—¿Tienes experiencia?

—Mucha —mintió Mingxia.

El hombre se subió las gafas con un dedo.

—Te añadiré a la lista de reserva, ¿qué te parece?

—¿Por qué no me contrata ahora mismo?

—Lo siento, pero te repito que hemos cubierto todas las plazas.

—Permítame que le escriba algo.

Mingxia cogió un bolígrafo y un papel. Con esmero, escribió los versos de un poema que su padre solía recitar.

—El puesto que ofrecemos no es de oficinista. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, pero una buena caligrafía es señal de que la persona trabaja duro. ¿No está de acuerdo?

El hombre observó con detenimiento el texto. Los caracteres

estaban escritos con una elegancia inusual.

—Dicen que hasta el más estúpido puede mover una montaña —claudicó el hombre mientras comprobaba la hora que marcaba su reloj de pulsera—. Dentro de diez minutos comienza la sesión de entrenamiento. Date prisa si no quieres llegar tarde.

Mingxia salió de la oficina y, tras preguntarle al guardia de seguridad dónde debía ir, echó a correr con una sonrisa de lado a lado. Conocía de sobra la historia del anciano que había querido mover una montaña. Cada vez que iba a sus tierras, al anciano no le quedaba más remedio que rodear una montaña enorme. Un día decidió rebajar la montaña con su azada para que la distancia hasta sus tierras fuera más corta. Sus vecinos se burlaron de sus intenciones, pero el anciano les dijo que, aunque era posible que muriera antes de rebajar la montaña, sus nietos o biznietos acabarían la tarea por él.

Unas diez personas se habían reunido para atender la sesión de entrenamiento. Una mujer con los ojos diminutos les explicó cuáles eran las normas de la fábrica, a cuánto se pagaban las horas adicionales, cómo se organizaban los dormitorios, cuánto costaba la comida de la cafetería, cómo se utilizaba un extintor.

—¿Qué se fabrica aquí? —le preguntó Mingxia a la chica que estaba sentada al lado.

—Muñecas —respondió la chica, sorprendida de que hubiese alguien que no lo supiera.

Tras repartir unos chalecos amarillos, la mujer de ojos diminutos les dijo que comenzarían a trabajar al día siguiente y, a continuación, les indicó dónde estaban los dormitorios.

—Es obligatorio usar el chaleco —les recordó antes de dar por concluida la sesión.

Cuando Mingxia se encaminó a los dormitorios, vio por primera vez las cajas con muñecas que se agolpaban por todas partes. Las muñecas de plástico tenían unos tirabuzones dorados, las cejas pintadas, unas pestañas curvas gigantescas y unos vestiditos rosados con volantes. Cada vez que pasaba al lado de una caja, sentía como si miles de ojos la estuvieran observando.

El dormitorio que le habían asignado era el trescientos cinco. Un tercer piso sin ascensor, el quinto dormitorio a la derecha, cuatro literas de metal divididas por un pasillo estrecho que conducía a un minúsculo balcón con una puerta corredera. Las literas a ambos lados del pasillo tenían unas cortinas que intentaban dar algo de privacidad a sus ocupantes.

El cuarto estaba vacío a esa hora porque todo el mundo estaba trabajando. El único ruido era el de las máquinas, que reptaba por la fachada del edificio hasta colarse por la puerta abierta del balcón.

Mingxia descorrió una a una las cortinas —unas lisas, otras de

rayas o con flores— hasta encontrar una cama sin sábanas ni fotos clavadas a la pared con chinchetas. La suya iba a ser la cama de abajo de una de las literas del fondo.

El colchón, que chirrió cuando se sentó, era más cómodo que la esterilla donde dormía. Cada mañana debía enrollarla porque ocupaba demasiado espacio. Su casa tenía una sola habitación con el suelo de cemento, las paredes recubiertas por hojas de periódico para evitar las corrientes de aire y un techo que no dejaba de gotear por más que su padre intentara arreglarlo. Por lo demás, un hogar de arcilla, un televisor que estaba casi siempre encendido y un altar con las tabletas dedicadas a sus antepasados, con la foto de sus abuelos colgada de un clavo. Con el paso del tiempo, su padre fue cubriendo las hojas de periódico de las paredes con los dibujos de su hija, con soles, montañas y ríos pintados con ceras de colores.

Mingxia miró a su alrededor: las chanclas olvidadas por el suelo, unos cubos de plástico amontonados junto a la puerta, un pequeño lavabo con un espejo, un tendedero con camisetas, bragas y sujetadores. El cuarto olía a zapatos, a calcetines sucios, a colonia barata y a esmalte de uñas. Con esmero, dobló el chaleco amarillo y lo guardó debajo de la almohada.

Por primera vez desde que llegó a la ciudad, pudo ver ante ella un futuro con una infinidad de posibilidades, como los pétalos de una flor listos para ser deshojados.

Dado que aún era pronto, decidió ir de compras.

La ciudad era el mismo hervidero de siempre. Cuando pasó frente a un estudio fotográfico, se animó a entrar. Tras pedirle que se colocara delante de un póster que recreaba una playa de arena blanca con palmeras, el fotógrafo le indicó que sonriera, que echara los hombros hacia atrás, que girara un poco la cabeza a un lado. Media hora después, le dio un sobre con las fotos recién impresas.

La fábrica no proporcionaba ropa de cama, así que también compró unas sábanas. Eligió las más caras, aunque sabía bien que debía ahorrar porque no recibiría aún la primera paga, unos trescientos yuanes mensuales tras descontar los gastos por el alojamiento, la comida y otros servicios que nadie conocía. Cuando se llevó la tela de las sábanas al rostro, le parecieron igual de suaves que la seda.

Después de deambular un poco más por las calles de la ciudad, regresó a la fábrica tras comerse unos bollos rellenos de carne. Eran cerca de las nueve de la noche y la quietud de la tercera planta se había roto con el fin de la jornada de trabajo. Conversaciones, risas, alguien cantando, uno o más secadores. De un radiocasete tan viejo que parecía imposible que aún funcionase escapaba una música animada. Olía a ropa recién lavada, a lejía, a detergente, a champú.

Unas chicas habían formado un corrillo delante del baño mientras se peinaban el pelo todavía húmedo. Otras hablaban a gritos con unos chicos por el hueco de la escalera. Por lo visto, la cuarta planta era donde estaban los dormitorios masculinos.

Mingxia descorrió la cortina de su litera. Colocó la sábana bajera, estiró la sábana de encima, enfundó la almohada. De momento, con el calor que hacía, no necesitaría comprar una manta. Por último, con cinta adhesiva, pegó a la pared una de las fotos que acababa de sacarse, la foto de una Jiang Linlin sonriente bajo la sombra de unas palmeras, los hombros bien echados hacia atrás y la cabeza girada un poco hacia la izquierda.

—Bienvenida —dijo de pronto una voz desde la cama de arriba. La chica que había hablado tenía una nariz respingona y una sonrisa que hubiera podido derretir un glaciar—. ¿Qué puesto te han asignado?

—Mañana me lo dirán.

—Me llamo Cao Chunmei —se presentó—. No sé por qué tengo la impresión de que vamos a ser buenas amigas.

—No me conoces de nada. ¿Por qué querrías ser mi amiga?

—Mil amigos son pocos, pero un enemigo es demasiado. ¿Prefieres acaso que seamos enemigas?

Mingxia no supo cómo reaccionar ante el desparpajo de la otra chica.

Chunmei le dio las buenas noches, no sin antes recomendarle que guardase todo lo que tuviera de valor debajo de la almohada.

—No dejes nada a la vista —le dijo—. Nunca se sabe lo que puede desaparecer por la noche.

El ruido de las conversaciones no cesó hasta cerca de la una de la madrugada, cuando el último rezagado se acostó por fin. La música del radiocasete, que a nadie se le ocurrió apagar, envolvió los ronquidos y el crujir de los colchones.

Esa noche, Mingxia soñó con su casa. Cuando abrió la puerta para entrar, vio huellas de barro por el suelo. La ropa del armario estaba desperdigada por todas partes, casi se corta la planta de un pie con unos platos rotos y una botella de aceite había rodado dejando un reguero grasiento por detrás. El viento que se colaba por las grietas hizo volar unas hojas de periódico sueltas.

Era como si alguien hubiera estado buscando algo.

6

Dos mil. Ese era el número de muñecas que debían producir al día. Primero, se fundían unas bolitas de plástico y la pasta resultante se vertía dentro de unos moldes metálicos. Una vez que el líquido se solidificaba, se extraían las piezas de los moldes. Estas piezas eran las piernas, los brazos, los troncos, las cabezas de las muñecas que, al sacarse de los moldes con unas pinzas, hacían el mismo ruido que alguien que, por fin, logra inhalar una bocanada de aire tras contener la respiración durante un minuto o más. Cuando las piezas se enfriaban, se lavaban con disolvente, una vuelta tras otra dentro de un bombo gigantesco para limpiar la grasa de los hornos.

El siguiente paso era pintar los rostros de las muñecas para darles algo de vida. Había que dibujar las cejas, dar color a los labios e, incluso, aplicar un poco de colorete antes de insertarles a presión los ojos con sus largas pestañas. Las cajas llenas de ojos sueltos parecían el atrezo de una película de terror.

Una vez que se insertaban los ojos, le tocaba el turno al pelo de nailon, unas vueltas rápidas con una máquina de coser, con cuidado, por supuesto, para evitar pillarse los dedos con las agujas curvas. El pelo se rizaba con unas pinzas calientes, como si de una peluquería se tratara, hasta formar unos preciosos tirabuzones dorados.

Por último, las muñecas se armaban para, a continuación, ponerles los vestiditos rosados y los zapatos de charol. La cabeza, los brazos y las piernas se unían al tronco con agua jabonosa para facilitar la tarea.

Cuando Mingxia llegó al taller tras hacer la cola para fichar, el encargado le indicó cuál iba a ser su puesto. El taller no era más que un enorme hangar con el suelo de cemento, máquinas por todas partes y unas mesas largas alrededor de las cuales se fueron apostando los trabajadores. Unos minutos más tarde, sin más instrucciones que unas pocas palabras, comenzó a armar muñecas con rapidez porque, al final de la cadena, otros empleados debían vestirlas y colocarlas dentro de sus respectivas cajas con unas bridas alrededor del cuello y de los tobillos. El silbido de las prensas, el estrépito de los bombos y el traqueteo de las máquinas de coser era ensordecedor.

El taller no tenía aire acondicionado, solo unos ventiladores colgados del techo. Mingxia empezó a sudar enseguida. La camiseta se le pegó a la piel y estuvo tentada de sacarse el chaleco amarillo. Tras

armar cien o doscientas muñecas —porque pronto perdió la cuenta—, se le agarrotaron las manos. Por más que las abría y cerraba, no conseguía que cesara el hormigueo de los dedos. Las yemas de los dedos, además, se le arrugaron por culpa del agua jabonosa.

Cao Chunmei estaba sentada unos metros más allá. Se ocupaba del control de calidad. Su cometido era asegurarse de que el pelo estuviese bien cosido, de que los brazos pudieran moverse con soltura y de que los ojos no se cayesen, no fuera a suceder que un niño se atragantara con uno. Cualquiera que la viese pensaría que se trataba de una cría jugando con muñecas.

Habían comenzado a trabajar a las siete y media de la mañana. Por suerte, a las diez sonó el timbre que anunciaba el primer descanso. Diez minutos para ir al baño, comer o beber.

Tras el descanso, el encargado se acercó a Mingxia. El olor a cigarrillo que desprendía se sumó al del plástico, la pintura y el sudor.

—Más rápido —le gritó al oído.

Cuando el encargado se percató de que, por mucho que la apremiara, no iba a conseguir que trabajase más deprisa, le ordenó a una mujer de rostro ajado que se pusiera también a armar muñecas. La mujer, que estaba barriendo el suelo, casi deja caer la escoba al oír el berrido del encargado. La mayoría de los trabajadores de la fábrica eran jóvenes, de veintipocos años. El pelo canoso de la mujer, sin embargo, revelaba más edad. Tampoco ayudaba el que tuviera pecas, que muchos consideran repulsivas, incluso un signo de mala salud. Marcas de gorrión, las denominan.

La mujer se llamaba Tiang Xue, aunque Mingxia no supo su nombre hasta más tarde porque el encargado las vigilaba con atención y no se atrevieron ni siquiera a saludarse. Mojaban el tronco de las muñecas con agua, luego las distintas piezas que debían ir encajando. Primero los brazos, después las piernas y, por último, la cabeza mientras las muñecas miraban al infinito sin pestañear.

Solo una vez, Tiang Xue se atrevió a desafiar al encargado. Mingxia se cortó con un brazo de plástico que tenía una arista, una pieza defectuosa que hubo que tirar. Cuando se dio cuenta de que se había cortado un dedo, se quedó un buen rato mirando cómo la sangre manaba de la herida, hipnotizada por las gotas rojas que caían sobre la mesa. Quizás pensara que si no hacía nada para remediarlo, acabaría librándose de toda la sangre maldita que circulaba por su cuerpo. Con rapidez para que el encargado no se percatase, Tiang Xue le limpió la herida con un pañuelo de tela. La herida dejó de sangrar enseguida, pero enlenteció aún más su trabajo.

El timbre sonó de nuevo a las doce y media.

El descanso para almorzar era solo de una hora. Tras la larga cola de la cafetería, la recompensa era una bandeja metálica con arroz, un

poco de col, brotes de soja y, con suerte, un pedazo de carne o de pescado. Los tubos fluorescentes del techo de la cafetería hacían que la comida fuera aún menos apetecible. Bastaron unos minutos para que las mesas y el suelo se llenaran de servilletas arrugadas, de restos de comida y de moscas. La gente comía deprisa porque así podría recostarse un poco antes de empezar la jornada de la tarde. Cuando Mingxia terminó de comer, se tropezó con empleados durmiendo por todas partes.

El timbre sonó de nuevo a la una y media. Por la tarde habría un único descanso a las cinco y las máquinas no pararían hasta que se cumpliese la cuota de dos mil muñecas.

—Ni siquiera puedes hacer este trabajo bien. —La saliva del encargado salpicó el rostro pecoso de Tiang Xue.

Del susto, la mujer dejó caer la muñeca que estaba armando.

—Trabajamos lo más rápido que podemos —replicó Mingxia.

—¿Quieres que te despida? —El hombre se encaró con ella mientras hacía bailar un dedo delante de su cara.

Mingxia se mordió el labio inferior para no contestar.

Durante el intercambio con el encargado, nadie levantó la mirada. Solo se oyó una risita apenas ahogada por el ruido de las prensas, los bombos y las máquinas de coser. Una chica con un lunar bajo el ojo era la única que parecía estar disfrutando con las amonestaciones del encargado.

La última de las muñecas se empaquetó cerca de las ocho de la tarde. Cuando se dirigían a la máquina para fichar, la chica con el lunar empujó adrede a Tiang Xue.

—¿Cuándo vas a largarte? ¿O estás esperando a que te despidan?

Tiang Xue se limitó a agachar la cabeza y a colocarse al final de la cola que se había formado para fichar. Mingxia se acordó de su padre, que había hecho lo mismo toda su vida. Cuando una vez le preguntó por qué permitía que lo trataran así, le dijo que el viento tira primero los árboles más altos. Quizás tuviera razón, pero también es verdad que los árboles bajos viven a la sombra de los altos, incapaces de ver la luz del sol.

Mingxia no pudo contenerse y se enfrentó a la chica con el lunar.

—¿Cuál es tu problema? —le increpó.

—¿Mi problema? —exclamó la chica con el lunar—. Mi problema es tener que aguantar a gente como tú.

Esa noche cenaron el mismo arroz y las mismas verduras del almuerzo, esta vez sin ningún pedazo de carne o de pescado. Cuando Mingxia advirtió que la chica con el lunar no le quitaba los ojos de encima, cogió uno de los palillos y, con fuerza, golpeó la mesa con la punta. La chica con el lunar se sobresaltó igual que si le hubiera clavado el palillo.

7

Ese domingo, su primer día libre, Mingxia no pudo decir que no. Cao Chunmei le pintó los labios de color fucsia, le oscureció las pestañas con un poco de rímel y le espolvoreó las mejillas con colorete. Cuando se miró al espejo, lo que vio fue un rostro de plástico como el de las muñecas.

Una media hora antes, había bajado al patio después de desayunar. Tiang Xue estaba sentada a la sombra del único árbol que sobrevivía entre las paredes de cemento de la fábrica. El árbol parecía querer desafiar el gris de su alrededor con el verde esplendoroso de sus hojas.

La mujer pelaba con esmero una manzana y, cuando Mingxia se sentó a su lado tras darle los buenos días, le ofreció un trozo.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí? —le preguntó Mingxia mientras se limpiaba el jugo que le escurría por la comisura de los labios.

—Diez años.

—Me imagino que conoces bien cómo funciona todo.

Tiang Xue asintió con la cabeza antes de ofrecerle un nuevo trozo de manzana.

—Me gustan los domingos —dijo por fin—. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque no se oyen las máquinas.

Mingxia no se había dado cuenta hasta ahora, pero era cierto. Los únicos sonidos que se oían eran las voces que provenían de los dormitorios y los ladridos lejanos de un perro.

—¿Cómo soportas el resto de los días?

—Dicen que aprendes una lección cada vez que recibes un golpe y que acabas siendo un genio tras diez golpes —contestó Tiang Xue mientras envolvía el corazón de la manzana con una servilleta de papel—. Si es verdad, debo de ser la persona más inteligente de este lugar.

Sin saber cómo consolar a la mujer, Mingxia escarbó con los dedos la tierra del parterre donde crecía el árbol.

—No tiene el mismo color que la tierra que cultiva mi padre.

—¿Echas de menos a tu padre?

—Por supuesto que no —mintió Mingxia.

—Es mejor así —concedió Tiang Xue—. Mi hijo vive con sus

abuelos y lo echo muchísimo de menos.

—¿Lo ves con frecuencia?

La mujer guardó el corazón de la manzana dentro de uno de los bolsillos de su chaqueta.

—Con suerte, una vez al año, porque mi pueblo está lejos y el billete de tren es demasiado caro.

Chunmei apareció justo entonces con la impetuosidad del primer monzón del verano.

—¿Damos una vuelta? —sugirió—. No puedes quedarte aquí sola todo el domingo.

Mingxia replicó que no estaba sola, pero la chica ignoró por completo sus palabras.

—Es mejor que no te relaciones con Tiang Xue —dijo Chunmei cuando abandonaron el patio.

—¿Por qué no habría de hacerlo?

—Hazme caso. Todo el mundo sabe que la gente pecosa no es de fiar.

Cuando salieron de la fábrica, la ciudad bullía como un caldero al fuego. Manadas de chicas paseaban por las calles enganchadas del brazo, como las barreras que se forman durante los partidos de fútbol para proteger las porterías de los tiros libres. Grupos de chicos con las camisas remangadas por encima del codo se apelotonaban alrededor de mesas de billar. Las parejas de novios eran islas entre tanta algarabía. Ellas se aferraban a sus novios como si tuvieran miedo de que salieran volando. Ellos caminaban igual de estirados que las varillas de incienso.

Chunmei se detuvo delante de un vendedor ambulante con un micrófono.

—Si padeces de dolor de estómago, sufres jaquecas o te duelen las articulaciones, tengo el remedio perfecto para ti.

El vendedor hablaba con el micrófono tan pegado a la boca que era como si de un momento a otro se lo fuera a tragar. Sobre una manta había esparcido unas pequeñas botellas con un líquido marrón y un cesto con serpientes disecadas. El hombre se vio de pronto obligado a apartar el micrófono de la boca al verse asaltado por una tos que casi lo dobla por la mitad. Mingxia pensó que se trataba de un charlatán porque el remedio que vendía no parecía poder curar su propia tos.

—¿Sabes cuál es mi plan? —dijo Chunmei tras dejar atrás al vendedor ambulante con sus serpientes—. De momento, envío casi todo el dinero que gano a mis padres. Es lo menos que puedo hacer por ellos. Pero dentro de un año o así, pienso independizarme y casarme con quien quiera.

Un hombre que arrastraba una calesa renqueante con su bicicleta les preguntó si querían que las llevara a algún sitio. Las dos chicas

negaron con la cabeza y continuaron caminando por la concurrida acera, con puestos de comida y artículos de todo tipo dispuestos sobre mesas de plástico. Una mujer desplegó un toldo para proteger el escaparate de su tienda del sol. Del toldo cayó un chorro de agua que estuvo a punto de mojar a las dos chicas.

—Me fui de casa el noveno día del nuevo año, un día favorable —continuó diciendo Chunmei—. El chamán de mi pueblo dijo que si me iba ese día, tendría toda la suerte del mundo.

—¿Has tenido suerte hasta ahora?

—Claro que sí. —Chunmei se encaminó hacia unas enormes puertas de cristal—. ¿Te has subido alguna vez a unas escaleras mecánicas?

Las puertas de cristal se abrieron y una corriente de aire frío las envolvió. Cuando entraron, unos maniquíes vestidos a la última moda les dieron la bienvenida.

Chunmei se apresuró a trepar por las escaleras mecánicas que ascendían a la segunda planta del centro comercial. Mingxia se detuvo frente a las escaleras sin atreverse a subir, fascinada por los peldaños metálicos que aparecían de la nada.

—¿Estás esperando a que te crezcan alas? —gritó Chunmei desde arriba—. No me digas que tienes miedo.

Mingxia dio un paso hacia delante, otro más, hasta que sus pies quedaron atrapados por la cinta transportadora. Se agarró con fuerza del pasamanos mientras la escalera ascendía y, cuando se percató de que el peldaño estaba a punto de desaparecer, dio un pequeño salto hasta la seguridad del suelo.

—Nunca te habías subido antes a unas escaleras mecánicas, ¿verdad? —se mofó Chunmei.

—Claro que me había subido antes —replicó Mingxia con el ceño fruncido porque no quería que nadie se burlase de su ignorancia.

La risa de Chunmei se extendió por los pasillos de la segunda planta, con estanterías infinitas repletas de juguetes.

—¿Qué te parece si buscamos nuestras muñecas? —propuso Chunmei.

Las dos chicas recorrieron cada uno de los pasillos. Las estanterías estaban a rebosar de coches, camiones, trenes, pistolas de agua, osos de peluche gigantescos, bebés regordetes y muñecas con la cintura de avispa.

—No las venden aquí —dijo Mingxia tras explorar todos los pasillos—. Quizás las envíen a otros países.

—¿Sabes que me gusta un chico de la fábrica? —confesó de pronto Chunmei. Había cogido un avión de plástico y hacía girar las aspas con un dedo—. Tendrías que ver lo alto que es. Por supuesto, nunca saldría con un chico que midiera menos de un metro y setenta

centímetros.

Mingxia se acordó de Feihong, con la constitución de un boxeador y con dos hoyuelos que parecía reservar solo para ella. Chunmei nunca se casaría con alguien como él porque era demasiado bajo. También recordó el enorme columpio que se erigía todos los veranos a las afueras del pueblo, un mero tablón de madera suspendido de un poste por dos cuerdas. Debías ponerte de pie sobre el tablón, agarrarte con firmeza de las cuerdas y balancear el cuerpo para columpiarte cada vez más alto. La cuerda era tan áspera que raspaba las palmas de las manos y los postes de madera que sujetaban el columpio crujían con cada balanceo.

Un verano, cuando tenía trece años, Mingxia se subió al columpio con Feihong. Por aquel entonces, Feihong no era mucho más alto que ella y sus rostros casi se tocaban mientras sus cuerpos se mecían hacia delante y hacia atrás. Tres o cuatro chicos se arremolinaron alrededor del columpio para obligarles a bajar, pero habían tenido que apartarse porque el tablón empezó a coger cada vez más altura. Cuando parecía imposible que pudieran elevarse más, Feihong le regaló su primer beso y fue como si pudiera tocar el cielo. Uno de los chicos se atrevió a decir que su boca acarreaba todo tipo de infecciones. Sin poder contener la ira, Mingxia le pegó una patada al bocazas nada más bajarse del columpio. Tuvo que huir cogida de la mano de Feihong porque empezaron a tirarles piedras.

—¿Te gusta alguien? —quiso saber Chunmei—. ¿Quizás un chico de tu pueblo?

—No me gusta ningún chico —respondió de inmediato Mingxia.

De regreso a la fábrica, se dieron cuenta de que el tráfico se había detenido. Una mujer con una pequeña moto había chocado con un coche. La rueda delantera de la moto seguía girando y uno de los espejos retrovisores había rodado hasta el bordillo de la acera. La gente se había amontonado alrededor del cuerpo tendido bocabajo de la mujer, con las piernas retorcidas y los brazos extendidos hacia delante como si hubiera intentado detener la caída. Un charco de sangre comenzaba a expandirse por el asfalto. La mujer movió una mano y sus quejidos eran audibles por encima de los murmullos de los curiosos.

—¿Crees que debería operarme los párpados? —preguntó de súbito Chunmei—. Creo que mis ojos serían más bonitos si mis párpados fueran dobles.

Mingxia no contestó porque no podía apartar la mirada de la mujer accidentada.

8

Todos la llamaban Jiang Linlin, hasta el punto de pensar que, por fin, había conseguido enterrar para siempre a Wu Mingxia. De lunes a sábado, sus días eran de plástico. Dos mil muñecas diarias con rostros brillantes, sonrisas falsas y tirabuzones dorados. Sin hablar con nadie para evitar que la multaran con cinco yuanes, sin dejar su puesto ni un minuto, ni siquiera para ir al baño por temor a enlentecer la cadena de producción, como un hámster que hace girar una estúpida rueda. Cabezas, brazos y piernas de plástico hasta que se le entumecían las manos por culpa del agua jabonosa. Cuando los domingos se reunía con chicas de otras fábricas, las conversaciones eran siempre las mismas: «¿Cuándo empezaste a trabajar?», «¿cuánto ganas?», «¿cuánto te cobran por el dormitorio?», «¿a cuánto te pagan las horas adicionales?». De lo único que hablaban era de dinero, de lo que cobraban, de lo que habían pagado por algo, de lo que harían una vez que ahorrasen lo suficiente. Durante la semana solo charlaba con Cao Chunmei. Sus padres, por lo visto, querían contratar a una casamentera para que le buscara un buen marido.

—Quieren que regrese al pueblo cuanto antes —le contó un día—. Nunca les gustó la idea de que me viniera a trabajar a la ciudad.

—¿No tienes miedo de que te obliguen a volver? —le preguntó Mingxia.

—¿Cómo van a obligarme? Lo mejor es que desistan y que se contenten con el dinero que les envío cada mes.

Dos mil muñecas diarias con sus dos mil cabezas, sus cuatro mil brazos y sus cuatro mil piernas; ese era todo su mundo. Terminaba un día y comenzaba otro idéntico al anterior, así hasta que transcurrió un buen puñado de meses. Mingxia aprendió a morderse la lengua cada vez que el encargado gritaba a uno de sus trabajadores. El blanco solía ser Tiang Xue. El encargado, con la voz carrasposa de tanto gritar, le decía que por mucho que uno quiera entrenar a un perro sarnoso, nunca va a conseguir que aprenda a saltar por encima del muro. Tiang Xue aferraba el mango de la escoba igual que si se tratara de un salvavidas y seguía barriendo como si los insultos no fueran con ella.

Una noche, Mingxia estaba lavando a mano una de sus camisetas. Tras llevarse la prenda a la nariz para asegurarse de que no olía a sudor, la enjuagó con el agua del cubo que había acarreado desde el

baño. Cuando la colgó entre las blusas, los pantalones, las bragas y los sujetadores que abarrotaban el tendedero, un pequeño charco se formó a sus pies. Del balcón de al lado escaparon unas voces airadas. Una chica acusaba a otra de haber usado sin permiso el nuevo champú que había comprado.

Tiang Xue abrió de pronto la puerta del balcón. Tenía el pelo más canoso y las pecas del rostro parecían habérsele multiplicado.

—¿Has terminado con el cubo? —preguntó.

Mingxia asintió con la cabeza.

—No te rindas —dijo cuando la mujer se agachó para coger el cubo.

—Me temo que cada día se me hace más cuesta arriba.

—Tu hijo nunca te perdonará si te rindes, así que aguanta como puedas.

Un día tras otro, dos mil muñecas diarias, ni una menos.

El mejor día de todos era cuando recibía la paga, aunque también el peor. Pocas veces cobraba el sueldo completo porque le descontaban dinero por estupideces como fichar por las mañanas unos minutos tarde o por no trabajar un día por tener más de cuarenta de fiebre. Un mes incluso le descontaron el precio del chaleco nuevo que se vio obligada a comprar. El suyo se lo habían robado, pero daba igual.

Mingxia había abierto una cuenta bancaria y ahorraba casi todo lo que ganaba. Poco o nada le interesaban los pintalabios, los bolsos con forma de corazón o los zapatos de vestir que volvían locas a las otras chicas. Lo que quería era ahorrar lo suficiente para arrendar un pequeño huerto a las afueras. Había visto los huertos cuando llegó a la ciudad, por la ventanilla del tren. Quizás la tierra no tuviera el mismo color que la que su padre cultivaba, pero era tierra, al fin y al cabo. «La tierra es mi cordón umbilical —le había dicho su padre más de una vez—; no olvides que también es el tuyo».

Estaban desayunando una mañana cuando escucharon de pronto unos gritos. Todo el mundo se levantó de las mesas y se encaminó a las ventanas. Mingxia consiguió abrirse un hueco entre dos chicas. Una mujer yacía bocabajo a pocos metros del árbol del patio, como un maniquí roto. Mingxia se acordó de inmediato del accidente que presenció su primer domingo libre, de la motorista con los brazos extendidos y las piernas retorcidas, del charco de sangre cada vez más extenso.

—¿Se habrá suicidado? —susurró la chica a su derecha.

—Le falta un zapato —dijo la chica que estaba a su izquierda.

Mingxia recorrió el suelo de cemento del patio con la mirada, pero no encontró el zapato que le faltaba a la mujer. Unos guardias de seguridad cubrieron el cuerpo con una manta, pero dejaron al

descubierto los pies, uno calzado y otro descalzo.

—Creo que es Tiang Xue —aventuró otra chica que se había puesto de puntillas para ver mejor.

La primera vez que vio un cadáver, Mingxia tenía catorce años. Esa tarde estaba ayudando a su padre a reparar el dique de una de las terrazas. Con una azada, arrastraba el barro hasta hacer un montón y, después, lo aplastaba bien con las manos y con los pies. El trabajo del campesino no tenía fin. Tras la cosecha, además de reparar los diques, era necesario arar las terrazas, arrancar las malas hierbas e, incluso, destruir los agujeros que hubieran escarbado los ratones.

Durante un descanso, Mingxia se percató de que se aproximaban dos personas por el estrecho camino que conducía a su casa. La primera persona portaba un cesto y una lámpara encendida aunque aún faltaban unas horas para que anocheciera. Cada varios metros, se detenía, cogía unos papeles del cesto y los lanzaba al aire. La segunda persona, mucho más alta, con un enorme sombrero de paja y una larga túnica negra, avanzaba dando tumbos de un lado a otro, el andar de alguien que no puede doblar las rodillas. El borde de la túnica estaba manchado de barro y, cada cierto tiempo, se veía la punta de un zapato asomando por debajo.

—¿Quiénes serán esas personas tan extrañas? —Mingxia se secó el sudor de la frente. El sol de invierno era implacable a pesar de la densa niebla que trepaba desde el fondo del valle.

Su padre, que estaba rastrillando la pared del dique, miró hacia donde apuntaba el dedo de Mingxia.

La persona que iba delante repetía las mismas palabras sin cesar.

—*Yo ho… Yo ho… Yo ho…*

Cuando se encontró con tres escalones de tierra, cambió la retahíla.

—Tres escalones —dijo esta vez.

La persona que iba detrás bajó los escalones uno a uno, el cuerpo rígido echado hacia delante.

—Un muerto —aclaró su padre.

—¿Un muerto?

—El que va delante es un paseante de cadáveres. —Su padre descansó el cuerpo sobre el rastrillo—. Todavía hay quien contrata a paseantes para que traigan a sus familiares muertos de vuelta a casa, no vaya a ser que sus almas se pierdan por el camino.

Mingxia se dio cuenta de que el rostro de la segunda persona estaba cubierto con una careta de papel. Las cejas, los ojos y la boca de la careta tenían una expresión triste.

—¿El que va detrás es de verdad un muerto?

Su padre asintió con la cabeza.

—Debe de ser alguien con mucho dinero porque contratar a un paseante no es barato.

—¿Por qué el paseante lanza papeles al aire?

—Es dinero falso para comprar la entrada al mundo de los muertos.

El paseante de cadáveres se paró a hablar con su padre. Cuando el muerto con la careta de papel se detuvo unos pasos más atrás, Mingxia sintió cómo se le erizaban los pelos de la nuca. El muerto no dejaba de balancearse de un lado a otro, como un borracho a punto de desplomarse al suelo.

—¿Podrías hospedarnos esta noche? —preguntó el paseante.

—Tengo un pequeño cobertizo —respondió su padre mientras se limpiaba las manos con la tela de sus pantalones—. No es gran cosa, pero está seco.

Después de cenar, a pesar de las advertencias de su padre, Mingxia se acercó al cobertizo sin hacer ruido. Por un agujero, vio a dos hombres acurrucados entre los aperos de labranza. El viejo búfalo los vigilaba desde una esquina, molesto quizás porque esa noche debía dormir con dos desconocidos. Recostado contra la pared, con la rigidez de un tablón de madera, el cadáver de una mujer con abundante maquillaje miraba hacia delante con ojos vacíos. Mingxia escapó corriendo cuando un líquido pastoso comenzó a brotar de los oídos, la nariz y la boca. Más adelante, se enteraría de que se trataba del mercurio, o alguna otra sustancia similar, que se utilizaba para preservar el cadáver.

Feihong se enfadó cuando, al día siguiente, Mingxia le contó su encuentro con el paseante. Estaba terminando de liar un cigarrillo y no levantó la mirada hasta que se lo llevó a la boca para encenderlo con un mechero. Wu Tao, el idiota del pueblo, estaba sentado a su lado. Con los mofletes rechonchos y la cara roja como si estuviera conteniendo la respiración, el hombre parecía un bebé gigante.

—Tendrías que haberme avisado —se quejó Feihong tras enseñarle a Wu Tao cómo debía coger el cigarrillo con dos dedos—. ¿No pensaste que a mí también me hubiera gustado ver al paseante de cadáveres?

—Paseante de cadáveres —repitió el idiota del pueblo.

—¿Crees que el paseante tiene de verdad poderes mágicos? —preguntó Mingxia haciendo caso omiso de Wu Tao. Por más que se hubiera acostumbrado a su presencia, no entendía cómo aquel cuarentón podía ser primo de su padre—. ¿Cómo consigue que caminen los muertos?

—No son los muertos quienes caminan, sino los vivos. —Feihong se agachó—. Súbete a mi espalda.

Con las piernas de Mingxia bien agarradas, el chico avanzó unos metros.

—Imagínate que eres un muerto —explicó—. Con un sombrero y

una túnica por encima, nadie sospecharía que es una persona quien transporta al muerto.

—Quien transporta al muerto —dijo Wu Tao entre toses porque se había ahogado con el humo del cigarrillo.

—¿Por qué llevan una lámpara? —quiso saber Mingxia.

—Supongo que sirve para guiar al que carga al cadáver. Con la túnica cubriéndolo, caminará casi a ciegas —respondió Feihong.

Mingxia intentó bajarse, pero el chico agarró sus piernas con más firmeza.

—Siento no haberte avisado.

—No lo sientes de verdad porque sabes que no puedo estar enfadado contigo más de cinco minutos, *jiejie* —se burló Feihong.

—No me llames así.

Mingxia había nacido unos meses antes que el chico, pero aun así odiaba que se refiriera a ella como «hermana mayor», por más que fuese usual que los amigos se llamaran entre sí «hermano pequeño» o «hermano mayor» según la diferencia de edad.

—¿Por qué no habría de hacerlo?

Cuando Feihong hizo el amago de tirarla al suelo, Mingxia se aferró a su cuello entre risas.

9

Mientras observaba cómo los guardias de seguridad cubrían a Tiang Xue con una manta, Mingxia se preguntó si habría algún paseante que transportara el cadáver de la mujer de vuelta a su pueblo, donde quiera que fuese.

—Tendría que haber saltado antes —dijo de pronto alguien—. No sé por qué esperó tanto.

Cuando Mingxia se giró, la chica con el lunar bajo el ojo que siempre se estaba burlando de Tiang Xue le devolvió una sonrisa desdeñosa. Li Xiaonan era su nombre.

Sin pensárselo dos veces, Mingxia le pegó una fuerte bofetada a la chica. Después, recogió su bandeja y tiró lo que le quedaba del desayuno a la basura porque había perdido el apetito.

—Me las pagarás —gritó Li Xiaonan mientras se frotaba la mejilla.

Hacía una semana que Mingxia estaba a cargo del maquillaje de las muñecas. Cubría el rostro de cada muñeca con una máscara que tenía una abertura para la boca y, con un aerógrafo, coloreaba los labios con pintura rosácea. Por último, quitaba la máscara y rociaba las mejillas de plástico para darles algo de color. Cuando regresaba a su dormitorio por las noches, por más que se frotaba las manos con jabón, no conseguía limpiar los restos de pintura de entre los dedos ni de debajo de las uñas.

Esa mañana, con el recuerdo aún vivo de Tiang Xue, no le fue fácil concentrarse. Cada vez que terminaba con una muñeca y levantaba la cabeza, se cruzaba con la mirada de la chica con el lunar, sentada unos metros más allá. Li Xiaonan se encargaba de coserle el pelo a las muñecas. Cogía las cabezas con los ojos siempre abiertos, las enganchaba debajo de la máquina de coser y les daba vueltas hasta que quedaban cubiertas por una maraña de pelos de nailon. Esa máquina de coser era peligrosa, tanto que, unos meses atrás, una trabajadora casi pierde un dedo. Mingxia deseó con todas sus fuerzas que la chica con el lunar se pillara un dedo o algo peor.

Durante el descanso para el almuerzo subió a la última planta de la fábrica. Por unos ventanales sucios podía verse gran parte de la ciudad. Paseó la mirada por las azoteas que se desparramaban hasta el horizonte, por las grúas que se balanceaban con el viento, por las chimeneas con sus columnas de humo. Habían dejado atrás el verano

con sus continuos chaparrones, sus más de treinta grados a la sombra y su casi cien por cien de humedad. Por suerte, el invierno había traído temperaturas más frescas, hasta el punto de que había tenido que comprar una manta para abrigarse por la noche.

De pronto, una paloma aterrizó sobre el alféizar, al otro lado del cristal. Tenía una pata rota y daba la impresión de que le habían arrancado varias plumas del lomo. Tras dar unos pasos renqueantes, extendió las alas para levantar el vuelo, pero después de unos aleteos lastimosos, regresó al alféizar.

Mingxia abrió el ventanal con cuidado para no atemorizar al animal. Quizás podría llevarlo a un lugar seguro o, incluso, entablillarle la pata rota con una rama. Cuando alargó un brazo para agarrar su cuerpecito, la paloma se asustó e izó de nuevo el vuelo. Consiguió elevarse unos metros, pero terminó desplomándose como una piedra. Mingxia se elongó lo más que pudo para ver dónde había caído. El pájaro yacía inerte junto a unos cubos de basura, entre mondaduras de naranja y cucharas de plástico sucias.

La imagen del cuerpo roto de Tiang Xue se superpuso al de la paloma.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo de repente Cao Chunmei a su espalda.

Mingxia dio un paso atrás porque había empezado a marearse.

—Creo que acabo de matar a una paloma —se lamentó.

Por el ventanal abierto entró una brisa que hizo que el vello de sus brazos se le pusiera de punta.

—Te vas a enfermar si coges frío. —Chunmei cerró el ventanal con un golpe brusco.

—¿Por qué crees que se ha suicidado Tiang Xue? —preguntó Mingxia tras apoyar la frente contra el cristal.

—Supongo que todos tenemos un límite.

—Debimos haberla ayudado de alguna forma.

—Hubiera saltado igual, con o sin ayuda —le aseguró Chunmei—. Una mantis no puede detener un carruaje a toda velocidad por más que extienda los brazos.

De acuerdo con una antigua historia, una mantis religiosa se había sentido tan poderosa que decidió parar el carruaje del emperador. Por supuesto, a pesar de la osadía del diminuto insecto, el emperador se había limitado a reírse de sus pretensiones.

—La mantis tendría que haberse posado sobre la nariz del emperador —dijo Mingxia—. De esa manera, al menos hubiese podido darle un susto.

—El emperador se hubiera deshecho del insecto con un simple manotazo, no te hagas ilusiones.

—¿Sabes? Si muriera ahora mismo, mi alma vagaría perdida

porque no habría nadie que llevara mi cuerpo a casa.

—Como nunca hablas de tu casa, había asumido que no tendrías ningún interés por regresar.

—No es que quiera regresar, pero tengo miedo de que mi alma se pierda.

—¿Hacemos un pacto? —sugirió Chunmei tras apoyar también la frente contra el ventanal.

—¿Un pacto?

—Me ocuparé de llevarte a casa si te pasa algo a cambio de que me hagas un favor.

—¿Qué favor?

—Un favor, todavía no sé. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

El timbre que indicaba el comienzo de la jornada de tarde sonó justo entonces y el ruido de las máquinas recién encendidas ascendió por las paredes.

—¿Son todas las madres iguales? —musitó Mingxia—. ¿Todas las madres acaban abandonando a sus hijos?

Chunmei no oyó sus palabras porque había echado a correr hacia las escaleras.

—Será mejor que nos demos prisa —gritó desde la puerta.

Después de cenar, Mingxia intentó buscar a la paloma, pero solo encontró unas plumas sueltas. Supuso que un gato se habría dado un buen festín.

10

El alboroto que creó el suicidio de Tiang Xue terminó por apagarse al cabo de solo unos días. Saltaran una o más personas al vacío, lo único que importaba era cumplir como fuese la cuota diaria de dos mil muñecas.

Un domingo, Cao Chunmei apareció con su novio de un metro y ochenta centímetros de altura. Gong Yaopei era larguirucho igual que un tronco de bambú, con los dientes amarillentos y un mareante olor a cigarrillos. Tras saludar a Mingxia con una leve inclinación de la cabeza, contó que trabajaba como subdirector del departamento de recursos humanos y que pronto tendría suficiente dinero ahorrado para comprarse un apartamento. Sin embargo, no era la primera vez que Mingxia veía a Gong Yaopei. Un día se tropezó con él a las puertas de la fábrica. Repartía folletos con el pelo pegado al cráneo y la camisa empapada de sudor. Mingxia no estaba segura de cuáles eran las tareas que debía llevar a cabo el subdirector de un departamento, pero no creía que una de ellas fuera repartir folletos. Como dice un dicho, solo la botella semivacía hace ruido cuando se agita; la botella llena no hace ningún ruido.

Chunmei apartó a Mingxia a un lado para cuchichearle algo al oído.

—¿No crees que es un buen partido? —dijo más alto de lo que quizás pretendía—. Hasta nuestros horóscopos son compatibles.

Gong Yaopei se limitó a carraspear al oír sus palabras. De hecho, por lo que Mingxia pudo deducir, carraspeaba cada dos por tres como si tuviera que aclararse la garganta por algún motivo.

Esa tarde, el único entretenimiento que encontraron fue una pelea. Una mujer que tenía un puesto de calcetines se había hartado de que su marido se gastase todo el dinero que ganaban. Sus vicios eran los cigarrillos, las apuestas y el vino de arroz. Durante más de cinco minutos, los dos se gritaron de todo a pleno pulmón sin importarles los curiosos ni el bebé que lloraba dentro de un canastillo sin dejar de agitar los brazos y las piernas.

La mujer sacó al bebé del canastillo a la vez que acusaba a su marido de ser un mal padre. Cuando el hombre amenazó con irse, la mujer, con el bebé apoyado contra la cadera, encendió un mechero e intentó prender una caja llena de calcetines.

—Como te vayas, te juro que quemo toda la mercancía —gritó.

El llanto del bebé era angustioso, pero la única preocupación de la mujer era el mechero. Era tanto el temblor de sus manos que no atinaba a prender el cartón de la caja.

Mingxia se preguntó si sus propios padres habrían discutido de la misma forma. Quizás lo hicieran antes de que su madre decidiera marcharse. Con los años, se había convencido de que lo había hecho porque no la quería. ¿Por qué si no abandonaría una madre a su bebé? Siempre había creído que, con amor, basta beber agua para sobrevivir, pero sin amor, por más comida que se tenga, es imposible saciar el hambre.

Los curiosos comenzaron a alejarse cuando la mujer tiró el mechero al suelo sin haber conseguido quemar los calcetines.

Mingxia notó entonces una mano que se deslizaba por su espalda. Cuando la mano se adentró por la pretina de sus vaqueros hasta rozar la costura de sus bragas, no pudo evitar dar un respingo.

Cuando se giró para averiguar a quién pertenecía esa mano, Gong Yaopei se limitó a carraspear y a guiñarle un ojo mientras sus dedos aún jugueteaban con la tela de sus bragas.

Mingxia se apartó con brusquedad.

—¿Cómo te atreves?

—¿Cómo me atrevo a qué? —Gong Yaopei fingió ignorancia tras carraspear de nuevo.

—¿Cómo te atreves a manosearme delante de tu novia?

—¿De qué hablas? —preguntó Chunmei. Durante la pelea familiar había ido a ojear un puesto que vendía bisutería y regresaba con una pequeña bolsa de plástico.

—Digo que tu novio es un depravado.

—No digas tonterías. —Chunmei sacó una pulsera de cuentas azules de la bolsa—. ¿Te gusta?

Con un bufido de impotencia, Mingxia se alejó con pasos decididos.

—Jiang Linlin, ¿dónde vas? —Chunmei se apresuró a correr detrás de Mingxia. Puede que se conocieran desde hacía meses, pero las dos amigas no eran tan cercanas como para llamarse por su nombre de pila.

Mingxia solo se detuvo cuando una chica se interpuso delante de ella. La chica tenía unas pestañas largas acentuadas por el rímel, los labios de un rojo chillón, una camiseta que le dejaba el ombligo al aire y unos pantalones tan cortos que le asomaba parte de las nalgas. Parecía haber escapado de la portada de una revista de moda.

—¿Tu nombre es Jiang Linlin? —dijo la chica—. Qué casualidad que nos llamemos igual.

Mingxia no reconoció a la chica de inmediato. Tras unos segundos

de incertidumbre, sin embargo, se acordó del bar de karaoke, de la mujer con un vestido de seda, de la mochila que se había llevado por equivocación. ¿Cuáles eran las probabilidades de que volviera a encontrarse con la verdadera Jiang Linlin? Con las zapatillas adheridas a los adoquines de la acera como con pegamento, se sentía incapaz de dejar de mirar el rostro de la chica a la que había robado el nombre.

—¿Por qué no nos presentas a tu amiga? —preguntó Chunmei sin percatarse de cómo su novio deslizaba una mirada pegajosa por las piernas desnudas de la otra chica.

Mingxia abrió la boca y la cerró de nuevo porque no sabía ni qué contestar.

—Os presento a Wu Mingxia —consiguió decir por fin—. La conocí nada más llegar a la ciudad.

Chunmei observó con envidia a la chica con las pestañas largas: su ropa de marca, su bolso de marca, sus zapatos de marca.

—¿Dónde trabajas? —quiso saber.

—Un bar de karaoke del centro —respondió Linlin.

—¿Un bar de karaoke? ¿Qué tipo de trabajo haces?

Los labios de Linlin dibujaron una sonrisa.

—Me pagan por cantar, bailar y servir bebidas.

—Te deben de pagar bien.

—Doscientos yuanes por noche.

—¿Doscientos yuanes? —se sorprendió Chunmei—. Ganas cada noche casi lo mismo que nosotras al mes.

—Será mejor que nos marchemos —propuso Mingxia porque lo único que deseaba era que Linlin desapareciese de su vida lo antes posible.

La chica de las pestañas largas se acercó a ella antes de que tuviera la oportunidad de huir.

—No te preocupes, puedes seguir utilizando mi nombre —le susurró al oído—. Me gusta que exista una Jiang Linlin con un trabajo honrado.

Con una sonrisa traviesa, Linlin giró sobre sus talones y se alejó. Los ojos de Gong Yaopei no conseguían despegarse del contoneo de sus caderas.

—Tienes unos amigos interesantes —dijo el hombre.

—¿Te parece guapa? —preguntó Chunmei haciendo un mohín con la boca.

Gong Yaopei carraspeó una vez más y rodeó los hombros de su novia con un brazo.

—Por supuesto que no —respondió mientras le guiñaba un ojo a Mingxia.

Estas palabras eran más de lo que Mingxia podía soportar y, sin

hacer caso de las protestas de Chunmei, se despidió de la pareja. Cuando pasó cerca de la estación de tren, se detuvo delante del pequeño altar que tanto le había llamado la atención nada más llegar a la ciudad. La mujer desdentada que atendía el puesto le ofreció un taburete para que se sentara. Después, encendió una vela y, sobre una pila de bloques de cemento que hacía las veces de mesita, colocó un papel blanco con el dibujo de un hombre.

—Golpea la imagen con una de tus zapatillas —dijo.

Mingxia se sacó la zapatilla del pie derecho y comenzó a golpear el trozo de papel con la suela.

—Con más ganas —le ordenó la mujer.

Mingxia golpeó el papel con todas sus fuerzas, una y otra vez. Cuando la mujer dictaminó que no eran necesarios más zapatazos, puso el papel dentro de otro de color amarillo con el dibujo de un tigre. Sin dejar de canturrear, acercó la bola de papel a la llama de la vela que había encendido.

—¿Eso es todo? —preguntó Mingxia mientras observaba cómo se quemaba el papel.

—Eso es todo —sentenció la mujer—. No tendrás más mala suerte.

Mingxia pensó que, por supuesto, su padre le habría dicho que la mala suerte no podía ahuyentarse con zapatazos.

11

—Estoy embarazada —soltó de pronto Cao Chunmei.

La confesión llegó tres o cuatro semanas después mientras Mingxia fregaba de rodillas el suelo del dormitorio. Estaban solas porque las demás chicas habían ido a hacer cola para ducharse. Durante unos segundos, el único sonido que perturbó el inusual silencio del cuarto fue las manecillas de un despertador.

Mingxia dejó caer el paño dentro del cubo. El agua pronto adquirió un color marronáceo porque, por más que fregaran el suelo casi todos los días, siempre estaba sucio.

—¿El padre es Gong Yaopei?

—¿Quién va a ser si no? —replicó Chunmei.

—Entonces no tienes de qué preocuparte. ¿No me dijiste que os ibais a casar?

—Cuando le conté que estaba embarazada, me dijo que no quería saber nada de mí ni del bebé.

El cuerpo de Chunmei comenzó a temblar como si, de repente, la temperatura del dormitorio hubiera descendido por debajo de los cero grados.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Mingxia, que había apartado el cubo a un lado porque el fuerte olor a desinfectante del friegasuelos le estaba irritando los ojos.

—Mis padres me matarán si se enteran —se lamentó Chunmei con la voz quebrada—. Tengo que deshacerme del bebé como sea.

—La clínica es cara. ¿Tienes suficiente dinero?

Chunmei negó con la cabeza.

—Podría comprar unas hierbas —dijo—. Sé de chicas que las han utilizado.

—Las hierbas que venden los curanderos son inútiles. O peor aún, peligrosas.

Chunmei se arrodilló delante de Mingxia. Su mirada se perdió durante un instante por el cementerio de chanclas, zapatos de tacón y zapatillas de deporte oculto debajo de las literas.

—¿Crees que tu amiga me podría ayudar? —preguntó con un atisbo de esperanza que le iluminó los ojos como si fueran fuegos artificiales. Con una mano se secó las lágrimas que le humedecían las mejillas.

—¿Mi amiga?

—Me refiero a tu amiga del bar de karaoke. Quizás podría recomendarme a quien quiera que se encargue del local donde trabaja. Con un sueldo como el suyo, no me sería difícil reunir el dinero para pagar la clínica.

—No es una buena idea.

—¿Qué pierdo por intentarlo?

Una de sus compañeras de dormitorio regresó antes de que Mingxia pudiera responder. La chica, con la piel aún enrojecida por la ducha que acababa de darse, pisó el suelo todavía húmedo con las chanclas que llevaba puestas.

—Si no corréis, os vais a quedar sin agua caliente —dijo mientras trepaba a su litera.

Como Chunmei insistió una y otra vez, ese mismo domingo fueron al bar de karaoke donde trabajaba Jiang Linlin. Cuando la chica salió del bar con una minifalda y unas botas hasta las rodillas, Mingxia se acercó a ella mientras Chunmei esperaba unos metros más atrás.

—¿Quieres que te preste dinero además de mi nombre? —se burló Linlin nada más escuchar el ruego de Mingxia.

—No quiero que me prestes dinero, solo que hables con la encargada.

—Como no tenga cuidado contigo, acabarás robándome algo más que el carné de identidad.

Linlin regresó al cabo de unos cinco o diez minutos y las acompañó hasta una de las habitaciones privadas del bar de karaoke. Una fría luz púrpura iluminaba un sofá con cojines negros, una enorme mesa baja donde habían abandonado dos o tres micrófonos y un gigantesco televisor conectado a un equipo de música. La habitación olía a alcohol, tabaco y testosterona.

Una mujer las esperaba sentada con las piernas cruzadas. Mingxia la reconoció de inmediato. Era la mujer con el vestido de seda que le había pedido que cantase, solo que esta vez llevaba puesta una blusa casi transparente que dejaba entrever su sujetador y una falda estrecha hasta los tobillos.

—Me acuerdo de ti. —La mujer apuntó con un dedo a Mingxia—. ¿Has cambiado de opinión y quieres trabajar para mí?

—No es ella quien busca trabajo —aclaró Chunmei mientras se frotaba las manos con nerviosismo.

La mujer observó a Chunmei con detenimiento.

—¿Estas embarazada? —le preguntó.

Las dos chicas miraron a la mujer con ojos de sorpresa porque el vientre de Chunmei aún no dejaba vislumbrar nada.

—¿De qué os sorprendéis? —dijo la mujer con tono burlón—. No sería la encargada de este local si no supiera cuándo una de mis chicas

está embarazada.

Chunmei se arrodilló y apoyó la frente contra el suelo.

—Necesito dinero —rogó entre sollozos con un hilillo de voz que apenas consiguió arrastrarse hasta los pies de la mujer.

—No contrato a chicas embarazadas, pero quizás tu amiga sí que pueda ayudarte.

La mujer envolvió a Mingxia con la sonrisa del cazador que acaba de tender su trampa.

—No quiero dejar el trabajo de la fábrica —musitó Mingxia.

La encargada del bar de karaoke se levantó del sillón para rematar a su presa.

—¿Qué día libras?

—Los domingos.

—¿Y hasta qué hora trabajas los sábados?

—Por lo general, no más tarde de las ocho de la noche.

—El bar no abre hasta las diez. —La mujer se acercó a Mingxia y le acarició la mejilla con sus elegantes dedos—. ¿Por qué no trabajas para mí los sábados por la noche? De esa manera, no tendrías que dejar la fábrica.

Mingxia debería haber dicho que no, pero solo pudo asentir cuando Chunmei musitó unas palabras a su lado.

—Me prometiste que me harías cualquier favor que te pidiera —dijo.

De acuerdo con los cálculos que hicieron, cinco sábados serían suficientes para costear la clínica y, por lo que Linlin contaba, lo único que había que hacer era cantar, bailar y servir bebidas.

—No quieres que acabe como Tiang Xue, ¿verdad? —soltó Chunmei nada más salir del bar de karaoke—. Porque te aseguro que prefiero saltar del edificio más alto antes que regresar embarazada a casa.

12

Ese mismo sábado, con restos de pintura aún debajo de las uñas, Mingxia se encaminó al bar de karaoke. Cuando pasó delante de un músico callejero ciego que tocaba el erhu, se detuvo a escuchar porque, de pronto, se acordó de cuando su padre tocaba ese mismo instrumento por las noches. «El erhu solo tiene dos cuerdas —solía decir su padre—, pero puede expresar todas las emociones humanas».

El músico, con el rostro tan arrugado como la piel de una mandarina petiseca, estaba sentado frente a una tienda que vendía cámaras fotográficas. Con la mano derecha deslizaba el arco por el largo cuello del instrumento. Con los dedos de la otra, hacía vibrar las dos cuerdas.

Cuando el hombre terminó de tocar, Mingxia le ofreció un billete de diez yuanes.

—El erhu posee el mismo timbre que la voz humana —dijo el músico mientras recorría el dibujo del billete con un dedo—. Por eso no existe mejor instrumento para expresar la tristeza y el desconsuelo.

—¿Puede tocar otra canción?

—Por diez yuanes puedo tocar todas las que quieras —se carcajeó el hombre. Era evidente que, aunque ciego, había aprendido a distinguir los billetes por sus rugosidades.

El músico comenzó a tocar una melodía que Mingxia conocía bien porque era una de las preferidas de su padre. La melodía hablaba del sufrimiento y de la esperanza de una vida mejor.

—¿Siempre ha sido ciego? —preguntó Mingxia después de que el músico hiciera sonar las últimas notas.

—Desde que nací. No sé qué pecados cometió mi familia, pero también mis hermanos nacieron ciegos. Cuatro hijos y los cuatro ciegos. Mi padre me enseñó a tocar el erhu a base de palos. Decía que un ciego solo podría llevarse algo de arroz a la boca si aprendía a tocar un instrumento.

—Toca bien el erhu.

—Lo toco bien porque he sufrido mucho.

—Mi padre también toca bien el erhu.

—Entonces es que también ha sufrido más de lo normal.

La música del erhu persiguió a Mingxia hasta casi las puertas del bar de karaoke. No sabía si su padre había sufrido mucho a lo largo de

su vida, pero quizás se lo mereciera. Como dicen, el que camina recto no debe tener miedo de que su sombra esté torcida.

Nada más llegar al bar, Jiang Linlin se ocupó de ella. Le cepilló la larga melena, le enseñó cómo debía maquillarse y le ofreció un vestido corto de color dorado. El vestido era idéntico al que Linlin llevaba puesto, con dos asillas que no paraban de resbalarle por los hombros.

—¿Por qué decidiste trabajar aquí? —preguntó Mingxia mientras se subía la cremallera del vestido.

El vestuario donde estaban, que olía a mil colonias diferentes, era tan pequeño que casi no podían moverse entre las hileras de zapatos y la ropa de todos los colores que colgaba de unas perchas.

Linlin no respondió de inmediato. Con una brocha aplicó un poco más de colorete a las mejillas de Mingxia.

—Me gustaba un chico —dijo por fin—, pero a ese chico le gustaba otra.

—¿Haces esto para castigarle?

—No para castigarle a él, sino para castigarme a mí.

Por primera vez, Mingxia se percató de las cicatrices que cruzaban el interior de una de las muñecas de Linlin. Mientras la otra chica elegía un pintalabios de su neceser, se sintió incapaz de desviar la mirada de aquellos cortes que expresaban el mismo desconsuelo que el erhu.

—No me arrepiento de nada, así que no sientas pena por mí —dijo Linlin mientras retocaba los labios de Mingxia—. No quiero ser como la rana que piensa que no existe otro mundo más allá del fondo del pozo donde vive. El mundo es demasiado grande como para resignarse a la estrechez de un maldito pozo.

Tras guardar de nuevo el pintalabios dentro de su neceser, Linlin sacó algo de un armario.

—¿Qué es? —preguntó Mingxia.

—¿No reconoces tu propia mochila?

Mingxia cogió la mochila casi con reverencia.

—¿Por qué me la devuelves?

—Por si alguna vez decides volver a ser Wu Mingxia.

Con el eco de estas palabras aún atrapado entre las paredes del diminuto vestuario, la encargada asomó la cabeza para ordenarles que se unieran a otras cuatro chicas. Las seis iban vestidas igual, como si fueran los miembros de un grupo pop a punto de subir al escenario. Después de colgarles de la cintura un número diferente a cada una, la encargada las condujo hasta una habitación con unos sillones de piel y una mesa baja a rebosar de botellines de cerveza.

El aire acondicionado estaba a tope y Mingxia no pudo evitar que le temblaran los labios. «Cantar, bailar y servir bebidas, solo eso», se repitió sin atreverse a mirar a los hombres que ocupaban uno de los

sofás. El hombre de más edad, con la envergadura de un búfalo y la nariz torcida de quien ha recibido alguna vez un fuerte puñetazo, eligió su número. El otro hombre, bizco y con el pelo engominado, seleccionó el de Linlin.

Mingxia se quedó inmóvil sin saber qué hacer.

—Observa bien lo que hago e intenta imitarme —le susurró Linlin al oído antes de sentarse junto al hombre bizco.

Mingxia se sentó al lado del otro cliente con las manos cruzadas sobre el regazo. Cuando el hombre le pasó un brazo por encima, intentó separarse un poco, pero no pudo porque la piel del sofá se le había pegado a los muslos desnudos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el hombre tras darle una calada al cigarrillo que se estaba fumando. El humo que exhaló por la boca veló su rostro durante unos segundos.

Mingxia abrió la boca sin que ningún sonido saliese de su garganta.

—Su nombre es Rongrong —contestó Linlin por ella—. Es su primer día, así que cuídala bien.

Sin pretenderlo, Mingxia se cubrió de esa forma con otra piel postiza. Había utilizado el nombre de Jiang Linlin para conseguir el trabajo de la fábrica. Como chica de karaoke, su nombre era Rongrong. Se preguntó si Wu Mingxia terminaría por desaparecer debajo de tantas pieles. Quizás eso era justo lo que necesitaba, que Wu Mingxia desapareciera para siempre junto con todo su pasado.

—Cuido bien a todas mis chicas —dijo el hombre mientras acariciaba el largo pelo de Mingxia—. Puedes llamarme Lao Changfu.

—No eres tan viejo —se burló Linlin porque sabía que *lao* significa «viejo».

—Lo soy comparado con vosotras. —Lao Changfu señaló el equipo de karaoke—. ¿Por qué no nos cantas algo, Rongrong?

Mingxia se levantó del sillón, que restalló cuando consiguió separar sus muslos del cojín. Cogió un micrófono y seleccionó al azar una de las canciones del equipo de karaoke porque estaba tan nerviosa que no podía leer los títulos. Cuando sonaron los primeros acordes, pegó el micrófono a la boca y comenzó a cantar sin dejar de mirar el enorme televisor por el que iba apareciendo la letra de la canción. La voz se le quebró varias veces, pero consiguió cantar hasta la última estrofa.

Lao Changfu se levantó y cogió otro micrófono.

—¿Cantas conmigo? —le pidió a Mingxia.

El otro hombre no paraba de manosear a Linlin. Cuando intentó meter una mano debajo de su falda, la chica cruzó aún más las piernas y, burlona, lo acusó de comportarse como un niño travieso. El hombre bizco no pareció ofenderse con el comentario porque se echó a reír a carcajadas.

Lao Changfu rodeó de nuevo a Mingxia con un brazo mientras cantaban juntos el estribillo de la canción. La voz del hombre era grave, casi cavernosa, pero a la vez seductora.

Cuando volvieron a sentarse, Lao Changfu le ofreció una cerveza.

—Se supone que no debemos beber —musitó Mingxia.

—No va a pasar nada porque bebas un poco —replicó el hombre tras acercarle el botellín a los labios.

Mingxia bebió un trago directamente del botellín. La cerveza estaba caliente y casi se atraganta, con tan mala suerte que unas gotas se le escurrieron por la barbilla.

—Es la primera vez que bebo cerveza —se disculpó.

—Me gusta que sea tu primera vez. —Lao Changfu le limpió la barbilla con un dedo.

El hombre bizco le susurró algo al oído a Linlin antes de levantarse, coger uno de los micrófonos y ponerse a cantar. Su voz tenía la aspereza de muchos años de tabaco y alcohol.

—¿No crees que suena como los balidos de una cabra? —Lao Changfu le guiñó un ojo a Mingxia, que no pudo evitar sonreír porque era verdad que los sonidos que emitía el hombre bizco parecían unos balidos.

Cuando sonrió, como era su costumbre, se cubrió la boca con una mano para ocultar la separación entre sus dientes delanteros.

Lao Changfu le apartó la mano con suavidad.

—¿Por qué te tapas la boca?

—Porque mi sonrisa no es bonita.

—Por supuesto que lo es. —El hombre sonrió también—. ¿No te gustaría saber algo de mí?

—¿Eres político? —se atrevió a preguntar Mingxia tras unos segundos de indecisión.

La carcajada del hombre hizo vibrar los botellines de cerveza.

—Nada más lejos de la realidad. Digamos que me dedico a la construcción.

—¿Qué construyes?

—¿Que preferirías que construyese?

—Los edificios más altos del mundo.

—Pues ahí lo tienes —aclaró Lao Changfu—. Construyo los edificios más altos del mundo.

—¿Cuánto de altos?

—Más altos de lo que puedas imaginar.

Unas camareras entraron con platos repletos de rodajas de piña, trozos de manzana y racimos de uvas.

Cuando el hombre bizco se sentó de nuevo, Linlin arrancó una uva de uno de los racimos.

—¿Por qué no abres la boca? —ronroneó Linlin.

El hombre hizo lo que la chica le pedía y se tragó la uva como si fuera un mono amaestrado.

Mingxia quiso repetir el gesto de Linlin, pero cuando Lao Changfu abrió la boca para comerse la uva, atrapó también sus dedos. Sobresaltada, sacó con rapidez los dedos de dentro de la boca del hombre.

—Eres tan jugosa como una uva —dijo Lao Changfu.

La encargada entró justo entonces, saludó a sus dos clientes con una inclinación de la cabeza y les preguntó si necesitaban algo más.

El hombre bizco le ofreció unos billetes a la encargada. Mingxia calculó que podían ser unos mil yuanes. Cuando la mujer aceptó el dinero, el hombre se levantó con dificultad del sofá y arrastró a Linlin fuera de la habitación.

—¿Cuánto? —le preguntó Lao Changfu a la encargada sin dejar de mirar a Mingxia.

—Tendrás que esperar —le respondió la mujer—; es demasiado pronto.

Lao Changfu deslizó un dedo por el rostro de Mingxia. Comenzó por la frente, continuó por el puente de la nariz, jugueteó unos segundos con sus labios y, por último, le acarició la barbilla.

—Seré paciente, pero no me hagas esperar mucho. —El hombre se levantó, dejó trescientos yuanes sobre la mesa y se despidió.

La encargada contó el dinero con una sonrisa que dejaba entrever sus perfectos dientes blancos.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad? —dijo mientras le ofrecía doscientos yuanes a Mingxia.

Cuando Mingxia se duchó poco después, no se sintió reconfortada con el agua caliente que le resbalaba por la piel. Recordó a su padre tocando el erhu con las manos callosas. Solía tocar por las noches antes de irse a dormir: un taburete, la pequeña caja de resonancia apoyada sobre el regazo, los ojos cerrados, los dedos diestros que hacían deslizar el arco hecho con crines de caballo entre las dos cuerdas. «El cuello del erhu debe apuntar siempre al cielo», le explicó su padre una vez. Las notas sombrías del instrumento pintaban las paredes de un dorado nostálgico antes de escapar por las goteras del techo.

Mingxia giró aún más el grifo de la ducha hasta que el agua salió tan caliente que casi le escalda la piel. Cuando se pasó la lengua por los labios, notó un regusto metálico. Sin darse cuenta, se había mordido el labio inferior. «Sangre maldita como la de mi padre», pensó.

Se acordó también de cuando Feihong le dio a leer un panfleto que circulaba por el pueblo. El panfleto narraba con todo lujo de detalles los encuentros sexuales entre dos vecinos, desde el lugar donde se

encontraban hasta lo que ocurría entre ellos. Para ambos, que por aquel entonces no eran más que unos adolescentes con las hormonas revueltas, aquella fue su primera toma de contacto con el sexo.

El panfleto no identificaba a los amantes, pero no les fue difícil averiguar que se trataba del herrero y de la hija de un campesino. Es lo que tienen los pueblos, que todo acaba por saberse. Una tarde siguieron a la mujer cuando regresaba al pueblo. La mujer caminaba encorvada por la leña que traía a la espalda. Escondidos tras unos arbustos, los dos comenzaron a leer el texto del panfleto. Lo hicieron al unísono, lo más alto que pudieron. La mujer, avergonzada, bajó aún más la cabeza y aceleró el paso.

¿Con qué derecho se habían burlado de aquella mujer?

Mingxia se mordió el labio inferior hasta hacerse de nuevo daño.

13

Cuando Mingxia regresó a la fábrica después de ducharse, se encontró de bruces con Li Xiaonan, que salía del baño con cara somnolienta. Cada vez que veía a la chica con el lunar bajo el ojo se acordaba del cuerpo de Tiang Xue cubierto por una manta y de su pie descalzo.

—¿De dónde vienes tan tarde? —Li Xiaonan se acercó para olerle el cuello como si se tratara de un perro sabueso.

Mingxia se apartó con una mueca de disgusto.

—¿No tienes nada mejor que hacer? ¿Por qué no vas a tirar a otra persona al vacío y me dejas tranquila?

—No tuve nada que ver con el suicidio de Tiang Xue —se defendió Li Xiaonan.

—Las ratas solo saben comportarse como ratas.

—¿Me estás llamando rata?

Cuando la chica con el lunar se acercó de nuevo, Mingxia le propinó un empujón. Li Xiaonan se tambaleó y estuvo a punto de caer al suelo. Después de recuperar el equilibrio, avanzó una vez más hacia Mingxia, quizás con la intención de empujarla también o, incluso, de pegarle una bofetada. Mingxia se apresuró a esquivar a la otra chica, echó a correr hacia su dormitorio y cerró la puerta detrás de sí. Los pasos de Li Xiaonan se detuvieron unos segundos al otro lado de la puerta antes de perderse por el pasillo.

Quedaban aún un par de horas para que amaneciera y todas sus compañeras de dormitorio estaban dormidas. Sin siquiera desvestirse, Mingxia se acostó por encima de la manta.

—¿Te pagaron? —le preguntó de pronto Cao Chunmei desde la cama de arriba con la voz rasposa de quien no está del todo despierto.

—Doscientos yuanes.

—¿Por qué no me das el dinero para que lo guarde? Te lo van a robar si lo dejas a la vista.

—No te preocupes, sé de un sitio seguro.

—¿Qué sitio?

—Un sitio seguro —repitió Mingxia sin dar más explicaciones.

Unos días más tarde, cuando estaba haciendo la cama, a Chunmei se le cayó al suelo una bolsita de hierbas que había escondido debajo de la almohada.

Mingxia abrió la bolsita y olió el interior.

—¿Qué es?

Chunmei intentó, sin éxito, arrebatarle la bolsita.

—Son hierbas que me compró Gong Yaopei —acabó confesando.

—¿Hierbas para qué?

—¿Para qué crees?

—¿Para abortar? —replicó Mingxia.

—Es solo por si acaso.

—¿Por si acaso no consigo el dinero que necesitas para la clínica?

Chunmei se las apañó para recuperar la bolsita y volvió a esconderla debajo de su almohada.

—Te repito que es solo por si acaso —dijo—. Dentro de unas semanas regreso a casa por la Fiesta de la Primavera. No pienso volver con el vientre hinchado.

—Te conseguiré el dinero mucho antes.

—Lo sé, pero sería una estúpida si no tuviera un plan alternativo, ¿no crees?

Ese sábado por la noche, Mingxia regresó al bar de karaoke. Tuvo que entretener a un cuarentón que escupía al suelo cada vez que le daba una calada a su cigarrillo y, después, frotaba la moqueta con la suela de sus mocasines como si así pudiera hacer desaparecer el rastro de saliva.

El siguiente sábado, el hombre que eligió su número no dejó de acariciarle la piel desnuda del muslo con una mano sudorosa. Cuando se marchó por fin con sus amigos, Mingxia se quedó a solas unos minutos con Jiang Linlin. «Dos sábados más», se consoló. Todavía sonaba una canción, una balada que hablaba de amores imposibles. La habitación, como siempre, olía a sudor, a tabaco, a alcohol. Un botellín de cerveza se había volcado y el líquido se había desparramado por la mesita.

Linlin se levantó para apagar el equipo de karaoke.

—¿Tu familia sabe que te dedicas a esto? —le preguntó Mingxia cuando dejó de sonar la canción.

—Por supuesto que no. —Linlin le devolvió una sonrisa cansada—. Mi madre cree que tengo un trabajo honrado. ¿Qué fabrica el lugar donde trabajas?

—Muñecas.

—La próxima vez que hable con ella, le contaré que me gano la vida fabricando muñecas. No es ninguna mentira, ¿no es cierto?

—¿Cuánto tiempo crees que vas a poder ocultarle a tu madre que eres una chica de karaoke?

—Hasta que ahorre suficiente dinero. Pienso mudarme a un lugar donde nadie me conozca y abrir una tienda. Todavía no sé de qué, pero será una tienda de lujo. De ropa o, quizás, de zapatos.

—¿Pero no te importa?

—¿No me importa el qué?

—¿No te importa acostarte con tantos hombres?

—No es para tanto —respondió Linlin con una carcajada hueca—. ¿O es que te estás reservando para alguien especial?

—Por supuesto que no —replicó Mingxia.

De pronto, Linlin la miró con el rostro serio.

—Ten cuidado con Lao Changfu.

—¿Por qué lo dices?

—Porque es un hombre peligroso.

—¿No es constructor?

—¿Constructor? —Linlin se echó a reír de nuevo—. Su único negocio es ganar dinero, aunque ello implique dejar por detrás una pila de cadáveres.

Unas horas después, cuando consiguió dormirse a pesar de la luz que entraba por el balcón del dormitorio, Mingxia soñó con su padre, que le mostraba un bulto rectangular envuelto con un pañuelo de seda.

—Es tu herencia —dijo—. Cuando regreses, lo primero que debes hacer es desenterrarlo.

—¿Desenterrar el qué?

Su padre se puso de rodillas y comenzó a excavar un agujero con las manos.

—Prométeme que lo desenterrarás.

—No puedo prometértelo porque no pienso regresar.

—Claro que regresarás.

—¿Por qué estás tan seguro? —le preguntó Mingxia.

—Regresarás el día que no tengas ningún otro lugar adonde ir.

Cuando su padre colocó con cuidado el bulto dentro del agujero, Mingxia se dio cuenta de que estaba sangrando. El pelo de la parte de atrás de su cabeza se le había acartonado por la sangre que le manaba de una herida. Como un grifo abierto, la sangre se deslizaba por su cuello hasta empaparle la espalda de la camisa.

14

Lao Changfu regresó al bar de karaoke una semana después.

—¿Me has echado de menos, Rongrong? —preguntó tras golpear el cigarrillo que se estaba fumando contra el borde de un cenicero. El hombre había venido solo, pero su presencia parecía llenar por completo la habitación.

—Por supuesto —respondió Mingxia.

Lao Changfu le indicó que se sentara a su lado y repasó con la mirada lo que había sobre la mesa: botellines de cerveza, una botella de vodka, otra de güisqui, una cubitera con unas pinzas y un plato con rodajas de limón.

—¿Qué no has bebido antes?

—Lo único que he probado es la cerveza.

Lao Changfu le sirvió un vaso de vodka con una rodaja de limón.

—Me gusta que todas tus primeras veces sean conmigo.

Cuando Mingxia bebió un sorbo del vodka, el líquido le quemó la garganta.

El hombre se bebió su vaso de un solo trago y comenzó a jugar con la asilla del vestido de Mingxia. Como si de un tobogán se tratara, deslizó el dedo índice por debajo de la asilla hasta rozar la curvatura de su pecho.

—Dicen que una chica cambia dieciocho veces antes de ser una mujer. ¿Cuántas veces has cambiado, Rongrong?

Con el rostro rojo como las semillas de una granada, Mingxia se levantó con rapidez, se acercó al equipo de karaoke y seleccionó una canción.

—¿Quieres cantar conmigo? —preguntó.

—Prefiero escucharte desde aquí.

Mingxia empezó a cantar con el micrófono pegado a la boca mientras Lao Changfu la observaba desde el sofá. La mano con la que sujetaba el cigarrillo descansaba sobre el reposabrazos del asiento y las cenizas caían al suelo sin que el hombre hiciera nada por evitarlo.

—Te pagaría mil yuanes por tu primera vez —le dijo Lao Changfu cuando se apagaron los ecos de la canción.

—¿Mi primera vez?

—Sabes bien a qué me refiero.

El hombre aplastó la colilla contra el fondo del cenicero antes de

cambiar de conversación.

El resto de la noche, Mingxia sintió cómo el humo de los cuatro o cinco cigarrillos que Lao Changfu se fumó se colaba por los poros de su piel.

Cuando unas horas más tarde regresó a la fábrica, Cao Chunmei estaba esperándola delante de la puerta cerrada del dormitorio. Con el pijama puesto, se mordía las uñas de una mano.

—¿Te acostarías con alguien por mil yuanes? —le preguntó de sopetón Mingxia.

Chunmei abrió la boca, pero la volvió a cerrar cuando no supo qué responder.

—Lo único que haces es cantar y servir bebidas —dijo al cabo de unos segundos—. ¿Por qué habrías de acostarte con alguien?

—¿De veras crees que eso es lo único que hacen las chicas de karaoke? ¿Cantar y servir bebidas?

La cabeza de Li Xiaonan asomó de pronto por la puerta del dormitorio que estaba frente al baño.

—¿No te cansas nunca de espiar a los demás? —La voz de Mingxia restalló por el pasillo como un latigazo.

Li Xiaonan les enseñó la lengua mientras cruzaba el pasillo para ir al baño.

—No me acostaría con nadie por mil yuanes —dijo Chunmei cuando la chica con el lunar cerró la puerta del baño detrás de sí.

—Te acostaste gratis con Gong Yaopei.

—Me acosté con él porque le quiero —matizó Chunmei con sequedad antes de darse la vuelta, abrir la puerta del dormitorio y dirigirse a su cama.

Cuando Mingxia entró detrás de ella, Chunmei estaba trepando hasta lo alto de su litera.

—Nunca has estado enamorada, por eso no me comprendes —susurró Chunmei antes de darle la espalda.

Mingxia claudicó porque no siempre merecía la pena ganar todas las batallas. Tras emitir un suspiro que se expandió por el dormitorio hasta chocar con las paredes, se agachó para coger la mochila que escondía debajo de su cama; era su propia mochila, porque la otra se la había devuelto a Jiang Linlin. Del interior cogió la pequeña lata de aluminio donde estaba guardando el dinero. Sin embargo, cuando abrió la lata para depositar los doscientos yuanes que había ganado esa noche, descubrió que estaba vacía. Un sudor frío le recorrió la espalda al comprender el motivo por el que Chunmei la estaba esperando.

—¿Dónde está el dinero? —gritó sin importarle que se despertaran las demás chicas.

Cuando no recibió ninguna respuesta, subió los primeros peldaños

de la escalera. Chunmei se había cubierto el rostro con la almohada.

—¿Dónde está el dinero? —repitió Mingxia alzando aún más la voz.

De las otras camas empezaron a oírse protestas.

—Mis padres me enviaron los billetes de tren para que regrese a casa por la Fiesta de la Primavera. Son para la semana que viene —dijo Chunmei de forma apenas audible.

—Dime ahora mismo dónde está el dinero. —Mingxia apartó a un lado la almohada que cubría el rostro de la otra chica.

—Se lo di a Gong Yaopei —confesó Chunmei con un hilo de voz.

—¿Se lo diste a Gong Yaopei?

—Me dijo que conocía una clínica donde me harían un descuento.

—¿Cómo has podido creerle?

Una de sus compañeras de dormitorio las mandó callar.

—¿Por qué no habría de creerle? —replicó Chunmei tras dirigir una mirada envenenada a la chica que acababa de quejarse—. Nunca me ha mentido, a diferencia de otros.

—¿Qué quieres decir?

Chunmei bajó la voz para que solo Mingxia pudiera oírla.

—Quiero decir que tu verdadero nombre no es Jiang Linlin. Encontré los dos carnés de identidad que guardas dentro de tu mochila. Has estado mintiéndome todo este tiempo. ¿Por qué te haces pasar por otra persona?

—Nunca lo entenderías.

—Lo entendería si me lo explicaras.

Tras unos segundos de silencio, Chunmei le regaló esa sonrisa suya que hacía que su rostro brillara como si tuviera luz propia.

—Siento haberte robado el dinero —dijo.

—Sé que lo sientes, pero no deberías fiarte de tu novio.

Ese mismo lunes, durante el descanso para el almuerzo, se enteraron de que Gong Yaopei no había aparecido por la fábrica desde el sábado anterior. Según una de las secretarias, se había marchado sin presentar su dimisión ni nada por el estilo. Mingxia estaba segura de que el hombre había huido con el dinero y de que no tenía ninguna intención de regresar.

Chunmei se arrodilló delante de su amiga y comenzó a golpearse el rostro deformado por el llanto, primero con una mano y, luego, con la otra.

—Tienes que ayudarme. ¿De dónde voy a sacar el dinero ahora?

—Te ayudaré, así que deja de golpearte de una vez —dijo Mingxia.

—¿De verdad lo harás? —Durante un instante, los ojos de Chunmei adquirieron la misma consistencia plástica de las muñecas.

Mingxia asintió con la cabeza. Después de todo, ¿qué más podría perder alguien con la sangre maldita?

15

Unas horas antes de que Mingxia decidiera abandonar el pueblo, la madre de Feihong la había acusado precisamente de eso, de tener la misma sangre maldita de su padre. Lo hizo antes de agarrarla por el pelo y de escupirle el rostro.

Esa mañana, Feihong había ido a buscarla a su casa y, cogidos de la mano, habían echado a correr por unos de los senderos que serpenteaban entre las terrazas. Hacía algo más de dos meses desde que se había sembrado el arroz y las plantas empezaban a adquirir un color dorado. Cuando alcanzaron la puerta sagrada por la que se entraba al pueblo, Feihong estrujó la mano de Mingxia con suavidad.

—Un día de estos entraremos juntos —dijo.

—¿Por qué habría de hacerlo? La gente del pueblo no me quiere.

—Entraremos el día de nuestra boda.

—¿Quién te ha dicho que quiero casarme contigo? —se burló Mingxia.

—Por supuesto que quieres casarte conmigo —le recriminó Feihong con una sonrisa que hizo aparecer sus dos hoyuelos.

Echaron a correr de nuevo hasta detenerse bajo la sombra de un enorme roble.

—¿Sabías que este roble aloja el espíritu de un dragón? —dijo Feihong mientras acariciaba la corteza del árbol.

—No deberíamos estar aquí. —Mingxia miró preocupada a su alrededor.

—¿Por qué no?

—Porque es un lugar sagrado.

La arboleda donde estaban se consideraba sagrada porque, de acuerdo con las creencias, muchos de aquellos árboles servían de hogar a espíritus de todo tipo.

Feihong aplastó el cuerpo de la chica contra el tronco del roble.

—Quiero que el espíritu del dragón sea testigo —le susurró al oído.

—¿Testigo de qué? —Mingxia sintió la corteza áspera del árbol a través de la tela de su blusa, pero por la cuenta que le traía, bien podía tratarse del colchón más cómodo del mundo.

Feihong levantó la cabeza para mirar la copa del árbol. Las ramas, mecidas por la brisa, creaban un baile de sombras a su alrededor.

—¿Estás escuchando, espíritu del dragón? —vociferó—. Me casaré

con Mingxia cueste lo que cueste.

Las bocas de los dos chicos se encontraron al mismo tiempo que se levantó un fuerte viento.

Mingxia, que había cerrado los ojos, los abrió cuando, de repente, dejó de sentir los labios de Feihong pegados a los suyos.

—Demonio —gritó una voz—, apártate de mi hijo.

La madre de Feihong, robusta y con el pelo demasiado negro para ser natural, apartó a su hijo a un lado y le pegó una bofetada a Mingxia.

Feihong detuvo el brazo de su madre antes de que pudiera abofetear de nuevo a la chica.

—Madre, ¿qué cree que está haciendo?

La señora Jin ignoró por completo a su hijo.

—¿Cómo te atreves a seducir a tu hermano? —acusó a Mingxia.

El viento sacudió el árbol con tanta furia que parecía querer arrancarlo de raíz.

Mingxia pensó que el sonido que hacían las ramas al crujir se asemejaba al bramido de un dragón y no le costó mucho imaginarse a la inmensa criatura despertándose tras un prolongado letargo. Tras abrir los ojos, brillantes como los de un demonio, el dragón rasgaría el suelo con sus garras de águila y, después, comenzaría a desenroscar su largo cuerpo escamoso.

—¿De qué habla, madre? —El rostro de Feihong se había vuelto tan pálido como el arroz cocido. Con los brazos rígidos a los costados y los puños encrespados, lo único que lo diferenciaba de una estatua de piedra era el movimiento de su pecho.

La señora Jin obligó a la chica a postrarse delante de ella.

De rodillas, Mingxia parpadeó varias veces porque la vista se le había nublado. Por primera vez, se dio cuenta de que la mujer tenía un ojo marrón y otro azul. Se estaban formando unos nubarrones y se preguntó si el culpable sería el dragón. Todo el mundo sabía que los dragones eran los responsables de los truenos y los relámpagos.

—¿De qué habla, madre? —repitió Feihong.

Cuando una nueva ráfaga de viento arremetió contra el árbol, Mingxia se imaginó al dragón sacudiendo sus cuernos de ciervo justo antes de remontar el vuelo.

La señora Jin la agarró por el pelo, echó su cabeza hacia atrás e hizo un ruido con la garganta.

—Tienes la misma sangre maldita de tu padre.

—No es verdad que seamos hermanos —musitó Mingxia, que solo se percató de que la mujer la había escupido cuando un reguero de saliva le bajó por una de las mejillas.

—Pregúntale a tu padre si me dejó preñada o no, a ver qué te dice.

Mingxia consiguió girar la cabeza hacia donde estaba Feihong.

—No es verdad —dijo de forma casi inaudible cuando sus miradas se cruzaron.

Feihong comenzó a susurrar la misma palabra, una y otra vez.

—*Jiejie… Jiejie…*

—Vámonos —le ordenó la mujer a su hijo.

—No me llames así —gritó Mingxia cuando Feihong le dio la espalda para marcharse con su madre—. No es verdad que sea tu hermana.

Un remolino de tierra la obligó a cerrar los ojos. El inmenso dragón había izado el vuelo, pero la rama de un árbol le arañó el costado. El dragón se desplomó hasta caer al suelo y la sangre que empezó a manar de la herida secó todas las plantas a su alrededor. Cuando intentó volver a remontar el vuelo, no pudo elevarse más que unos metros del suelo porque su cuerpo estaba cubierto de barro.

Mingxia no tuvo más remedio que olvidarse del rostro horrorizado de Feihong cuando Lao Changfu abrió la puerta de la habitación del hotel. La habitación era espaciosa con un salón independiente y unas puertas correderas al fondo que conducían al dormitorio. Cada vez le costaba más respirar. El vestido rojo con la espalda al descubierto que Jiang Linlin le había prestado era demasiado justo. Los zapatos de tacón le apretaban y tenía los dedos agarrotados. Los ornamentos de la habitación tampoco le sirvieron de consuelo. Nada más entrar, sintió como si la enorme lámpara que colgaba del techo y las pesadas cortinas que cubrían las ventanas quisieran sofocarla.

—¿Qué te parece si pruebas esta vez el güisqui? —sugirió Lao Changfu antes de encaminarse a una mesita donde habían dejado una bandeja con todo tipo de bebidas.

Mingxia se bebió de un solo trago el vaso que le sirvió el hombre. No pudo evitar toser cuando notó el ardor del alcohol al deslizarse por su garganta. Sin ningún motivo aparente, se acordó de cuando Linlin le había confesado que trabajaba como chica de karaoke no para castigar al hombre que la había abandonado por otra, sino para castigarse a sí misma. Mingxia se preguntó si había accedido a acostarse con Lao Changfu por el mismo motivo, no porque quisiera ayudar a Chunmei.

Lao Changfu abrió las puertas correderas con la sonrisa salvaje de un tigre.

El único mueble del dormitorio era una cama con dosel de cerca de dos metros de ancho. De los barrotes de madera del dosel colgaban unos visillos blancos casi transparentes que se mecían con el aire acondicionado. El dormitorio olía a ambientador y a sábanas recién lavadas.

Mingxia se obligó a vaciar la mente cuando el hombre comenzó a bajarle la cremallera lateral del vestido.

—¿Patrón? —llamó de pronto alguien.

Lao Changfu emitió un suspiro de decepción, como si no fuera más que un niño al que hubieran interrumpido cuando estaba a punto de abrir un regalo.

—No se te ocurra salir —le ordenó antes de cerrar las puertas correderas detrás de sí.

Mingxia se quedó de pie con la cremallera bajada a medias. Tenía la piel de la espalda erizada por culpa del frío aire acondicionado.

De pronto, al otro lado de las puertas correderas oyó voces airadas, un quejido de dolor, un golpe como si algo se hubiera caído al suelo. Se olvidó por completo de la advertencia que le había hecho Lao Changfu y entreabrió las puertas correderas para ver qué había ocurrido.

Un hombre que Mingxia nunca había visto antes estaba tendido sobre la alfombra del salón. Entre estertores, el hombre se había llevado las manos al cuello para intentar contener el chorro de sangre que le manaba de un profundo corte. Una tarea imposible porque la sangre fluía entre sus dedos como el agua de una presa desbordada.

Lao Changfu le pegó una patada al hombre caído antes de volverse hacia Mingxia.

—Te dije que te quedaras quietecita —dijo con voz ronca mientras decidía dónde dejar el cuchillo ensangrentado que sujetaba con una mano. Optó por dejarlo sobre la mesita con las bebidas.

—¿Qué quiere que haga con la chica?

Esta pregunta la hizo un hombre con la cabeza rapada que estaba apostado delante de una de las ventanas. Mingxia reconoció de inmediato al chófer que la había ido a recoger al bar de karaoke.

—Mátala —le ordenó Lao Changfu al chófer—. No puede haber ningún testigo.

Mingxia permaneció inmóvil porque no creía haber comprendido del todo las palabras de Lao Changfu. Solo pudo salir del estupor que la embargaba cuando una de las manazas del chófer se cerró alrededor de su cuello. Sin saber cómo, consiguió zafarse y escapar de la habitación. El pasillo se le antojó infinito, como si no obedeciera las leyes físicas. Cuando estaba a punto de llegar al ascensor, trastabilló por culpa de los zapatos de tacón y decidió quitárselos. Como las puertas del ascensor no se abrían, echó de nuevo a correr, esta vez descalza, porque el chófer estaba a punto de atraparla. Por suerte, vio una puerta pesada con el dibujo de unas escaleras. Un peldaño tras otro, no pudo respirar hasta que salió a la calle.

Después de casi chocar con el portero del hotel, Mingxia apresuró el paso sin atreverse a mirar por encima del hombro. Corrió sin parar hasta que avistó las puertas de la fábrica. No sabía cuánto tiempo había estado corriendo ni qué distancia había recorrido. Un kilómetro,

dos, tres, quién sabe. Le dolía la planta de un pie porque se había cortado con un guijarro o con un trozo de cristal. Los oídos le pitaban y los pulmones le ardían cada vez que respiraba.

Miró a su alrededor por si hubiera algún rastro del chófer, pero la calle estaba vacía, con la excepción de un borracho que le lanzaba exabruptos a un compadre imaginario.

Por alguna razón que no alcanzaba a comprender, sintió la urgencia de hablar con Cao Chunmei. Quizás deseaba que su amiga le dijera que no tenía de qué preocuparse, que había conseguido escapar del peligro y que nadie podría hacerle daño.

Subió los tres pisos hasta su dormitorio, pero Chunmei no estaba allí, por lo que se encaminó al baño.

Cuando corrió la cortina de una de las duchas, encontró a Chunmei recostada contra una de las paredes laterales. El camisón se le había subido hasta las caderas y tenía la parte interna de los muslos manchada de sangre.

El grifo de la ducha goteaba, pero a Chunmei no parecían importarle las gotas que le caían sobre la cabeza.

—¿Qué has hecho? —preguntó Mingxia mientras cerraba el grifo del todo.

—Creo que las hierbas funcionaron. —Chunmei se peinó el pelo empapado con una mano temblorosa—. Mi madre llamó esta tarde. ¿Sabes que me ha organizado una cita a ciegas? Por lo visto, es un buen chico. ¿Crees que será alto? Espero que sea alto porque no me gustaría que mi marido fuera bajo.

Mingxia agarró a su amiga por debajo de los brazos e intentó levantarla del suelo. Probó a izarla dos o tres veces, pero tuvo que desistir porque la otra chica pesaba demasiado.

—Me temo que no voy a poder cumplir mi promesa —musitó Chunmei—. He decidido regresar al pueblo y casarme como quieren mis padres.

—¿De qué promesa hablas?

—Te prometí que no permitiría que tu alma vagase perdida.

—No digas tonterías.

De repente, las puertas del baño se abrieron y Li Xiaonan apareció acompañada por uno de los encargados. El lunar que tenía bajo el ojo parecía más grande de lo habitual.

—¿No le dije que una de sus empleadas trabajaba como puta? —exclamó la chica con la satisfacción de un gato que acaba de cazar un ratón.

El encargado miró con desprecio a Mingxia, con las mejillas ennegrecidas por el rímel que se le había corrido y con la cremallera de su vestido rojo todavía bajada a medias.

—Recoge tus cosas de inmediato —dijo—. Estás despedida.

Mingxia hizo caso omiso de las palabras del hombre y probó a levantar de nuevo a Chunmei del suelo.

—¿Prefieres que avise a los guardias de seguridad para que te saquen a la fuerza? —El encargado se llevó la mano a la radio que le colgaba del cinturón.

Mingxia no tuvo más remedio que rendirse y salir del baño. Por suerte, Chunmei dormitaba con la cabeza apoyada contra la pared y no parecía haberse dado cuenta de nada.

Cuando abrió la puerta de su dormitorio, Mingxia encendió la luz sin importarle las quejas de sus compañeras.

Seis pares de ojos furibundos siguieron todos sus movimientos mientras guardaba sus pocas pertenencias dentro de la mochila. De un tirón, arrancó la foto que había pegado a la pared. Dobló también las sábanas porque no tenía intención de dejarlas para que otros las utilizaran. No sus preciosas sábanas, tan suaves como la seda. Pensó que sería una buena idea cambiarse, pero al final solo se puso unas zapatillas de deporte y un suéter grueso encima del vestido.

Con la mochila semiabierta porque no había conseguido cerrar la cremallera del todo, Mingxia abandonó la fábrica sin saber qué hacer. Miró a ambos lados de la calle buscando la cabeza rapada del chófer de Lao Changfu, pero no vio a nadie. El borracho también había desaparecido. Supuso que habría ido a dormir la mona bajo unos cartones.

Mingxia se acordó de pronto del sueño que había tenido. Su padre le había dicho que regresaría al pueblo cuando no tuviera ningún otro lugar adonde ir.

Con el eco de estas palabras, apresuró el paso y se dirigió a la estación de tren.

16

La confesión de Jiang Linlin

«Morir pobre es un pecado —me decía siempre mi madre—; por suerte, los dioses te han dado una cara bonita». Como dice un proverbio, el más valiente de los guerreros podrá vencer a tropecientos enemigos, pero sucumbirá al poder de una mujer hermosa. Lo que nunca pudo predecir mi madre es que moriría justo por eso, por tener una cara bonita. Lo peor de todo es que acabaría muriendo con la cara destrozada por los puñetazos de un hombre. Eso sí, al menos mi madre se consolaría al saber que no morí pobre, sino con una cuenta bancaria donde había ido ahorrando suficiente dinero para montar una tienda de lujo. De ropa o, quizás, de zapatos.

Recuerdo que, de niña, me pasaba horas sentada al borde de la carretera que atravesaba el pueblo donde nací. Poco me importaban el implacable sol que parecía derretir el asfalto o los remolinos de arena que, a veces, me impedían abrir los ojos. Esa carretera serpenteaba entre las dunas redondas y las colinas pedregosas del desierto hasta alcanzar las tierras fértiles del este y, por último, el mar, después de más de tres mil kilómetros de asfalto resquebrajado.

De mi pueblo decían que había sido un antiguo oasis, parada obligatoria de las caravanas de camellos que transportaban sedas, pieles, especias y té. Quizás fuera un oasis hace mucho tiempo, pero quién lo diría. Hacía años que no era más que un simple sitio de paso de camiones, autobuses y algún que otro coche solitario que se atrevía a cruzar el desierto de Gobi. Como había oído decir más de una vez, nadie enviaría ni a su peor enemigo a morir al desierto.

Siempre había soñado con irme. Por eso, con dieciocho años me subí a uno de esos camiones que conducían rumbo al mar porque, para saciar el hambre, no basta con dibujar un pastel. El conductor del camión se llamaba Ding Tuanzhi. Fumaba sin parar y, cuando hablaba, lo hacía a gritos para que su voz ronca pudiera oírse por encima del viento que entraba por las ventanillas abiertas. Ding Tuanzhi transportaba melones a la costa. El camino de regreso al desierto lo haría cargado de cualquier otra mercancía, maquinaria industrial o algo similar.

Me acuerdo bien de aquel viaje de varios días. La carretera era una tira negra entre la amarillez del paisaje. Con la testarudez de un mulo,

el viento barría la arena hasta hacer desaparecer las líneas pintadas de blanco de la carretera. Solo alguna que otra torre de alta tensión se atrevía a romper la esterilidad del desierto. No me importó que Ding Tuanzhi me invitara a acostarme con él. Me pareció un precio justo por el coste del viaje. La parte de atrás de la cabina del camión tenía una litera estrecha que permitía al conductor echarse una cabezada. El cuerpo sudado de Ding Tuanzhi me aplastó contra los resortes de la litera, pero la incomodidad solo duró unos minutos.

No siempre había odiado el desierto. Solía trepar con mi padre hasta lo alto de una duna y, luego, montados sobre una tabla que se asemejaba a una bandeja para servir té, nos deslizábamos por la ladera como si estuviéramos surfeando un mar amarillo.

Nunca volví a surfear las dunas después de que mi padre se fuera. Mi madre juraba que no nos había abandonado. Le contaba a todo el que estuviera dispuesto a escucharla que su marido era sonámbulo y que, una noche, igual que otras muchas veces, se había levantado para merodear por la casa. Lo normal era que regresase a la cama al cabo de unos minutos, pero esa noche desapareció sin más. Mi madre estaba convencida de que había oído las voces de los demonios que, según afirman los viejos, habitan el desierto. Nunca me creí del todo esa historia porque, por más que nuestros vecinos lo buscaran, no encontraron rastro alguno de él. Lo más probable es que, como hizo su hija diez años después, se subiese al primer camión que se dirigiera a la costa.

La verdad es que no sabría decir si mi padre era sonámbulo o no. Una noche me desperté porque oí un ruido y lo vi dando vueltas por la casa con un cigarrillo colgado de la boca. Cuando le pregunté qué hacía levantado tan tarde, ni siquiera se percató de mi presencia. Dado que esto ocurría con frecuencia, mi madre siempre cerraba la puerta de casa con llave para que su marido no saliera. No sé si esa fatídica noche se olvidó de cerrar la puerta o si fue mi padre quien, por fin, encontró la llave.

Supongo que, cada vez que se levantaba por las mañanas para limpiar la mierda de los baños públicos donde trabajaba, mi madre necesitaba creer que su marido no la había abandonado. Siempre decía que todo el mundo debía cagar al menos una vez al día, fuesen ricos o pobres, emperadores o plebeyos, pero que nunca había visto a un rico que fuera a hacerlo a un baño público. Odiaba además el bar que habían abierto al lado porque la gente se hinchaba a beber vino o cerveza y, luego, acudían a los baños a vaciar sus vejigas. Se quejaba de que, con las prisas, lo dejaban todo perdido. De esos baños públicos solo puedo decir que los grafitis de las puertas y de las paredes me ayudaron a ampliar mi vocabulario de tacos.

Espero que mi madre nunca se entere de lo que me ha pasado.

Primero, un puñetazo dirigido al estómago. El dolor fue tan intenso que no pude respirar durante un momento. El segundo golpe me obligó a doblarme por la mitad. Con el tercer puñetazo, me derrumbé como un castillo de arena arrastrado por el viento. El hombre me agarró por el cuello de la blusa y empezó a golpearme el rostro. Intenté protegerme la cabeza con las manos, pero enseguida se me acabaron las fuerzas. Creo que oí cuándo me rompió los huesos de la nariz. La sangre me bajaba por la garganta y sentía que me asfixiaba. Quise girar la cabeza a un lado para no atragantarme con mi propia sangre, pero los músculos del cuello no me respondían. Creo que los golpes del hombre también me rompieron un tímpano porque, de repente, oí algo así como una explosión seguida de un pitido. Supongo que morí poco después. Lao Changfu no me perdonó la vida ni siquiera cuando le dije todo lo que sabía acerca de Wu Mingxia. Continuó golpeándome hasta que mi cuerpo se negó a seguir funcionando.

Mi madre me contó que, una vez, cuando estaba fregando el suelo de los baños públicos, una chica había entrado corriendo con el rostro desencajado por el miedo. Un hombre entró detrás de ella con un cuchillo y, tras darle un buen susto a las mujeres que se estaban lavando las manos o pintando los labios, agarró a la chica por el pelo, quizás con la intención de rajarle la cara. Mi madre le lanzó un cubo de agua sucia al hombre, que acabó empapado de arriba abajo. Unos días después, mi madre se cruzó con los dos por la calle. Caminaban de la mano y, cada tres o cuatro pasos, se paraban para abrazarse o besarse. Cuando la chica reconoció a mi madre, le recriminó que le hubiera tirado un cubo de agua sucia a su marido. Hasta la acusó de meterse donde no le importaba. «Mi marido ha intentado matarme más de diez veces —dijo la chica—, pero hasta ahora siempre se ha echado atrás antes de hacerlo».

Esa chica había sobrevivido más de diez veces a los golpes de su marido. Por el contrario, a mí me bastó una única paliza para morir. La verdad es que nadie que conociera mi historia podría considerarme una persona afortunada.

Como estaba contando, el destino de los melones que transportaba el camión de Ding Tuanzhi era una ciudad industrial de la costa. La fábrica donde comencé a trabajar no tenía mal aspecto con la fachada recién pintada, un patio de cemento y una verja de entrada que se plegaba igual que un acordeón para dejar pasar a los vehículos. Meras apariencias, porque no solo los baños olían mal, también los dormitorios e, incluso, la comida de la cafetería. Peor aún, las jornadas laborales se extendían desde las ocho de la mañana hasta casi medianoche. Fabricábamos relojes digitales con cuatro pantallas que mostraban las horas de ciudades del mundo que nunca tendría la

oportunidad de visitar. Quise irme desde el primer día que empecé a trabajar allí. Cuando cumplí diecinueve años, le dije a mi jefe que me iba a tomar medio día libre. Me compré unas golosinas y, mientras paseaba por las calles abarrotadas de gente, decidí no regresar a la fábrica. No volví ni para recoger mis cosas. Tampoco es que tuviera nada de valor. Supongo que mis compañeras de dormitorio se rifarían mis pertenencias tras darse cuenta de que no regresaría.

Después de huir de la fábrica, me pasé casi un mes vagando por la ciudad. Llegué a estar dos días sin comer y tal fue mi desesperación que me vi obligada a mendigar. Me ponía de rodillas con las palmas de las manos hacia arriba hasta que conseguía unas pocas monedas. Por suerte, conocí a un cocinero que me daba de comer las sobras de su restaurante. Se trataba de un restaurante que servía fideos recocidos a los empleados de las fábricas de alrededor. Como pago por la comida, le permitía que apretujara su cuerpo contra el mío. Todavía recuerdo el olor a grasa del restaurante y el cuerpo fibroso del cocinero cuando me aprisionaba contra los fogones. ¿Cómo se llamaba? Por más que lo intento, no consigo acordarme de su nombre.

Es posible que Lao Changfu no pueda encontrar a Wu Mingxia con la información que me sonsacó. Después de todo, lo único que sabía de ella era cómo se llamaba de verdad y el nombre de la fábrica donde trabajaba. Una chica lista, Wu Mingxia. Cuando te dedicas a entretener a hombres por dinero, lo mejor es protegerte con otra piel, como había hecho ella. El problema es que corres el peligro de desaparecer si acabas cubriéndote con demasiadas pieles. Para protegerme de los que sentían curiosidad por las cicatrices de una de mis muñecas, por ejemplo, les contaba que había intentado suicidarme por culpa de un chico que me abandonó por otra. Prefería contarles esa historia a que supieran que había intentado suicidarme porque, antes de conocer al cocinero que me daba de comer las sobras de su restaurante, llegué a pasar tanta hambre que mi única salida fue quitarme la vida. Más tarde aprendí que las muñecas son un complejo entramado de huesos, músculos, tendones y dos arterias que se aseguran de que las manos tengan suficiente riego sanguíneo. Si de veras quieres acabar con tu vida, lo mejor es hacerte un corte profundo desde la muñeca hasta la parte interior del codo. Lo más probable es que unos cortes superficiales —como los que me hice con un trozo de cristal— no afecten a ninguna de las arterias. Por supuesto, no era consciente de todo esto cuando intenté suicidarme.

Si he ser sincera, sin embargo, no me hicieron ninguna gracia ni el dolor que sentí al cortarme la piel ni el chorro de sangre oscura que comenzó a brotar de la herida. Debido a la pérdida de sangre, la cabeza me empezó a dar vueltas hasta que todo a mi alrededor no fue más que un baile de puntos negros. Cuando me di cuenta de la

tontería que había cometido, me bastó con presionar la herida con la otra mano para detener la hemorragia.

Sobreviví a mi intento de suicidio, pero no a la paliza que me pegó Lao Changfu. La noche que morí, la encargada del bar de karaoke me había ordenado que entretuviera al hombre. La música que emitía el televisor estaba a tope cuando entré. Quise bajar el volumen, pero Lao Changfu, que estaba solo, me pidió que dejara tranquilo el aparato y que me sentara a su lado. Lo primero que hizo fue preguntarme por Rongrong. Después de responderle que no sabía nada de ella, me tiró del pelo hacia atrás con tanta violencia que me arrancó varios mechones. Conseguí zafarme de él e intenté huir. Fue entonces cuando empezó a golpearme. Lo hizo con una brutalidad que no parecía encajar con el hombre amable que tantas veces había acudido al bar de karaoke. Con cada puñetazo, me preguntaba de nuevo por Rongrong, hasta que no tuve más remedio que contarle lo que sabía. Deseo de todo corazón que Wu Mingxia me perdone alguna vez, pero ¿qué otra cosa podía haber hecho? Mis gritos de auxilio apenas se oían por encima de la música. Recuerdo que cuando la encargada entró para averiguar qué estaba ocurriendo, Lao Changfu se limitó a ofrecerle un fajo de billetes. «Por las molestias», dijo el hombre. La encargada me miró con la resignación de quien se ve obligado a deshacerse de algo de valor y se marchó haciendo oídos sordos a mis súplicas.

Puede que muchos piensen que es una tontería, pero odio haber muerto con el rostro destrozado. Diría que Lao Changfu no solo me rompió la nariz, sino también los huesos de los pómulos y cualquiera sabe cuántos tipos de cartílagos. Con la cara hinchada como un globo, no creo que nadie hubiera podido reconocerme después de la paliza que me propinó. Mi único consuelo es que no morí pobre, como temía mi madre, aunque de nada me sirvió el dinero que había ahorrado hasta entonces.

Supongo que mi madre seguirá levantándose cada mañana para limpiar los baños públicos. Me arrepiento de no haberla llamado con más frecuencia porque me hubiese gustado oír su voz antes de morir. Más que la voz de mi madre, no obstante, es curioso que lo que más eche de menos sea el sonido del viento al barrer la arena del desierto. Unos días antes de huir del pueblo, salí temprano de casa con solo una botella de agua. Sin proponérmelo, caminé durante varios kilómetros a lo largo de la muralla que, siglos atrás, protegía esas tierras de las incursiones de los bárbaros del norte. Lo que quedaba de la famosa muralla no era más que un muro de poco más de dos metros de altura. Me dio la impresión de que cualquiera montado a caballo hubiera podido saltar aquel decrépito muro sin ningún problema.

Por casualidad, después de dos o tres horas, encontré unos huesos

semienterrados por la arena. Habían transcurrido cerca de diez años desde que mi padre se fuera, pero quise creer que aquellos eran sus huesos, que era verdad que mi padre no nos había abandonado, sino que se había perdido mientras caminaba sonámbulo. No sé qué dirá de mí el hecho de que hubiera preferido que mi padre estuviese muerto a que continuara estando vivo, aunque lejos de nosotras. Barrí con las manos la arena que cubría los huesos, pero cuando desenterré el cráneo, me percaté de que se trataba de los restos de un animal. Una cabra, lo más probable. Unos días después, me subí al camión de Ding Tuanzhi. No sé por qué razón me acuerdo del nombre del conductor, pero no de cómo se llamaba el cocinero.

No resultaba fácil trepar hasta lo alto de una duna. Cada paso era una conquista. Cuando hacía viento, además, los granos de arena me golpeaban el rostro igual que si fueran perdigones. Podía incluso saborearlos con la lengua cada vez que me lamía los labios. Sin embargo, la escalada merecía el esfuerzo porque, cuando llegaba arriba, era como si tuviera todo el desierto a mis pies. Mi padre me seguía con un tablón de madera. Primero, se sentaba él. Después, me arropaba con sus piernas y sus brazos para que no acabara despedida del tablón. Por último, con un grito de guerra, nos lanzábamos ladera abajo.

De verdad es extraño que eche tanto de menos el desierto porque, durante años, no veía el momento de escapar de lo que consideraba una prisión amarilla. Ha sido solo después de morir cuando me he dado cuenta de lo mucho que me hubiera gustado regresar, surfear de nuevo las dunas y comer semillas de melón sentada al lado de mi padre con el calor de la arena bajo los pies.

No me queda más remedio que esperar hasta que vuelva a sentir el familiar viento del desierto acariciándome el rostro. Quizás entonces pueda ver de nuevo a mi padre saludándome desde lo alto de una duna.

17

El barro fue lo único que le dio la bienvenida a Mingxia cuando regresó al pueblo. El barro le embadurnó las suelas de las zapatillas. Manchas de barro le salpicaron las piernas. El borde del vestido se le ensució de barro. Hasta pudo saborear el barro con la lengua.

Casi dos días, ese era el tiempo que había estado viajando. Primero tuvo que coger un tren y, luego, un autobús. El tren estaba tan lleno que no cabía ni un pasajero más y el autobús parecía estar a punto de despeñarse tras cada curva de la carretera.

Después de que la echaran de la fábrica, corrió lo más rápido que pudo hasta la estación de tren. Estaba amaneciendo cuando llegó. Una multitud ruidosa se agolpaba delante del edificio mientras un grupo de policías intentaba controlar la situación con unos megáfonos. La mala suerte había hecho que faltaran pocos días para que se acabara el año.

Por esas fechas, decenas de millones de personas regresan a sus pueblos para celebrar la Fiesta de la Primavera con sus familias. Muchos trabajadores se gastan todos sus ahorros para comprar regalos a sus hijos o sus padres o sus abuelos. Las parejas deben decidir qué familia visitan primero, si la de él o la de ella. Para otros, es el momento de descansar o de empezar de nuevo.

Mingxia tuvo la impresión de que era como si todos los habitantes de la ciudad se hubieran congregado allí. Empujones, codazos, pisotones, maletas cargadas al hombro. Un niño que se había soltado de su madre lloraba entre las piernas de la gente. Una mujer se quejaba a un policía porque le habían robado el bolso. Cada vez que anunciaban la salida de un tren, se producía una estampida cuando cientos de pasajeros se apresuraban a llegar a los andenes antes que los demás para poder conseguir un asiento.

Mingxia logró alcanzar a duras penas uno de los mostradores, pero le fue imposible comprar un billete. «Todos los trenes de hoy están llenos», le dijeron. Por todas partes creía reconocer al chófer de Lao Changfu. Se sobrecogía cada vez que se cruzaba con un hombre con la cabeza rapada, incluso cuando alguien tropezaba con ella. Fue al baño y, con una toalla de papel, se limpió como pudo el rímel de las mejillas. No podía perder tiempo lamentándose, a pesar de que lo único que deseaba hacer era esconderse detrás de una de las puertas

del baño y echarse a llorar. Tras exhalar un suspiro que rebotó contra las baldosas de las paredes, enderezó los hombros y regresó al vestíbulo. Había huido con apenas unos pocos yuanes, pero debía conseguir a toda costa un billete de tren.

Con este propósito, deambuló un rato por los alrededores de la estación. Unos cuantos revendedores le ofrecieron billetes cinco o, incluso, diez veces más caros que el precio normal.

Mingxia intentó regatear con uno de ellos.

—Por ese dinero, no te vendería ni un billete a la ciudad de al lado —se burló el hombre antes de escupir al suelo.

—Es un asunto de vida o muerte —le suplicó Mingxia.

El revendedor apuntó con un dedo a la gente que se amontonaba a las puertas de la estación.

—Es un asunto de vida o muerte para todo el mundo.

Las manecillas del enorme reloj que adornaba la fachada de la estación marcaban poco más de las seis de la mañana. El banco no abriría hasta dentro de dos horas. ¿Debería esperar hasta entonces e intentar comprar un billete con el dinero que había ahorrado?

De pronto, se percató de que un hombre con la cabeza rapada se acercaba deprisa. Por un momento, pensó que se trataba del chófer de Lao Changfu. El hombre, sin embargo, la esquivó con una finta propia del mejor delantero de fútbol y continuó caminando hacia una mujer que lo recibió con un abrazo.

Mingxia corrió al interior de la estación de tren sin atreverse a mirar atrás por temor a que el chófer estuviera siguiéndola de verdad. Tropezó sin querer con una chica que intentaba descifrar los horarios del panel luminoso. Con una mano, la chica agarraba una maleta amarilla. Con la otra, un billete de tren. Mingxia no lo dudó ni un segundo. Le arrancó el billete y echó a correr hacia la puerta de acceso a las vías. Por suerte, la voz de los altavoces enmudeció los gritos de la chica.

Con el billete de tren, pudo acceder a los andenes y subirse al primer vagón que encontró. El pasillo estaba obstruido por maletas y pasajeros que no habían logrado sentarse, así que no le quedó más remedio que avanzar a empujones. Pocos minutos después, el tren comenzó a moverse con la pereza de quien acaba de despertarse.

Cuando consiguió que el cuerpo dejara de temblarle, miró por una de las ventanillas. Una anciana abanicaba una mano desde el andén. Cargaba una bolsa de plástico que parecía estar a punto de romperse por su propio peso. Mingxia le devolvió el saludo porque creyó reconocer a la mujer que la había ayudado nada más llegar a la ciudad. Ninguna otra comida le había sabido tan rica como aquellos fideos instantáneos.

La anciana, el andén y la estación desaparecieron para dar paso a

un paisaje de edificios y postes de luz que se movía cada vez más deprisa. Mingxia se acordó de la chica con la maleta amarilla. Suponía que la maleta estaría cargada de regalos para su familia. Quizás le hubiera comprado una chaqueta de piel sintética a su padre. Se imaginó al padre de la chica luciendo la chaqueta por el pueblo con la altanería de un pavo real. Una caja con medicinas tradicionales sería un buen regalo para su madre, por ejemplo, gelatina de piel de burro o algo por el estilo para curar los mareos, el insomnio o la tos seca. Si tenía un primo pequeño, podría haberle comprado unas chucherías. El cristal de la ventanilla le devolvió su propio reflejo superpuesto a las fachadas de los edificios. Con miedo de cuál sería la respuesta, se preguntó quién había robado el billete, si había sido Wu Mingxia, Jiang Linlin o Rongrong.

El viaje de vuelta le pareció más largo que el de ida, como si la distancia entre el pueblo y la ciudad se hubiera multiplicado por dos. Según un dicho, el que es feliz se queja de que la noche es demasiado corta, pero los infelices no paran de lamentarse de que las horas se les hacen eternas.

Los compartimentos superiores del vagón estaban a rebosar de maletas, bolsas y mochilas. Con cada curva, daba la impresión de que el equipaje fuera a caerse sobre las cabezas de los pasajeros. Los pasillos y las mesitas entre los asientos se llenaron de botellas de agua vacías, de latas de refresco estrujadas, de cáscaras de cacahuete, de mondaduras de naranja. Los afortunados que habían conseguido sentarse dormían dando cabezadas. Los demás se agolpaban por los pasillos. Casi todo el mundo se había descalzado para estar más cómodo y el olor a pies sudados se extendió por todo el tren. Cada cierto tiempo, un empleado ferroviario intentaba avanzar entre codos y piernas con un carrito de metal. El aroma de la comida que vendía —muslos de pollo fritos y cualquiera sabe qué más— se mezclaba con el del sudor.

Tras una parada que vació el vagón casi por completo, Mingxia se sentó frente a un hombre con los labios gruesos como gambas que no paraba de comer huevos duros. Cuando anunciaron por megafonía que el restaurante del tren iba a cerrar, el hombre le ofreció un huevo cocido. Mingxia, sin embargo, hizo como si estuviera dormida porque no quería saber cómo se llamaba, de dónde venía o por qué comía tantos huevos duros.

Después del tren vino el largo viaje por autobús. El conductor y el revisor no pararon de hablar mientras un pequeño televisor mostraba películas antiguas. Cada vez que llegaban a una parada, el revisor sacaba la cabeza por la puerta y gritaba el nombre del lugar al que se dirigían. Los pasajeros subían cargando maletas, cestos de comida o jaulas con animales. Más de uno se mareó tras las primeras curvas y el

olor a vómito era insoportable.

Cuando el autobús se detenía para permitir el paso de un funeral o de unos búfalos, los pasajeros con el rostro verdoso por el mareo se bajaban unos minutos a coger aire. Por suerte para estos pasajeros, se encontraron con más de un funeral, grupos de dolientes con cintas blancas atadas a la cabeza o a la cintura que caminaban detrás del ataúd al ritmo de cánticos. Más suerte tuvieron cuando el motor del autobús se sobrecalentó. El conductor se vio obligado a rociar el radiador con agua fría y no pudo volver a arrancar el vehículo hasta que transcurrieron cerca de cuarenta minutos.

Después de no sabía cuántas horas, Mingxia comenzó a sentirse familiarizada con el paisaje que veía por la ventanilla. Bambúes y plataneras flanqueaban la carretera. Miles de terrazas anegadas trepaban por las laderas hasta casi alcanzar las cimas de las montañas. Las terrazas estaban vacías tras la cosecha, a la espera de que los campesinos plantaran el nuevo arroz dentro de unos pocos meses. Pensó que no era justo que los colores fueran tan brillantes. El azul limpio del cielo nada tenía que ver con el azul enfermizo de la ciudad. El verde de la vegetación era más intenso que el de los toldos de las tiendas. El rojo de la tierra irradiaba más esplendor que el de las letras de los carteles luminosos.

Cuando se bajó del autobús, lo primero que percibió fue el olor a campo que tan bien conocía. Era un olor a tierra húmeda, a estiércol, a los hogares de las casas siempre con el agua de una tetera a punto de hervir.

El sendero hasta su casa ascendía por una ladera formando zigzags, unos dos kilómetros de barro. Casi sin aliento por el esfuerzo, se cruzó con un campesino que cargaba una azada. El corazón le dio un vuelco porque creyó que se trataba de su padre. Cuando el hombre, un completo extraño, la saludó con un gruñido, sintió la tentación de darse la vuelta y coger el primer autobús que la llevase a cualquier otro lugar.

Estaba anocheciendo cuando avistó su casa a lo lejos. Mingxia siempre había pensado que las moscas eran unos animales estúpidos. Cada vez que se posaban sobre un plato o el borde de un vaso y algo las asustaba, revoloteaban un rato solo para volver a posarse sobre el mismo plato o el mismo vaso. No pudo más que burlarse de sí misma porque nunca se imaginó que acabaría comportándose como una mosca.

Tras armarse de valor, prosiguió su camino.

Lo primero que le extrañó fue el mal estado de las terrazas que cultivaba su padre. Nadie había cortado el arroz, que crecía salvaje. Entrado el otoño, cuando el arroz hubiese adquirido un color dorado, su padre debería haber segado las plantas con su hoz. Un corte limpio

por la base del tallo, como le había visto hacer año tras año. Una vez que las cañas se secasen, tendría que haber golpeado cada manojo contra las paredes interiores de un cubo de madera para separar los granos.

Lo segundo que le extrañó fue que las luces de su casa no estuvieran encendidas.

Mingxia empujó con cuidado la puerta para que no chirriara. Cuando entró, se sobresaltó al pisar los restos de un plato roto. La ropa estaba desperdigada por el suelo, el anticuado televisor había desaparecido y la pequeña nevera estaba abierta. Del interior provenía un olor nauseabundo, como a carne echada a perder.

—¿Padre? —gritó.

No recibió ninguna respuesta, solo el silbido del viento colándose por las grietas de las paredes.

Deambuló por los alrededores de la casa, pero no encontró rastro alguno de su padre ni del viejo búfalo. El corral estaba vacío, sin patos, gallinas ni cerdos. El diminuto huerto donde su padre cultivaba maíz, batatas e, incluso, mandiocas estaba desaliñado, cubierto de malas hierbas.

El sonido de unos petardos lejanos la asustaron. Levantó la mirada hacia las luces del pueblo. Fuegos artificiales iluminaban los tejados con cada explosión. Por supuesto, la Fiesta de la Primavera. Como todos los años, los vecinos del pueblo habrían matado un cerdo para celebrar la llegada del nuevo año. Unas horas antes del festín, las mujeres habrían arrojado arroz por el interior de las casas para alimentar y apaciguar a los espíritus. Después, las calles se habrían llenado de música con tambores, flautas hechas con calabazas y laúdes de tres cuerdas.

Mingxia escuchó un sonido distinto del de los petardos y los fuegos artificiales, un sonido como de pasos. Cuando corrió hacia el origen del ruido con la esperanza de que se tratase de su padre, se chocó de bruces con el idiota del pueblo.

Los fuegos artificiales iluminaron el rostro de Wu Tao, igual de redondo que un bollo de arroz y tan colorado como siempre.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Mingxia.

El hombre comenzó a gemir y a golpearse la cabeza con las manos. Unos tallos de arroz le sobresalían del cuello de la camisa. La travesura de un niño, supuso Mingxia.

—¿Sabes dónde está mi padre?

—Padre —repitió Wu Tao sin dejar de golpearse la cabeza.

Mingxia agarró al hombre por las muñecas.

—Prometo no hacerte daño —dijo para intentar calmarlo.

Cuando Wu Tao se tranquilizó, tartamudeó algo, pero Mingxia no alcanzó a comprender lo que decía.

—¿Qué dijiste?

—Dije que tengo hambre.

Con una expresión resignada, Mingxia guio al hombre hasta el interior de su casa y sacó un paquete de pipas de girasol de su mochila. Wu Tao cogió un puñado con una mano y empezó a comer una pipa tras otra. Mordía la cáscara con los dientes y la escupía al suelo.

—Tu casa huele mal —dijo mientras arrugaba la nariz.

—Da igual cómo huela. ¿Sabes dónde está mi padre? —le preguntó de nuevo Mingxia.

—¿Wu Congfa?

—No pregunto por tu padre, sino por el mío, Wu Zonglou.

—¿Wu Zonglou?

—Sí, Wu Zonglou. ¿Sabes dónde está?

El hombre cogió otro puñado de pipas del paquete y se las fue llevando a la boca. Unos trozos de cáscara se le quedaron pegados a la barbilla.

—Wu Zonglou está muerto —dijo por fin.

Durante unos interminables segundos, el corazón de Mingxia se olvidó de que su única función era bombear sangre al resto del cuerpo.

—¿Cómo va a estar muerto?

—Wu Zonglou está muerto —repitió el idiota del pueblo.

Con el corazón aún vuelto del revés, Mingxia comenzó a zarandear al hombre.

—Prometiste no hacerme daño —se quejó Wu Tao cuando, con la sorpresa, dejó caer al suelo las pipas que aún no se había comido.

—Mi padre no está muerto —gritó Mingxia.

El hombre se golpeó de nuevo la cabeza con las manos, una y otra vez.

—Está muerto —gimió—. Está muerto.

—Eres el idiota del pueblo —le recriminó Mingxia—. ¿Qué vas a saber?

—Las tierras de Wu Zonglou pertenecen ahora a mi padre —bramó Wu Tao sin dejar de golpearse la cabeza.

Tras soltar estas palabras, el hombre giró sobre sus talones y escapó por la puerta abierta.

Los petardos y los fuegos artificiales siguieron perturbando la noche hasta bien entrada la madrugada. La bombilla del techo parpadeó más de una vez, pero no llegó a cortarse la luz.

Mingxia se arrodilló delante del altar con las tabletas dedicadas a sus antepasados. Habían tirado la foto de sus abuelos al suelo, por lo que volvió a colgarla del clavo de la pared. Cada vez que oía un ruido cercano, se giraba esperando ver a su padre. Sin embargo, no apareció

nadie.

Durante el largo tiempo que se pasó de rodillas frente al altar, no derramó ni una lágrima. No lloró porque era imposible que su padre hubiera muerto. Se acordó de cuando su padre imitaba a un gato para hacerla reír. Se llevaba las manos a ambos lados de la cabeza, estiraba el cuello por completo, sacaba la lengua y pretendía lamerse los dedos.

Mingxia se levantó cuando las tres varillas de incienso que había encendido se quemaron del todo. Un cosquilleo le subió por las piernas porque se le habían entumecido.

Se percató entonces de algo de color dorado que asomaba bajo el armario. Cuando se agachó para ver qué era, se dio cuenta de que se trataba del pequeño pez tropical que su padre había rescatado.

El pez estaba muerto.

Sin fuerzas para nada, salió arropada con una manta. Las luces del amanecer comenzaban a iluminar el horizonte. Mirase donde mirase, las terrazas cubiertas de agua eran espejos que reflejaban las nubes anaranjadas. Del fondo del valle, una niebla densa trepaba por las laderas devorando todo lo que encontraba por delante. Echó de menos el graznar de los patos, el cacareo de las gallinas y el mugido del viejo búfalo. El único ruido era el croar somnoliento de las ranas y el gemir de los bambúes que crecían detrás de la casa. ¿Qué había ocurrido con los animales? ¿Por qué su padre no había cosechado el arroz? ¿Por qué estaba la casa desvencijada?

Detectó de pronto un movimiento cerca de la montaña de estiércol. El vello de la nuca se le erizó porque, por un momento, se imaginó al chófer de Lao Changfu con su cabeza rapada. Se relajó al percatarse de que se trataba de un perro igual de negro que las semillas de amapola. Era el perro más feo que había visto nunca, flaco como un galgo, con las orejas puntiagudas, el morro afilado y calvas por todo el cuerpo. El animal la miró con unos ojos tristones que, por alguna razón, le resultaron familiares.

Mingxia le tiró una piedra al perro, que corrió a esconderse tras la montaña de estiércol con un gemido lastimero.

18

Por la mañana, Mingxia se aseó la cara, el cuello, los brazos y las piernas con un agua tan fría que casi se queda sin respiración. Tras secarse con una toalla áspera, sacudió el vestido rojo que Jiang Linlin le había prestado y se lo puso de nuevo. Le hubiera gustado lavarlo y plancharlo, pero no podía esperar a que el vestido se secara. También se peinó la larga cabellera. Cada vez que encontraba un nudo, tiraba con ímpetu del cepillo sin importarle el dolor. Con un rímel y un pintalabios que Cao Chunmei le había regalado, se oscureció las pestañas, le dio algo de color a los labios. Por último, antes de salir, se calzó las zapatillas de deporte con las que había huido de la ciudad y, de los dedos corazón e índice de la mano derecha, se colgó unos zapatos de tacón. Los zapatos habían pertenecido a su madre, como muchas otras cosas que su padre se había negado a tirar. Por suerte, calzaban la misma talla.

El frío tempranero le barrió la espalda y los brazos desnudos, pero ni se inmutó. Subió por el sendero que conducía al pueblo sin apenas notar la hierba húmeda por el rocío que le mojaba las piernas. Se preocupó, eso sí, de no pisar ningún charco porque no quería ensuciarse de barro.

Por el camino, Mingxia se cruzó con dos mujeres que cargaban unos cestos sobre la cabeza, meras formas oscuras creadas por la densa niebla que ascendía desde el fondo del valle. La niebla era un ser vivo que, con cada respiración, se expandía un poco más.

Cuando llegó al pueblo, se detuvo unos metros antes de la puerta sagrada. Nunca había atravesado esa puerta. Se calzó los zapatos de tacón y escondió las zapatillas de deporte detrás de unos arbustos. Después de pasar por debajo de la puerta sagrada, permaneció inmóvil unos segundos esperando, quizás, que una fuerza invisible le impidiera avanzar o que, incluso, se apagara el sol. Para muchos, los eclipses son un símbolo de mal agüero porque piensan que el sol está siendo devorado por un perro celestial hambriento.

Mingxia respiró hondo.

No sintió nada especial al atravesar la puerta. El mismo barro del exterior ensuciaba el mundo de dentro. Ninguna fuerza invisible le obstaculizó el camino ni ningún perro celestial se comió el sol. Cruzó la puerta sin más, amparada por la bruma que la había acompañado

durante todo el recorrido.

Cuando se adentró por la calle principal, el taconeo de sus zapatos serpenteó por los adoquines y trepó por las fachadas amarillentas de las casas hasta quedar aprisionado entre la paja de los tejados. De casi todas las puertas colgaban largas tiras de papel rojo con bendiciones o deseos de buena suerte. Se respiraba aún el olor a pólvora de los fuegos artificiales y era imposible no pisar los petardos que se habían quemado la noche anterior.

Unos niños que jugaban con unos guijarros se detuvieron a mirarla. Los chándales que llevaban puestos eran dispares: la chaqueta de un primo, los pantalones quizás de un tío. Mingxia conocía bien ese juego. Con una mano se lanzaban primero cinco piedrecitas al aire y, antes de que cayeran al suelo, había que atrapar una. Siempre con la misma mano, el jugador debía lanzar de nuevo esa piedrecita, pero esta vez, antes de atraparla, debía coger otra del suelo. Con dos piedrecitas, debía repetir la jugada, es decir, lanzar las dos al aire y coger otra del suelo lo más rápido posible. Ganaba aquel que consiguiera coger la quinta piedrecita del suelo y pudiese volver a lanzar las cinco al aire.

Uno de los niños no logró atrapar el guijarro que había lanzado porque se distrajo con la presencia de Mingxia. Lo más probable era que nunca hubiera visto a una mujer con un vestido tan corto. Sus madres, sus tías y sus abuelas llevaban siempre blusas y pantalones, si acaso una falda recatada hasta los tobillos.

Unos metros más allá, unas mujeres que estaban acuclilladas lavando ropa dejaron a un lado sus palanganas para formar un corrillo y cuchichear. Hasta el cerdo que hurgaba dentro de un cubo caído se olvidó durante un momento de los desperdicios que estaba comiendo para seguirla con la mirada.

Mingxia siguió caminando sin importarle los comentarios traviesos de los niños ni los cotilleos de las mujeres ni la mirada curiosa del cerdo.

De pronto, se vio obligada a detener su taconeo porque alguien se interpuso delante de ella.

—¿Por qué vas vestida así? —masculló Feihong entre dientes.

—Hace casi un año que no nos vemos —dijo Mingxia tras amonestarse por desear que los dos hoyuelos del chico le dieran la bienvenida—. ¿No preferirías saber cómo me ha ido, *didi*?

—No me llames así —replicó Feihong, molesto porque *didi* significa «hermano pequeño».

—¿Por qué no?

Los músculos del cuello de Feihong se tensaron como si fueran las cuerdas de un erhu.

—¿Cuándo regresaste?

Sin dignarse a responder, Mingxia dio un rodeo para esquivar a Feihong, pero justo entonces perdió el equilibrio porque uno de sus tacones quedó atrapado entre dos adoquines. Cuando estaba a punto de caer al suelo, Feihong la sujetó por la cintura y todo su ser tembló al sentir el cuerpo del chico tan cerca.

Mingxia se libró con un manotazo del brazo que la agarraba por la cintura.

—No me toques.

—¿Por qué no me avisaste de que habías regresado? —preguntó Feihong tras dar un paso atrás.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque me lo debes.

—No te debo nada, así que apártate de mi camino.

Con toda la dignidad que pudo reunir, Mingxia se enderezó, estiró la tela de su vestido con las manos y continuó calle arriba. Sentía los ojos de Feihong prendidos de su nuca, pero se olvidó de momento de él porque, como bien había dicho, no le debía nada.

Se detuvo por fin delante de la casa de Wu Congfa. La puerta estaba cerrada a cal y canto. Consciente de que Feihong seguía observándola, golpeó la puerta con los nudillos hasta que se abrió con el gemido de unos goznes mal engrasados.

La cara de ratón de Wu Congfa se contrajo al reconocer a la chica.

—Largo de aquí —gruñó el hombre.

Mingxia consiguió colarse antes de que Wu Congfa pudiera hacer nada por evitarlo.

La puerta daba a un patio desde el que se accedía al resto de la casa. Mingxia sabía que su padre había crecido entre aquellas paredes. El patio estaba sucio. Por doquier se acumulaban briznas de paja, ramas de bambú e, incluso, basura. Daba la impresión de que nadie había usado una escoba desde tiempo inmemorial. El cemento del suelo estaba descascarillado y una parte de la casa no era más que ruinas.

Wu Congfa agarró a la chica del brazo e intentó arrastrarla de vuelta a la calle.

—Largo —repitió.

—No me iré hasta que me digas dónde está mi padre —advirtió Mingxia tras zafarse del hombre.

—¿Cómo quieres que sepa dónde está el maldito de mi sobrino?

—Tu hijo me dijo que está muerto. ¿Es verdad?

Los ojos de Wu Congfa se achicaron cuando Mingxia mencionó a su hijo.

—Sal de ahí —gritó el hombre.

—No quiero salir. —Wu Tao asomó la cabeza por la puerta de una de las habitaciones.

—Sal de ahí de inmediato.

Wu Tao salió del cuarto frotándose las manos con nerviosismo. Cuando su padre le pegó un bofetón, su cuerpo comenzó a temblar como las plantas de arroz batidas por el viento. Con la segunda cachetada, sus piernas flaquearon y acabó postrado de rodillas. Wu Congfa aprovechó para patearle el costado.

—¿Quién te mandó contar lo que no debes?

—Solo fui a su casa a buscar el *jiapu* —gimió Wu Tao mientras se protegía el torso de los golpes de su padre.

—¿Por qué me habrán maldecido los dioses con un hijo tan tonto?

Mingxia le dio un empujón a Wu Congfa para que dejara de propinarle patadas a su hijo. El hombre, tras recuperar el equilibrio, levantó el brazo con la intención de abofetearla.

Una voz quebrada sonó justo entonces desde el interior de la misma habitación de donde había salido Wu Tao.

—Dile a la chica que entre —ordenó la voz.

Wu Congfa bajó el brazo con la resignación del que se sabe perdedor.

—Es mejor que se marche, madre.

—Dile que entre.

Mingxia le regaló una sonrisa triunfante al hombre y se encaminó al cuarto. Un olor como a bolas de alcanfor le golpeó el rostro nada más entrar.

Una anciana la recibió desde un diván necesitado de una buena capa de barniz. Los tubos incandescentes de un pequeño radiador eléctrico le conferían un aspecto fantasmagórico al rostro arrugado de la mujer.

—Disculpa a mi hijo. —La anciana le indicó a Mingxia que se sentara a su lado—. Siempre ha sido un maleducado.

La mujer bebió de un vaso con ayuda de una pajita. ¿Cuántos años tendría? Seguro que cerca de cien. Unas gotas de algo —leche de soja, quizás— se le escurrieron por la barbilla. Mingxia sabía que la anciana había sido la segunda esposa de su bisabuelo. Lo que no sabía era si su bisabuelo había tenido varias esposas a la vez o si se había casado con la segunda tras la muerte de la primera. Eran otros tiempos y muchas cosas habían cambiado desde entonces.

—Eres la hija de Wu Zonglou, ¿no es cierto? —añadió la mujer mientras se limpiaba la barbilla con el dorso de la mano—. Me alegro de que respetes la tradición de visitar a tus mayores con la llegada del nuevo año.

Mingxia acercó un taburete para sentarse junto al diván. Los ojos se le fueron sin querer a los pies deformes de la anciana. Eran diminutos, con un arco imposible y los dedos apretados contra las plantas como puños enfadados.

—Hace años que no puedo caminar, no recuerdo cuántos —confesó la mujer mientras se cubría los pies con una manta.

Mingxia se obligó a apartar la mirada. Era la primera vez que conocía a una de esas mujeres a las que habían vendado los pies desde niñas para que no les crecieran más de lo debido.

—Gracias por recibirme —dijo.

—Eres parte de la familia, ¿por qué no habría de recibirte?

—Como le dije a su hijo, solo quiero saber dónde está mi padre.

La anciana se limitó a señalarle un ataúd que dominaba la habitación igual que una abeja reina.

—Lo mandé construir hace veinte años.

Mingxia se sobrecogió al ver la caja hecha con una preciosa madera negra, a pesar de que sabía que mucha gente mandaba construir sus ataúdes antes de morir porque traía buena suerte.

—Se considera un buen augurio cuando una persona muere a una edad avanzada —siguió diciendo la mujer—. La gente del pueblo viene con frecuencia a verme. Dicen que es para mostrarme su respeto, pero lo que de verdad quieren es llevarse algo. Les da igual lo que sea: una blusa, un jarrón o, incluso, un palillo que haya utilizado para comer. Supongo que creen que así se les pegará parte de mi buena suerte. No me he muerto todavía, pero todos buscan una excusa para visitarme y robarme a mis espaldas. ¿Por qué no te llevas también algo? ¿Quieres que te regale el taburete donde estás sentada?

—Solo quiero saber dónde está mi padre —repitió Mingxia.

—¿No te han enseñado a escuchar a tus mayores? Cuando los árboles envejecen, sus troncos se quedan huecos, pero cuando una persona se hace vieja, está llena de sabiduría. ¿Por qué no me dejas hablar?

—Diga lo que tenga que decir. —Mingxia estaba a punto de perder el control.

—¿Por qué los jóvenes sois tan impacientes? Lo que me gustaría que entendieses es que la historia de toda familia tiene páginas difíciles de leer. No son páginas que convenga airear. Siempre traté a tu abuelo como a un hijo, pero cuando lo mataron, ¿qué otra cosa podía haber hecho sino permanecer callada? Eran tiempos peligrosos. Cualquier asociación con tu abuelo hubiera significado la muerte y tenía que proteger como fuera a mi propio hijo. ¿Cuánto sabes de lo que ocurrió por aquel entonces?

—Sé que a mi abuelo lo fusilaron, pero no comprendo qué tiene que ver eso con mi padre.

—Tiene mucho que ver. Por aquí, más de uno cree que el espíritu de tu abuelo aún ronda por los alrededores. Después de lo sucedido, me inclino por pensar que es verdad. Creo que tu pobre padre no pudo escapar de la maldición de tu abuelo.

—¿Por qué no me dice de una vez qué le ha pasado a mi padre?

—Tu padre está muerto. —La anciana sorbió de nuevo de la pajita antes de seguir hablando—. Por lo visto, sufrió una caída y se golpeó la cabeza con una piedra.

—¿Cuándo ocurrió? —balbució Mingxia. Era como si las palabras se le quedaran atascadas entre las bolitas de alcanfor que, de pronto, parecían llenar su boca.

La mujer contestó tras dudar unos segundos. Si la fecha que le dio era correcta, su padre había fallecido poco después de que ella se marchara.

—¿Me está diciendo la verdad?

—¿Qué motivo tendría para mentirte?

Mingxia se maravillaría siempre de cómo pudo continuar respirando, de cómo su mente pudo seguir controlando las fosas nasales, la boca, la laringe, la tráquea, los bronquios, los pulmones y los demás órganos.

—¿Dónde está enterrado? —consiguió preguntar por fin.

—Cerca de donde enterraron a tu abuelo.

—¿La tumba está marcada?

La anciana asintió con la cabeza.

—Puede que no siempre estuviéramos de acuerdo, pero tu padre era miembro de esta familia. Lo enterramos con toda la dignidad que se merecía. Mi hijo hasta lloró por él más de una hora, como buen profesional que es. Nadie nos puede recriminar que no hiciéramos lo correcto.

—¿Profesional? —masculló Mingxia porque, de la retahíla que había escupido la mujer, esa era la única palabra que había entendido.

—Te costará creerlo, pero desde hace unos años mi hijo es plañidero profesional —aclaró la anciana con orgullo—. Por un módico precio, se postra varias horas delante del ataúd y, entre lloros, le grita alabanzas al difunto. Te aseguro que su llanto suena más auténtico que el de los propios familiares.

Poco podía importarle a Mingxia que el hombre se dedicara a llorarle a los muertos. Tragó saliva y el regusto amargo del alcanfor le quemó la garganta.

—Wu Tao mencionó algo acerca de las tierras de mi padre.

—Mi pobre nieto no es más que un idiota, pero a veces habla con razón. Los ancianos del pueblo han decidido que el reparto del agua solo puede garantizarse si es mi hijo quien se encarga a partir de ahora de labrarlas.

—¿Lo han decidido sin consultarme?

—La ciudad te ha sentado bien. —Los ojos empequeñecidos por las arrugas de la anciana recorrieron el cuerpo de la chica de arriba abajo —. Si quieres mi consejo, creo que deberías regresar a la ciudad

cuanto antes. Seguro que eres consciente de que aquí no se te ha perdido nada.

—No necesito que me dé ningún consejo.

—Igual que la medicina más eficaz no es la que mejor sabe, los consejos sinceros pueden llegar a ofender, pero no por ello deberían desoírse.

—No me venga con refranes manidos. —Mingxia se levantó con brusquedad—. Se lo diré solo una vez. No permitiré que os quedéis con las tierras de mi padre.

Mingxia se despidió con una inclinación de la cabeza porque su padre le había enseñado que debía mostrar respeto a las personas mayores.

—¿De verdad no te quieres llevar el taburete? —gritó la mujer a su espalda—. Necesitarás toda la suerte del mundo si decides enfrentarte a nosotros.

—Hablar de suerte es cosa de viejos —replicó Mingxia.

Un golpe de tos sacudió el cuerpo enjuto de la anciana. La pajita con la que estaba bebiendo rodó por el suelo dejando un reguero blanco por detrás.

Mingxia salió del cuarto.

Wu Congfa, con una mano a la espalda como si se tratase de un aristócrata a las órdenes del emperador, no le quitó los ojos de encima hasta que se aseguró de que no regresaría. Mingxia se imaginó al hombre vestido con una túnica de seda hasta los pies, la mitad de delante de la cabeza rapada por completo y una larga trenza colgándole hasta más abajo de la cintura.

19

La tumba de su padre no era más que un montículo de tierra con una tabla estrecha donde habían escrito su nombre. Las malas hierbas habían crecido por doquier dándole un aspecto abandonado. Mingxia se arrodilló sin importarle las piedras ni el barro. Unos metros más allá reconoció la tumba de su abuelo, semioculta por la maleza.

Se preguntó cómo había sido el funeral de su padre.

La costumbre dictaba que había que velar al fallecido durante dos días y, al lado del ataúd abierto, colocar un taburete, una pipa y un vaso con vino de arroz. El taburete, la pipa y el aguardiente no eran más que una invitación para que el muerto se sentase a beber y a fumar con los vivos antes de ser enterrado. ¿Quién había velado a su padre? ¿Quién se había asegurado de abanicar su cuerpo para que no se posasen las moscas? Suponía que nadie. Tampoco creía que el chamán del pueblo se hubiera ofrecido voluntario para elegir el mejor sitio donde enterrar a su padre. El chamán debía escoger la zona más propicia y, después, un pariente del fallecido, por lo general un hijo o una hija, arrojaba un huevo con la mano izquierda. La tumba se excavaba justo donde caía el huevo.

Mingxia no había traído consigo incienso ni dinero falso para quemar, por lo que se limitó a inclinarse tres veces delante de la tumba. Hubiera querido decir algo, pero no le salieron las palabras. Tras permanecer arrodillada durante lo que se le antojaron horas, se levantó con lentitud. Mientras se sacudía el barro de las rodillas y de las manos, pensó que sí que había traído una ofrenda. Nada más salir del pueblo, se había quitado los zapatos de tacón y se había vuelto a calzar las zapatillas de deporte que había escondido detrás de unos arbustos.

Mingxia colocó los zapatos de su madre junto a la tumba.

De repente, el mismo perro negro que la había visitado la noche anterior apareció de la nada y se enzarzó con los zapatos de tacón.

Mingxia consiguió que el animal rindiera su presa, pero los zapatos tenían marcas de dientes y una de las hebillas se había desprendido. Sin saber qué hacer con aquellos zapatos inservibles, los escondió entre unas piedras. De todas formas, no estaba segura de que su padre los hubiera aceptado como ofrenda.

Cuando comenzó a descender la ladera, el perro la siguió sin dejar

de menear la cola. Mingxia intentó amedrentarlo con gritos y gestos bruscos de la mano, pero el animal, testarudo, no se dio por aludido.

Tras enterarse de la muerte de su padre, Mingxia no había ido directamente a visitar su tumba, sino al bar de la plaza. Los cuatro ancianos del pueblo estaban jugando una partida de *mahjong*. Cuando Mingxia se acercó a la mesa, los hombres levantaron los ojos de las fichas y la observaron como el hambriento que, de pronto, tiene ante sí un suculento manjar.

—No podéis arrebatarme las tierras de mi padre —dijo Mingxia sin siquiera darles los buenos días.

—¿De qué tierras estás hablando? —preguntó uno de ellos, con el rostro anguloso propio de un personaje de cómic.

Si los otros tres jugadores parecían estar a punto de cumplir el siglo de existencia, el que había hablado no debía de tener más de sesenta años.

—Me refiero a las tierras de mi padre, Wu Zonglou.

—¿Tu padre era Wu Zonglou? Debes saber entonces que no eres bienvenida.

El hombre con el rostro anguloso era el que llevaba la voz cantante. Con la calma de quien tiene todo el día por delante, sacó una cajetilla arrugada del bolsillo de su camisa. Encendió un cigarrillo con un mechero, le dio una calada y exhaló un humo azulado que ocultó su cara durante unos segundos.

Los otros tres jugadores bajaron de inmediato las cabezas, como si lo único que existiese a su alrededor fuera las fichas blancas con caracteres, bambúes, flores y demás dibujos que se amontonaban delante de ellos formando cuatro murallas.

—Sea bienvenida o no —dijo Mingxia—, con mi padre muerto, me corresponde a mí cultivar sus tierras.

El hombre la miró de arriba abajo con una mueca despectiva.

—Creo que se te darían mejor otras labores. Conozco un local de alterne no muy lejos de aquí que podría contratarte. ¿Quieres que hable con el dueño?

El hombre lanzó una carcajada y se golpeó el muslo varias veces, satisfecho con su ocurrencia. Sus compañeros de partida se rieron también. Todos menos uno. Con la espalda encorvada como la de un dromedario, uno de los ancianos, con gesto serio, se tiraba de los pelos de su barba rala igual que si pretendiera arrancárselos de raíz.

—No tenéis derecho a robarme las tierras de mi padre —se quejó Mingxia.

—Es el pueblo quien administra todas las tierras. —El hombre con el rostro anguloso apartó el cigarrillo a un lado para evitar que las cenizas le cayeran encima—. Es a nosotros, por tanto, a quien corresponde elegir a las personas que las cultivan.

—Eso no es del todo cierto —dijo de pronto el anciano con la espalda encorvada—. La chica puede seguir cultivando las tierras de su padre mientras asegure el reparto del agua.

Como cualquiera de la comarca sabía, el agua que anegaba las terrazas de arroz provenía del riachuelo que corría cerca del pueblo. Una acequia transportaba el agua desde ese riachuelo hasta las terrazas superiores y, luego, a través de un sistema de drenaje, meros agujeros que se abrían con una azada, el agua iba empapando las terrazas inferiores.

El hombre con el rostro anguloso, molesto con el anciano, golpeó la mesa con una mano antes de levantarse e irse. El porrazo hizo caer parte de una de las murallas de fichas.

—Sabes lo importante que es el reparto del agua, ¿verdad? —preguntó el anciano.

Mingxia asintió con la cabeza porque, por supuesto, era consciente de que las terrazas debían permanecer anegadas todo el año. El sistema de irrigación garantizaba que así fuera incluso durante la temporada seca, cuando no llovía tanto.

—Tu padre supo mantenerse invisible toda su vida, excepto al final —dijo el anciano mientras ponía de pie las fichas que se habían caído —. Quizás estaría aún vivo si no hubiera cambiado de actitud, así que no cometas el mismo error que él.

—El ratón acorralado por un gato hará todo lo posible por sobrevivir —se defendió Mingxia.

—El ratón que se enfrenta a un gato tiene todas las de perder —replicó el anciano.

Mingxia recordó estas palabras después de visitar la tumba de su padre. Había bajado corriendo por el camino que conducía a su casa y respiraba de forma entrecortada. El tímido sol que había asomado tras disiparse la niebla hacía brillar la hierba húmeda.

Un ladrido la sacó de su ensimismamiento. El perro sacudía la cola de un lado a otro y la observaba con la lengua fuera como queriendo saber qué debía hacer a continuación.

Mingxia echó a correr de nuevo perseguida por el animal.

Lo primero que hizo nada más regresar a casa fue buscar algo de comida. Por suerte, encontró un saco de arroz. El perro permaneció acostado delante de la puerta, como si fuera uno de esos leones de piedra que suelen adornar las entradas de ciertos lugares. Cuando una mosca comenzó a sobrevolar sobre su cabeza, el animal se limitó a abanicar las orejas.

Mingxia prendió el hogar de arcilla y puso a hervir un poco de agua. El humo que desprendía el fuego hizo que le lloraran los ojos. Eran las primeras lágrimas que derramaba desde que se había enterado de que su padre estaba muerto. Quizás no había llorado

porque tenía la impresión de que todo lo que había ocurrido desde su huida del hotel no era real, como si no hubiera sido ella quien había presenciado cómo Lao Changfu asesinaba a un hombre, quien había robado un billete de tren, quien había escapado de la ciudad con solo una mochila a la espalda. Todavía esperaba levantarse al día siguiente con el rugir de las máquinas de la fábrica, con las dos mil muñecas diarias que debía maquillar. Primero, los labios y, luego, el colorete de las mejillas.

Mingxia se limpió las lágrimas con un gesto brusco antes de servirse un cuenco de arroz. Comió sin ganas. Los granos de arroz se le atragantaban por más agua que bebiera. Cuando no pudo comer más, le sirvió al perro un plato con las sobras. El animal devoró el arroz hervido de dos bocados y volvió a acostarse delante de la puerta.

Esa noche, por primera vez, la casa le pareció demasiado grande. Por extraño que resultase, echaba de menos la algarabía de los dormitorios de la fábrica y el olor a ropa recién lavada que nunca llegaba a desvanecerse.

Una hora después, todavía sin poder conciliar el sueño, se sobresaltó al oír un ruido como de piedras golpeando el tejado. Cuando se levantó para asomarse a una de las ventanas, vio a dos niños que se alejaban corriendo entre risas. Del perro no había rastro. Si hubiese estado guardando la casa, los niños no se habrían atrevido a acercarse. De todas maneras, Mingxia no podía culparlos porque también ella, de pequeña, solía ir a tirar piedras a los tejados de otras casas. Más de una vez había ido con Feihong a la casa del leproso que vivía a las afueras del pueblo. Ocultos por la alta maleza, no paraban de tirar piedras hasta que el leproso o su mujer salían para gritarles que los dejaran tranquilos.

Cuando la noche se tragó las risas de los dos niños vestidos con chándales dispares, Mingxia los maldijo porque, por culpa de ellos, se había acordado de Feihong.

20

Mingxia se despertó a la mañana siguiente no con el fragor de la fábrica, sino con el sonido de unos pasos. Se levantó deprisa porque pensó que quizás estuvieran tirando de nuevo piedras a su tejado. Cuando se asomó, lo único que vio fue unas bolsas de plástico que alguien había dejado al lado de la puerta. Las bolsas contenían unas zanahorias, un par de cebollas, unos rábanos, unas latas de caldo de pollo, brotes de bambú y alguna que otra cosa. Buscó a su alrededor con la esperanza de descubrir quién le había dejado las bolsas y vislumbró a un hombre que se alejaba por el camino que subía al pueblo. Mingxia echó a correr detrás de él sin importarle que estuviera descalza ni que lo único que llevase puesto fuera un viejo camisón. Casi se cae porque las piedras resbalaban, pero al final pudo alcanzar al hombre. La niebla había trepado desde el fondo del valle hasta cubrirlo todo con la esponjosidad del algodón y la humedad hizo que se le pegara el camisón a las piernas.

—¿Quién te pidió que trajeras comida? ¿Tu abuela? —preguntó al reconocer al idiota del pueblo—. Dile que no necesito su caridad, ¿entendido?

Los labios de Mingxia no paraban de castañearle porque el frío de la mañana se colaba por las aberturas de su camisón.

—Caridad —repitió Wu Tao, con la cara más enrojecida de lo normal, antes de comenzar a golpearse la cabeza con las manos.

Mingxia agarró al hombre por una muñeca para impedir que siguiese golpeándose.

—¿Te apetecería un té?

Wu Tao bajó los brazos y asintió con una sonrisa que dejó al descubierto unos dientes irregulares.

El perro negro, que se había vuelto a erigir como guardián de la puerta, los recibió con un ladrido. Mingxia miró con recelo al animal mientras se frotaba las plantas de los pies porque se le habían manchado de barro.

—¿Dónde te escondiste anoche? —le reprochó.

Nada más entrar, puso un cazo con agua al fuego y extendió una esterilla para que Wu Tao se sentara. Incómoda porque el hombre no le quitaba los ojos de encima, dejó caer unas hojas secas de té dentro de una tetera de arcilla y, a continuación, vertió el agua hirviendo. El

aroma de la infusión llenó enseguida el cuarto.

Sin esperar a que el té reposase, le sirvió una taza a Wu Tao.

—El té no se prepara así —dijo el hombre con el ceño fruncido.

—Tíralo si no te gusta.

Wu Tao, tras negar con la cabeza, se bebió el té de un solo trago a pesar de que aún estaba demasiado caliente.

Mingxia se dio cuenta de que el hombre tenía las uñas tan largas que se le habían empezado a curvar.

—Mi abuela no quiere que me las corte —dijo Wu Tao mientras la chica le servía otra taza de té—. Dice que tener las uñas largas es signo de prosperidad.

El hombre paseó la mirada por la habitación.

Mingxia había estado adecentando la casa el día anterior. Se había deshecho de la comida podrida, había guardado la ropa desperdigada, había barrido el suelo y, por último, lo había fregado de rodillas. Cuando vació la mochila, no supo qué hacer con las sábanas que había traído consigo y, al final, las dejó bien dobladas sobre la mesita. Por alguna razón, sentía como si no pertenecieran a ese lugar.

Cuando Wu Tao se bebió la segunda taza de té, acarició con una mano la tela sedosa de las sábanas.

—No me gusta tu casa, pero me gustan tus sábanas —aclaró.

Sin dejar de acariciar las sábanas, miró de nuevo a su alrededor.

—¿Buscas algo? —le preguntó Mingxia.

—Busco el *jiapu*.

—¿Por qué iba a estar aquí? Por lo que sé, es tu padre quien lo tiene.

—Mi padre quiere que se lo devuelvas.

Después de restregarse la boca con una mano porque parte del té se le había escurrido por el mentón, Wu Tao se levantó de la esterilla y se puso a rebuscar dentro del armario. Cuando encontró el erhu que el padre de Mingxia guardaba entre la ropa, lo sacudió para asegurarse de que no hubiera nada escondido dentro de la caja de resonancia. El instrumento produjo una nota discordante que hubiese hecho rechinar los dientes de hasta el más insensible.

Mingxia se levantó también e intentó apartar al hombre del armario.

—Detente —le exigió.

—Mi padre dice que el *jiapu* está aquí.

—Si eso es cierto, ¿cómo es que no lo has encontrado hasta ahora? La casa estaba revuelta cuando llegué. ¿Fuiste tú quien entró?

Wu Tao se deshizo de la chica con un gesto brusco y continuó rebuscando entre la ropa del armario.

Mingxia perdió el equilibrio, con tan mala suerte que golpeó la mesita con una pierna. La tetera se resquebrajó al caer y una mancha

oscura humedeció el suelo.

—Te repito que no está aquí. —Mingxia se frotó la parte de atrás de la rodilla porque se había hecho daño.

—Wu Zonglou se lo robó a mi padre.

—¿Cómo estás tan seguro?

Wu Tao dejó de rebuscar dentro del armario cuando se percató de que no encontraría lo que buscaba.

—Esa noche vi a Wu Zonglou huir de casa con el *jiapu*. —El hombre acompañó sus palabras con gestos exagerados de las manos. Se le había enrojecido aún más el rostro hasta el punto de que parecía que iba a explotar.

—¿Qué noche?

—La noche que lo golpearon.

—¿Golpearon a mi padre?

Wu Tao cogió el cazo que estaba todavía sobre el hogar, derramó lo que quedaba de agua y amenazó con él a Mingxia.

—Con una piedra —dijo—. Lo golpearon por detrás con una piedra.

El hombre levantó el cazo como si tuviera la intención de golpear a la chica.

Mingxia se cubrió la cabeza para protegerse. Por primera vez, se dio cuenta de lo grande y pesado que era el idiota del pueblo.

De pronto, la puerta se abrió con un gemido herrumbroso.

—Suelta el cazo —gritó una voz furiosa.

Feihong le arrancó el cacharro al hombre. El ruido que hizo el cazo al chocar con el suelo sonó igual que una campanada.

El perro, que había entrado con Feihong, gruñía y enseñaba los dientes como si se dispusiera a atacar.

Wu Tao comenzó a golpearse la cabeza, primero con una mano y, luego, con la otra.

—Con una piedra —repitió antes de salir corriendo de la casa.

Mingxia echó a correr también para exigirle al hombre que le contase lo que había visto, pero Feihong se lo impidió. Cuando se percató de que la estaba sujetando del brazo, se volvió hacia el chico con el rostro encolerizado.

—Te dije que no me tocaras —le espetó.

Feihong la soltó de inmediato y dio un paso atrás cuando el perro empezó a ladrar.

¿Cuánto duran cien suspiros? Cuando el último de estos cien suspiros estaba a punto de desvanecerse, Mingxia se descubrió deseando que, de un momento a otro, Feihong le regalara sus dos hoyuelos. Sin embargo, ninguna sonrisa iluminó la cara del chico.

—¿No me deberías dar al menos las gracias? —dijo Feihong.

—¿Las gracias por qué?

—Wu Tao te hubiera golpeado si no llego a venir. —Feihong le dio la vuelta al cazo con un pie.

—Nunca me hubiera hecho daño.

—No estés tan segura de eso.

Mingxia se sentía incómoda porque el chico no dejaba de mirarla.

—¿Por qué has venido? —preguntó con voz cortante.

—Estás más guapa que nunca.

—¿Crees que es apropiado que le digas eso a tu hermana?

El rostro de Feihong se contrajo como si, de repente, un pintor hubiese decidido que debía dibujar las cejas más fruncidas y los labios más apretados.

—No me has dicho todavía por qué has venido —exigió Mingxia.

—Quería verte. ¿Qué otro motivo tendría para venir?

—¿Verme? —Mingxia no pudo reprimir la risa hueca que le brotó de la garganta—. Pues ahora que me has visto, ¿por qué no te largas?

—¿Cómo es posible que estés guapa incluso cuando te enfadas?

—Te he dicho que te largues.

Feihong aprovechó ese instante para abrazarla con fuerza. Mingxia se revolvió porque el cuerpo del chico quemaba igual que las ascuas de una hoguera, pero no consiguió zafarse. Cuanto más se movía, más fuerte era el abrazo.

Por suerte, el perro atrapó la pernera del pantalón de Feihong con los dientes y comenzó a tirar de la tela. Tras sacudirse al animal de encima, el chico abrió los brazos para dar a entender que no tenía intención de volver a tocarla.

—No me iré hasta que me digas cuáles son tus planes —dijo.

—¿Por qué habría de decírtelo? —replicó Mingxia.

—Quiero asegurarme de que, hagas lo que hagas, no te obsesiones con trepar al árbol más alto si lo único que pretendes es pescar.

—No tengo miedo de trepar al árbol más alto.

—Deberías tenerlo.

Con estas palabras, Feihong se encaminó a la puerta.

—¿Sabes cómo murió mi padre? —preguntó Mingxia sin poder evitarlo.

El chico se detuvo como si, de pronto, unos clavos largos hubieran fijado sus pies al suelo.

—Ni sé cómo murió ni quiero saberlo.

Feihong reanudó el paso y desapareció envuelto por la niebla, que aún no se había disipado.

Mingxia se arrodilló para acariciar al perro, que tenía una fea cicatriz cerca de la nuca.

—Creo que debería darte un nombre —dijo—. ¿Cómo te gustaría que te llamara?

El perro respondió con un ladrido.

Mingxia siguió acariciando al animal unos minutos más.

—Te aconsejo que descanses un poco porque nos espera un duro día de trabajo. ¿Sabes algo de cómo se cultiva el arroz?

Esta vez, el perro le lamió la mano antes de salir con el andar orgulloso de un héroe y acostarse de nuevo delante de la puerta.

21

Durante la temporada seca, de noviembre a abril, las terrazas se anegaban para evitar que colapsasen y para mantener la tierra fértil. Mingxia sabía de sobra el motivo por el que los ancianos del pueblo estaban tan preocupados por el reparto del agua. Una escalera no sirve para nada si fallan uno o más peldaños. El sistema de riego funcionaría solo si el agua proseguía su camino ladera abajo tras inundar, una tras otra, todas las terrazas.

Con la niebla matutina arremolinándose a su alrededor, se encaminó a las tierras que su padre había cultivado desde que tenía memoria. El arroz estaba tan alto que casi le llegaba hasta la altura del pecho. La cosecha debía hacerse a tiempo. Si el arroz se segaba antes de lo debido, se corría el riesgo de que muchos de los granos no hubieran madurado aún del todo. Por el contrario, si la siega se retrasaba demasiado, los granos podían secarse y hasta resquebrajarse.

El perro miraba a Mingxia desde el borde de la terraza de arriba, sentado sobre sus cuartos traseros. Todavía no había elegido qué nombre ponerle porque, por más que le daba vueltas, no se le ocurría uno apropiado.

De pronto, el perro saltó a la terraza de abajo y comenzó a revolcarse. Cuando se sacudió, plastas de barro mancharon el rostro de la chica, su blusa, sus pantalones.

—No conseguirás distraerme, ¿me oyes? —Mingxia se limpió la cara con las manos y esbozó una sonrisa.

Consciente de que tendría que ponerse a trabajar cuanto antes, empezó a segar el arroz. Con la mano izquierda asía un grupo de plantas y, con la otra, con varios golpes de la hoz, cortaba los tallos por la base. Cada vez que se detenía para estirar la espalda, se acordaba de las palabras de Wu Tao. Cuando esa mañana se quedó sola, rebuscó dentro del armario, de los cajones, entre los cacharros de la cocina. Había ido incluso al cobertizo donde su padre guardaba el arado, las horcas, las azadas, las hoces y las demás herramientas. Sin embargo, no había encontrado rastro alguno del *jiapu*.

Mingxia agarró bien la hoz, se agachó de nuevo y cortó cinco o seis tallos de un solo golpe.

Era casi mediodía cuando decidió concederse un descanso para comer. Después de restregarse las manos con la tela del pantalón,

desenvolvió la comida que había traído, una bola de arroz con un poco de azúcar porque no se había sentido con ganas de cocinar nada más elaborado. Cuando el perro gimió a su lado, le dio la mitad.

Mingxia comió con voracidad. Como unos granos de arroz se le habían quedado pegados cerca de las comisuras de los labios, se pasó la lengua sin dejar de observar el vuelo de una garza que quizás estuviese a la espera de que una rana asomase la cabeza. Más de una vez había visto a su padre hacer lo mismo. Tras soltar el arado, la azada o la hoz se colocaba cara al sol con los ojos cerrados. «Ni siquiera las nubes más oscuras pueden cubrir del todo el sol», decía. Después de unos minutos así, volvía a coger la herramienta que estuviera utilizando y continuaba trabajando. La vida del campesino era dura porque, a veces, el cielo se rebelaba y llovía cuando no debía llover. O, por el contrario, el sol calentaba tanto que secaba las semillas antes de que tuvieran la oportunidad de germinar.

De pronto, Mingxia abrió los ojos al oír una voz que gritaba su nombre.

Wu Tao se acercaba con dificultad por culpa del barro. El perro gruñó al percatarse de la presencia del hombre, pero Mingxia le acarició la cabeza para tranquilizarlo.

Wu Tao, temeroso de la actitud amenazadora del perro, se detuvo a una distancia prudencial. Sin dejar de mirar al animal por el rabillo del ojo, señaló una piedra que parecía haberse caído de la terraza de arriba. La piedra era grande y lisa como un melón.

—Esa es la piedra —dijo.

—¿Qué piedra? —preguntó Mingxia sin entender a qué se refería.

—Esa es la piedra que mató a tu padre.

Mingxia abrió la boca para decir algo, pero sintió como si le hubieran cortado de cuajo las cuerdas vocales.

El hombre cogió la piedra, levantó el brazo por encima de la cabeza e hizo como si atizara a alguien con ella.

Mingxia no pudo evitar dar un paso atrás.

—¿Lo golpearon con esa piedra? —musitó cuando consiguió que las palabras brotaran de su garganta.

—Por detrás. —El hombre izó de nuevo la piedra y repitió el mismo gesto de antes. Luego, tiró la roca al suelo, se llevó una mano a la parte de atrás de la cabeza y meció el cuerpo como si hubiera dejado de imitar las acciones del culpable para pasar a representar las de la víctima—. Lo golpearon por detrás y cayó bocabajo al agua de la terraza.

—¿Quién golpeó a mi padre?

Por más que lo intentaba, Mingxia no podía desviar la mirada de aquella piedra que, si lo que afirmaba Wu Tao era cierto, había acabado con la vida de su padre.

—No le vi la cara —tartamudeó el hombre.

—Sabes quién fue, ¿no es verdad?

—No le vi la cara.

Mingxia perdió la paciencia y zarandeó al idiota del pueblo con brusquedad.

—¿Quién fue?

Wu Tao dio un paso atrás para zafarse de la chica y comenzó a lloriquear.

—No le vi la cara —repitió con el rostro contraído por las lágrimas.

El hombre echó a correr, con tal mala suerte que trastabilló. Sin dejar de gimotear, se puso a cuatro patas y, tras varios intentos, consiguió levantarse. Con la camisa y los pantalones manchados de barro, logró por fin alcanzar el sendero.

—Dime quién fue —rogó Mingxia.

—No le vi la cara —gritó Wu Tao una vez más.

Mingxia no se sintió con fuerzas para perseguir al hombre. Se quedó inmóvil con los brazos a los costados mientras observaba cómo el cuerpo bamboleante de Wu Tao desaparecía tras un grupo de árboles.

Los ladridos del perro la sacaron del estupor que la había embargado.

—¿Crees que mataron a mi padre con esa piedra? —murmuró como si de veras esperase que el animal le contestara.

Como respuesta, el perro se limitó a lamerle los dedos de una mano.

La piedra había caído junto a la hoz. Mingxia cogió la herramienta, pero se preocupó de no rozar siquiera la roca. Durante las dos o tres horas que aún trabajó por la tarde, tuvo la impresión de que a la piedra le había crecido una boca que no paraba de susurrar su nombre.

Cuando regresó a casa encorvada por los fardos de paja que acarreaba a la espalda, se percató de que dos mujeres la estaban esperando. Poco le faltó para soltar la carga y huir corriendo igual que el idiota del pueblo cuando reconoció a una de las mujeres.

Con un resoplido por el esfuerzo que le supuso, dejó caer a un lado los fardos y saludó a la madre de Feihong con una inclinación de la cabeza. El perro trotó hasta acostarse delante de la puerta. Con la barbilla sobre las patas delanteras, parecía estar a punto de quedarse adormilado, pero Mingxia no se dejó engañar porque tenía las orejas tiesas.

—¿De dónde has sacado a ese perro tan feo? —La señora Jin miró al animal con repulsión, un ojo marrón y otro azul.

—No lo he sacado de ningún sitio —replicó Mingxia.

Tras soltar un bufido, la madre de Feihong señaló con la cabeza a la chica que la acompañaba.

—Te presento a Yang Xiamin, la prometida de mi hijo —dijo—. Su familia posee la mayor granja de cerdos de la región.

Mingxia le prestó atención por primera vez a la chica, que tenía los pómulos salientes y los labios tan finos que parecían dos hojas de libro. La chica, con los hombros encogidos, miraba al suelo como si hubiese perdido algo.

Para intentar calmar su propio nerviosismo, Mingxia llenó una palangana con agua. Con parsimonia, se lavó la cara, los brazos y los pies manchados de barro.

—La próxima vez que vea a Feihong debo acordarme de felicitarlo —dijo tras tirar a un lado el agua sucia de la palangana—. ¿Cuándo es la boda? No se olvide de enviarme una invitación.

La señora Jin dio un paso hacia delante.

—Te prohíbo que veas de nuevo a mi hijo.

—No tengo ninguna intención de hacerlo, créame.

Mingxia se había girado a medias para ir a coger la toalla que tenía colgada de un clavo, pero cuando la madre de Feihong dio un paso más hacia ella con el propósito de amedrentarla, decidió no moverse ni un ápice para no darle el gusto a la mujer.

—¿Por qué has regresado si no es para molestar a mi hijo? —preguntó la señora Jin.

—El mundo no gira alrededor de su hijo —respondió Mingxia—. Tengo mis propios motivos para regresar.

Yang Xiamin continuaba con los ojos pegados al suelo. Había encogido tanto los hombros que daba la impresión de que lo único que deseaba era desaparecer.

—Quiero que te largues lo antes posible —dijo la señora Jin con tanta aversión que era como si escupiera cada una de las palabras.

—¿Por qué será que todo el mundo quiere que me vaya?

—Con tu padre muerto, no te queda nada aquí. ¿Por qué no habrías de irte?

Mingxia no contestó de inmediato. Sin desviar la mirada de los ojos dispares de la mujer, esta vez sí que fue a coger la toalla.

—La muerte de mi padre no fue un accidente —dijo mientras se secaba el agua que le resbalaba por el cuello—. No pienso irme hasta que sepa qué ocurrió.

—Tu padre no era más que un borracho que se tropezó al volver a casa.

—Mi padre sería muchas cosas, pero no era ningún borracho.

La señora Jin levantó el brazo como si fuera a abofetear a Mingxia.

—Una vela ilumina todo a su alrededor, pero acaba consumiéndose —dijo tras recapacitar y bajar el brazo—. Esperaré sentada hasta que

encuentres el mismo final que tu padre, porque eso es lo que ocurrirá si decides quedarte.

—¿Me está amenazando?

—¿Qué necesidad tendría de amenazar al que está maldito?

La madre de Feihong se despidió con estas palabras y se alejó por el sendero que conducía al pueblo. Yang Xiamin se apresuró a seguirla, roto el hechizo que la había mantenido todo ese tiempo con la mirada prendida del suelo. La señora Jin caminaba con dificultad. Cuando perdió el equilibrio tras tropezarse con una piedra, la chica se apresuró a sujetarla del brazo, pero la mujer se deshizo de su futura nuera con un gesto brusco.

—No se olvide de enviarme la invitación a la boda —gritó Mingxia.

Cuando se miró las manos, se percató de que estaba retorciendo la toalla igual que si se tratara del cuello de una gallina. Se sentó para secarse los pies, pero seguían estando sucios. Tiró a un lado la toalla, llenó de nuevo la palangana con agua y se frotó las plantas con tanto ahínco que parecía querer arrancarse la piel.

22

Mingxia se preguntó por qué le importaba tanto que hubieran asesinado a su padre.

Con una lentitud deliberada, le quitó el polvo a la botella de vino de arroz que había encontrado dentro del armario. Su padre la había escondido entre los calcetines. Sintió la tentación de beber un trago, pero se acordó de Lao Changfu, del bar de karaoke, del olor a alcohol que rezumaban las paredes, los sillones y la moqueta. Terminó por ocultar la botella detrás de unos tarros de especias.

Mingxia era consciente, no obstante, de que lo que urgía era ocuparse de las tierras de su padre. Si quería tenerlo todo listo antes de la siembra, debía rastrillar las terrazas, ararlas, quizás reparar los diques. No sabía cómo iba a poder arar la tierra. Sin el viejo búfalo, no se veía capaz de arrastrar el arado. Pero si no hay luz por el este, basta con mirar hacia el oeste. Estaba segura de que encontraría una solución cuando llegase el momento.

Dos días le llevó limpiar por completo las dos terrazas. Le dolía la espalda por haberse pasado tantas horas agachada. La piel de las manos se le había resquebrajado por el tiempo que habían permanecido sumergidas. Tenía agujetas por todo el cuerpo. Pese a ello, el olor que desprendía la tierra húmeda cada vez que la removía era embriagador.

La tarde del segundo día, cuando se disponía a regresar a casa, una bandada de cuervos comenzó a dar vueltas sobre su cabeza. Graznaban con tanto fervor que apenas podían oírse los ladridos del perro. Mingxia agitó la hoz para espantarlos, pero los pájaros siguieron trazando círculos sin inmutarse, como si se estuvieran burlando de ella. «Un mal augurio», pensó cuando los cuervos, por fin, se perdieron de vista.

Sus pronósticos se confirmaron cuando, al día siguiente, se encontró con que el dique de la terraza de abajo tenía un boquete por el que había escapado el agua. Sin un dique que retuviera el agua proveniente de las terrazas superiores, la tierra se secaría y sería casi imposible ararla.

Estaba claro que el boquete no se había hecho solo.

Mingxia dejó caer al suelo la azada que había traído consigo y echó a correr hacia el pueblo. Cuando cruzó la puerta sagrada, le

costaba respirar por el esfuerzo que le había supuesto trepar por el camino. El perro, que la había seguido con la lengua fuera, se detuvo unos pasos antes de llegar a la puerta, como si una barrera invisible le impidiera continuar. Comenzó a ladrar y a pasearse de un lado a otro cuando la chica se adentró por la calle principal.

—Eres un cobarde —le gritó Mingxia al percatarse de que se había quedado atrás.

El perro empezó a gimotear con la cola y las orejas gachas.

La intención de Mingxia era no detenerse hasta alcanzar la casa de Wu Congfa, pero se encontró de pronto con una procesión. Se dio cuenta enseguida de que se trataba de un funeral. Una banda de música con tambores, cuernos y gongs precedía la procesión ante la mirada impasible de dos búfalos acostados a la sombra. Detrás de la procesión, unos vecinos del pueblo cargaban un ataúd a hombros. Durante un instante, pensó que la madre de Wu Congfa había fallecido, pero debía de ser el entierro de otra persona porque el féretro no era el mismo que había comprado la anciana. Este tenía una forma distinta y el color de la madera era más claro.

Wu Congfa, con un traje de chaqueta negro que le quedaba demasiado grande, caminaba al lado del ataúd. Como plañidero profesional, el hombre sabía cuándo debía llegar a las notas más agudas o, por el contrario, cantar con una voz más grave. También sabía cuándo era el momento de gemir como si tuviese la garganta seca, de hacer temblar el cuerpo igual que si le sobreviniera la mayor de las tristezas o de sonar como si estuviera a punto de perder la voz. Cada cierto tiempo, se volvía hacia el féretro de madera para felicitar al muerto por haber trabajado con diligencia toda su vida o para preguntarle por qué había abandonado a su familia ahora que empezaba a prosperar.

—¿Quién te has creído que eres? —gritó Mingxia cuando, tras abrirse paso a codazos, le propinó un empujón al plañidero.

Su voz resonó por encima de los tambores, los cuernos y los gongs.

Los hombres que transportaban el ataúd se detuvieron, los integrantes de la procesión comenzaron a cuchichear entre sí, hasta los familiares congregados detrás del féretro dejaron de llorar durante unos segundos.

—¿Estás loca? —aulló Wu Congfa después de recuperar el equilibrio.

Mingxia apuntó al hombre con un dedo acusador.

—Sé que mataste a mi padre para apropiarte de sus tierras.

Por fin había dado forma a las conjeturas que rondaban su cabeza desde que supo que alguien había golpeado a su padre con una piedra.

—¿Me estás acusando de matar a mi propio sobrino? —se defendió Wu Congfa. Su cara de ratón se había tornado de color púrpura y sus

pupilas bailaban de izquierda a derecha como si buscaran un hueco por donde huir.

—¿Creías que con romper el dique podrías amedrentarme? —dijo Mingxia.

—Puedo hacer lo que me dé la gana con esas tierras porque me pertenecen.

Mingxia se abalanzó de nuevo sobre el hombre. Esta vez, Wu Congfa sí que perdió el equilibrio y cayó al suelo de espaldas. Parecía una cucaracha a la que le hubieran dado la vuelta. Mingxia aprovechó para patearle un costado. El hombre se encogió para escudarse de los golpes, pero de poco le valió porque la chica empezó a patearle la parte baja de la espalda.

De pronto, unos brazos rodearon la cintura de Mingxia y la apartaron del hombre caído.

Como un animal salvaje, Mingxia sacudió los brazos, las piernas, intentó morder una de las manos que la aprisionaban.

—Para de una vez —le ordenó una voz.

Mingxia miró por primera vez a su alrededor. Decenas de personas la observaban: los músicos que habían dejado de tocar sus instrumentos, los familiares a los que se les habían secado las lágrimas, los vecinos que habían acudido al funeral porque no tenían otra cosa mejor que hacer. Todos chismorreaban sin despegar los ojos de ella. Unos mencionaron a su padre. Otros hablaban de espíritus malignos. Más de uno la acusó de tener la sangre maldita. Los más ancianos recordaron incluso el nombre de su abuelo.

—Te he dicho que pares —insistió la misma voz de antes.

—Suéltame —exclamó Mingxia al reconocer a Feihong.

—Te soltaré si me prometes que te vas a quedar quietecita.

Wu Congfa había aprovechado la interrupción para reptar lejos del peligro.

—Estás igual de loca que tu padre —bramó cuando se sintió a salvo.

Mingxia intentó arremeter otra vez contra el hombre, pero Feihong se lo impidió. Más tarde se enteraría de quién era el funeral. Unos días antes había muerto la madre del alcalde. Cáncer de estómago o de páncreas, no estaba segura. También se enteraría de que el alcalde del pueblo era el hombre con el rostro anguloso que había sugerido que lo único para lo que servía era para trabajar como prostituta.

Feihong la soltó cuando salieron del pueblo. La música de los tambores, los cuernos y los gongs se oía apagada por la distancia. El perro, que seguía esperando fuera, comenzó a ladrar y a menear el rabo.

Lo primero que hizo Mingxia nada más verse libre fue abofetear a Feihong. La palma de la mano le escoció por la fuerza con la que

golpeó el rostro del chico.

—¿Por qué no permitiste que le diera una paliza? —se quejó.

—¿Qué querías? —respondió Feihong frotándose la mejilla enrojecida—. ¿Matarlo delante de todo el mundo?

—¿Por qué no? Es el asesino de mi padre.

Feihong se acercó para acariciar la cabeza del perro, pero se lo pensó dos veces cuando escuchó un ruido sordo, como un trueno lejano, que provenía del pecho del animal.

—Quien busca venganza debe cavar primero dos tumbas —dijo después de dar un paso atrás.

—No digas tonterías.

El perro trotó hasta colocarse al lado de Mingxia, un guardián dispuesto a proteger a su dueña de cualquiera que se atreviese a aproximarse.

—Te he echado de menos —señaló Feihong con una sonrisa.

—No lo hagas.

—¿El qué?

—No me sonrías.

Mingxia apartó la mirada de los hoyuelos que se le habían formado al chico a cada lado de la boca porque, de repente, se le había cortado la respiración, como si alguien hubiera succionado el aire a su alrededor.

—¿Me has echado también de menos? —preguntó Feihong sin dejar de sonreír.

—No deberías decirme esas cosas, *didi*.

—Te he dicho que no me llames así.

Por el rabillo del ojo, Mingxia pudo presenciar cómo la sonrisa de Feihong se difuminó poco a poco. Consiguió respirar de nuevo cuando los dos hoyuelos desaparecieron como si nunca hubieran existido.

—¿Harías algo por mí? —Mingxia se acuclilló junto al perro para acariciarle el lomo. El animal tenía el pelo duro como las cerdas de un cepillo—. Quiero que le pegues una paliza a Wu Congfa, que le rompas todos y cada uno de los huesos hasta que no le quede ni uno sano.

—¿Quieres que apalee a Wu Congfa delante de su hijo? Wu Tao, ¿estás escuchando? —gritó de pronto Feihong—. ¿Te gustaría ser testigo de cómo lo hago?

Cuando Mingxia levantó la mirada, se dio cuenta de que el idiota del pueblo los observaba desde la protección que ofrecía la puerta sagrada.

—Testigo —repitió Wu Tao ante la mención de su nombre.

—¿Por dónde quieres que empiece? —preguntó Feihong dirigiéndose de nuevo a Mingxia—. ¿Qué quieres que le rompa primero? ¿Las piernas?

—Las piernas no —musitó Wu Tao mientras se acercaba con pasos bamboleantes.

—¿Le rompo los brazos? —dijo Feihong.

Wu Tao comenzó a golpearse la cabeza con las manos.

—Los brazos no —exclamó.

Mingxia se puso de pie y agarró al perro por la piel del cogote para evitar que se abalanzara sobre el idiota del pueblo.

—Deja de atormentar al pobre hombre —le ordenó a Feihong.

—Mi padre no ha matado a nadie —dijo Wu Tao sin dejar de golpearse la cabeza—. Mi padre no ha matado a nadie.

—¿Quién fue entonces? —le preguntó Mingxia—. Sé que viste quién lo hizo. Dímelo si no quieres que le pegue otra paliza a tu padre.

—Lo único que mi abuela quiere es el *jiapu* —respondió Wu Tao—. Dice que te dejará tranquila si se lo devuelves.

Con estas palabras, Wu Tao echó a correr de regreso al pueblo. Su cuerpo se balanceaba de izquierda a derecha como un árbol a punto de derrumbarse.

—¿Wu Tao vio quién mató a tu padre? —preguntó Feihong.

Mingxia no se dignó a contestar. Seguida del perro, comenzó a descender por el camino que conducía a su casa.

—Hasta la vista, *didi* —se despidió.

Feihong no reaccionó porque continuaba observando la puerta sagrada por donde había desaparecido el idiota del pueblo.

23

Cuando estaba a punto de llegar a casa, Mingxia se preguntó si hubiera matado de verdad a Wu Congfa. Le horrorizó el hecho de que no estuviese segura de cuál sería su respuesta. No pudo más que recordar la vez que su padre le enseñó a pescar gambas. Tras desenterrar unos gusanos y engancharlos a unos pequeños anzuelos que habían fabricado con unos alambres, se acostaron bocabajo al borde de una de las terrazas inundadas de agua. Sin la menor vacilación, las gambas se agarraban al anzuelo con sus pinzas y quedaban atrapadas a la punta sin que pudieran escapar. «Si eliges el cebo correcto —le había dicho su padre—, las gambas acudirán por sí solas al anzuelo». Las gambas sabían a gloria tras freírlas con un poco de sal y pimienta.

Quizás hubiera otra forma de lidiar con Wu Congfa.

El perro echó a correr de pronto hacia la montaña de estiércol y comenzó a escarbar con las dos patas delanteras. Mingxia lo agarró por el cuello para apartarlo a un lado, pero el animal hizo el amago de morderle la mano.

—¿Cómo te atreves a morderme? —exclamó Mingxia, pero cuando vio un trozo de tela que despuntaba entre la tierra removida, se arrodilló también y empezó a escarbar con las manos hasta desenterrar algo envuelto con un pañuelo de seda.

El nudo hecho con dos de las puntas del pañuelo estaba demasiado apretado. Cuando consiguió deshacerlo, supo de inmediato que el libro que quedó al descubierto, con las tapas acartonadas, era el *jiapu* del que tanto había oído hablar.

Con un esmero casi reverente, pasó una a una las páginas amarillentas, que crujían como si se resistieran a ser leídas. Si el pasado tenía olor, estaba segura de que sería idéntico al que despedían aquellas hojas tiesas.

Las primeras páginas contenían un texto escrito a mano. Se detuvo un momento delante del retrato de un hombre con un cómico gorro, un bigote espeso y una larga barba de chivo. Bien podía ser uno de los personajes que poblaban las telenovelas de época que emitía la televisión a todas horas. Por lo que pudo entender, se trataba del fundador de su clan.

Las siguientes páginas incluían unos árboles genealógicos.

Figuraban los nombres completos, las fechas de nacimiento, el lugar donde estaba enterrado cada uno. También estaban anotados los apellidos de las esposas e, incluso, si alguien había fallecido antes de cumplir los veinte años. Cuando llegó a una de las últimas páginas, Mingxia reconoció el nombre de su bisabuelo, Wu Guanxi. Los nombres de sus dos esposas figuraban al lado. Con su primera mujer tuvo un hijo, Wu Lijun. Mingxia sabía que a Wu Lijun, su abuelo, lo habían fusilado. Con su segunda mujer tuvo otro hijo, Wu Congfa. Mingxia se acordó de la madre de Wu Congfa con sus pies deformes. Siguió con la mirada las líneas del árbol. La siguiente generación incluía dos nombres: Wu Tao, el idiota del pueblo, y Wu Zonglou, su padre. Mingxia esperaba encontrar su propio nombre bajo el de su padre, pero nadie se había dignado a anotarlo.

Con un dedo, trazó las líneas que unían el nombre de su padre con los de su abuelo y de su bisabuelo. ¿Hasta cuándo se remontaría la mala sangre que corría por su cuerpo?

El pueblo, con sus tejados de paja, se discernía a lo lejos. Durante unos segundos, la niebla que abrazaba las casas amarillas adquirió la forma de una mano esquelética dispuesta a cerrar el puño.

Tras acordarse otra vez de cuando pescaba gambas con su padre, Mingxia envolvió de nuevo el libro con el pañuelo de seda y decidió regresar al pueblo. Le ordenó al perro que se quedara, pero el animal hizo caso omiso de sus palabras y trotó detrás de ella.

La procesión con sus tambores, cuernos y gongs se encaminaba a un claro cercano. Unos hombres con las mangas de las camisas remangadas hasta los codos cavaban el agujero donde enterrarían al difunto. Mingxia reconoció los gemidos estridentes de Wu Congfa, que levantaba los brazos hacia el cielo como si reclamara una respuesta a los dioses. Una vez que enterraran el ataúd y cubriesen el lugar con un montículo de tierra, uno de los familiares adornaría la tumba con algún utensilio que hubiera utilizado el difunto, parte de un telar o, incluso, una pipa. Como colofón, el chamán recitaría las instrucciones para que el alma del fallecido pudiese encontrar la tierra de sus antepasados.

Mingxia pasó por debajo de la puerta sagrada del pueblo, atravesó la plaza sin percatarse de las mesas largas que unos vecinos estaban colocando y subió por la callejuela que conducía a la casa de Wu Congfa. Sin avisar de su presencia, abrió la puerta que, por suerte, no estaba cerrada con llave. Solo entonces se dio cuenta de que el perro no la había seguido. Supuso que, como la última vez, el animal no había querido cruzar la puerta sagrada.

La madre de Wu Congfa dormía con la espalda reclinada contra el reposabrazos del diván. Unos calcetines blancos apenas podían ocultar la forma imposible de sus pies deformes. De nuevo, un olor a alcanfor

invadía el cuarto.

Cuando los pasos de Mingxia hicieron crujir el suelo, la anciana abrió los ojos con pereza.

—¿Podrías acercarme el vaso de agua? —pidió—. Por más que llamo a mi nieto, no sé dónde se ha metido. Si fuera por él, me moriría de sed. Dicen que igual que uno almacena el arroz por si más adelante viene la hambruna, los hijos se crían para que te cuiden cuando eres viejo. El que dijo esto no conocía a mi familia. Más me hubiera valido criar cerdos.

Mingxia le ofreció el vaso de agua que alguien había dejado sobre una mesa baja. La mujer intentó cogerlo, pero la mano le temblaba tanto que se le derramó parte del contenido.

—Permítame que la ayude. —Mingxia acercó el borde del vaso a la boca de la anciana.

—El jengibre mejora con los años, pero los viejos nos volvemos un lastre —continuó quejándose la mujer tras beber un poco de agua—. Has venido a verme por lo del dique, ¿verdad? Le dije a mi hijo que no lo hiciera, me refiero a destruir el dique. Por desgracia, los hijos han dejado de respetar la opinión de sus padres. ¿Sabes que me paso todo el día encerrada entre estas cuatro paredes? No puedo ni siquiera bordar porque no solo me han empezado a fallar los ojos, sino también las manos. Sin embargo, aquí me tienes, vivita y coleando, a pesar de ser más vieja que la infeliz que están enterrando. Una mujer envidiosa, como su hijo.

Mingxia dejó de nuevo el vaso sobre la mesa.

—Su nieto dijo que me dejarían tranquila si les devuelvo el *jiapu*. ¿Es cierto?

El rostro marchito de la anciana se iluminó como si, de pronto, hubiera rejuvenecido varias décadas. Cuando se percató del bulto que la chica aprisionaba contra el pecho, extendió los brazos igual que un bebé que busca el consuelo de su madre.

—¿Eso que traes es el *jiapu*?

—Prométame que podré quedarme con las tierras de mi padre —exigió Mingxia.

—Un trato es un trato.

Las manos temblorosas de la mujer recibieron el paquete como si fuera la más sagrada de las reliquias. Cuando se disponía a deshacer el nudo del pañuelo, sin embargo, arrugó la nariz.

—Huele a estiércol —aclaró Mingxia.

—Sé bien a qué huele el estiércol. —La anciana negó con la cabeza cuando la chica comenzó a contarle a qué se debía el olor—. No quiero saberlo.

—¿Por qué es tan importarte? —preguntó Mingxia.

La mujer, tras apartar el pañuelo a un lado, posó el libro sobre su

regazo.

—Los jóvenes pensáis que lo único que importa es el futuro, pero permíteme que te diga que el futuro solo puede construirse sobre los cimientos del pasado. ¿Creías que iba a permitir que tu padre destruyera el *jiapu*? Una familia sin pasado está condenada a la extinción.

—Mi padre nunca lo hubiese destruido.

—Tu padre siempre nos culpó de todas sus desgracias. De haber podido, hubiera quemado esta casa con todo dentro.

—Dígame la verdad —dijo Mingxia—. ¿Wu Congfa mató a mi padre?

—Mi hijo será muchas cosas, pero no es un asesino. El cuerpo de tu padre lo encontraron unos del pueblo que se dirigían al mercado. ¿Por qué crees que no fue un accidente?

—Creo que su nieto fue testigo de lo que ocurrió. Me contó que a mi padre lo golpearon con una piedra.

La anciana movió la mandíbula de izquierda a derecha igual que un búfalo que estuviera rumiando.

—Tu padre tenía muchos enemigos —dijo por fin.

—¿De qué enemigos habla?

—Tu padre era como la hormiga que pretende derribar un árbol. Por más que la hormiga lo intente, el árbol no se tambaleará ni un ápice.

—No me va a decir qué enemigos tenía mi padre, ¿no es cierto?

La mujer comenzó a pasar las hojas amarillentas del *jiapu* con unos dedos igual de apergaminados que el papel.

—Crías a un hijo para que se case y continúe el linaje familiar —murmuró—. ¿Quién se casará con el idiota de mi nieto?

Como no iba a poder sonsacarle nada más a la anciana, Mingxia se despidió con una inclinación de la cabeza.

—Te puedes quedar con esta foto —dijo de pronto la mujer—. Estaba entre las páginas del *jiapu*.

Mingxia, que estaba a punto de abandonar la habitación, se giró para averiguar a qué se refería. La anciana sujetaba una foto con dos dedos.

—¿Por qué guardaría alguien ahí el retrato de la mujer del leproso? —preguntó Mingxia tras coger la foto.

La mujer del leproso que vivía a las afueras del pueblo posaba con la formalidad de quien no está acostumbrado a que lo fotografíen. La mujer tenía el rostro redondo, los ojos redondos, la nariz redonda, hasta el mohín de su boca tenía forma redonda.

—¿La mujer del leproso? —replicó la anciana ahogando una risilla —. ¿Cómo es posible que no reconozcas ni a tu propia madre?

24

Mingxia no se acordaba de cómo había abandonado la casa de Wu Congfa. De alguna forma, había tenido que salir del cuarto, cruzar el patio y abrir la pesada puerta que conducía a la calle. ¿Cuántas veces había ido con Feihong a tirar piedras al tejado de la casa del leproso? ¿Tres, cuatro, cinco, diez veces?

La cabaña donde vivía el leproso, aún más destartalada que la de su padre, estaba lejos del pueblo, a más de una hora por un camino embarrado. El tejado de paja estaba ennegrecido por el paso del tiempo y una de las paredes de arcilla parecía estar a punto de desmoronarse. Mingxia los vio más de una vez, al leproso y a su mujer. Solían sentarse fuera a disfrutar del sol del mediodía mientras desgranaban judías. Más tarde se enteraría de que el hombre no había padecido lepra ni ninguna enfermedad parecida. Por lo visto, el hombre se dedicaba a desenterrar raíces medicinales que luego vendía a buen precio. Para que fueran efectivas, algunas de las raíces podían arrancarse únicamente durante los meses de invierno. Otras eran útiles solo si habían sobrevivido al menos a tres heladas. Un día, mientras deambulaba por el bosque, el hombre se topó con una serpiente. Con el susto, no se le ocurrió otra cosa que aplastar la cabeza del reptil con la pequeña pala con forma de cuchara que utilizaba para desenterrar las raíces. Tras matar al animal, empezó a sentirse mal. Le salieron sarpullidos por todo el cuerpo y le sobrevenían temblores incluso cuando hacía calor. La gente del pueblo comenzó a rumorear que la serpiente lo había maldecido. Como muchos saben, las serpientes están emparentadas con los dragones. Cuando un medicucho le diagnosticó lepra, no le quedó más remedio que abandonar el pueblo. Unos años después se descubrió que el hombre nunca había padecido esa enfermedad, pero ni él había querido regresar ni la gente del pueblo había ido a convencerlo de que volviera.

Mingxia recordó una de las ocasiones que habían ido a tirar piedras al tejado de la cabaña. La mujer del leproso dejó caer al suelo las judías que estaba desgranando y se levantó del banco lanzando improperios. Cuando vio a los dos niños, sin embargo, su rostro palideció hasta adquirir el color de la leche de soja. La mujer se sentó de nuevo y, como si no hubiera pasado nada, cogió un puñado de judías del saco que tenía a los pies.

«¿Cómo es posible que no reconozcas ni a tu propia madre?», había dicho la anciana.

Cuando llegó a la plaza, Mingxia se vio obligada a detenerse por culpa de las mesas largas que los vecinos habían terminado de colocar. Las mesas estaban abarrotadas de fuentes con carne de cerdo, de pollo, de búfalo. Por supuesto, había que honrar al difunto con un festín. Los comensales enmudecieron al percatarse de la presencia de la chica. Cesaron los brindis. Los niños que corrían entre las mesas dejaron de jugar. Más de uno se quedó inmóvil con las puntas de los palillos posadas sobre el labio inferior. Casi todo el pueblo estaba presente, incluso Feihong, apretujado entre su madre y su prometida.

El alcalde, que estaba sentado al lado de Wu Congfa, se levantó con la brusquedad de un resorte que, tras haber estado comprimido, se estirase de repente. Mingxia no reconoció de inmediato al hombre porque por su cabeza solo circulaban imágenes de una cabaña con el tejado destartalado y de una mujer desgranando judías.

—¿Cómo te atreves a deshonrar a mi madre recién enterrada? —le reprochó el alcalde.

Las imágenes que poblaban la mente de Mingxia se disiparon al oír la reprimenda del hombre. Descubrió de pronto que era el centro de atención de decenas de pares de ojos. Era evidente que ninguno de los comensales quería que estuviese allí, como tampoco habían aceptado nunca a su padre. Se dio cuenta de que la madre de Wu Congfa tenía razón. Si pudiera colocar a todos los enemigos de su padre uno detrás de otro, la fila daría la vuelta a la plaza.

—Sé que uno de vosotros mató a mi padre —gritó lo más alto que pudo.

El eco de su acusación reptó por las mesas produciendo a su paso una ola de murmullos.

—¿Crees que la muerte de tu padre entristeció a alguien del pueblo? —dijo el alcalde—. Lo que tenía que haber hecho era morirse mucho antes.

Mingxia levantó el brazo para abofetear el rostro anguloso del hombre, pero alguien se lo impidió. Cuando se giró para enfrentarse a la persona que le aprisionaba la muñeca, no pudo más que estremecerse porque se trataba de la madre de Feihong. La mujer, tiesa como un pincel, la miraba con un ojo marrón y otro azul.

—Suélteme —exigió Mingxia, que sacudió el brazo hasta librarse de la mujer.

—¿Cuándo vas a dejar de comportarte como una cualquiera? —masculló la señora Jin—. De tal padre tal hija.

—Da igual los pecados que mi padre cometiera —replicó Mingxia —. No se merecía morir de esa forma.

—¿Qué vas a hacer al respecto? Un huevo no puede quebrar una

roca. —La mujer entrecerró los ojos como si un sol invisible la estuviera cegando.

Feihong se levantó justo entonces de su silla. Sujetaba con tanta fuerza los palillos con los que había estado comiendo que parecía estar a punto de romperlos.

—Madre —gritó.

La señora Jin, sin embargo, le ordenó que se sentara con un gesto brusco de la cabeza. Feihong obedeció, pero antes soltó los palillos que, partidos por la mitad, rodaron por el mantel hasta caer al suelo.

—No descansaré hasta descubrir quién mató a mi padre, ¿me oís? —vociferó Mingxia dirigiéndose a todos los presentes.

Con estas palabras, escapó de la plaza, no sin antes verse obligada a esquivar una tras otra las mesas que bloqueaban su camino.

El perro, que había estado esperando cerca de la puerta sagrada, se levantó nada más advertir que la chica se aproximaba y comenzó a pasearse de un lado a otro sin dejar de ladrar. Cuando Mingxia cruzó la puerta, el animal se irguió sobre sus cuartos traseros y le dio la bienvenida con un lametón que le barrió la cara.

—Larguémonos de aquí —dijo Mingxia tras acariciarle la cabeza.

El perro asintió con un ladrido.

25

La mujer del leproso salió de la cabaña acarreando un cubo con desperdicios.

Desde una distancia prudencial, Mingxia observó el rostro de la mujer, redondo como los huevos de las ranas. ¿Cómo era posible que aquella mujer fuera su madre? Tuvo la impresión de que el mundo a su alrededor se estaba riendo de ella. El viento que zarandeaba los troncos de los bambúes no paraba de carcajearse. Los insectos que zumbaban sobre su cabeza no hacían más que mofarse de su ignorancia. Los patos que levantaban el vuelo lo hacían tras ridiculizarla con sus graznidos. Cuando la mujer vertió el contenido del cubo, dos cerdos escondieron sus hocicos entre los restos de comida. También los cerdos se reían de ella. Con cada gruñido parecían preguntarle cómo se sentía al descubrir que su madre había vivido todo ese tiempo a menos de una hora de su casa.

Mingxia se burló de sí misma. ¿Qué pretendía hacer? ¿Presentarse ante aquella mujer para demandarle qué? ¿Que por qué la había abandonado cuando todavía no había aprendido ni a caminar? Quizás tuvieran razón los que afirman que la ignorancia es una bendición.

—Es hora de irse —murmuró.

El perro, sin embargo, tenía otros planes porque soltó un ladrido que hizo que la mujer del leproso mirase hacia el lugar donde Mingxia estaba escondida.

—¿Quién anda ahí? —gritó la mujer.

Las miradas de las dos mujeres se cruzaron de pronto. Madre e hija. Durante unos segundos, el viento dejó de soplar, cesó el zumbido de los insectos, los patos silenciaron sus graznidos. Hasta los cerdos se olvidaron de comer. Era como si el mundo hubiera dejado de respirar.

Su padre le había contado que el día que su madre dio a luz, habían estado sembrando el arroz. Su madre se movía despacio por culpa del vientre abultado. Casi no podía agacharse para hincar los plantones. Con el transcurso de las horas, sus movimientos se volvieron cada vez más lentos. Cuando estaban a punto de terminar, miró a su marido con un gesto de dolor por las contracciones. «Es el momento», dijo con la blusa pegada al cuerpo por el sudor. Poco después llegaron las prisas para traer a la comadrona y los jadeos del parto.

Como si un hilo invisible estuviera tirando de ella, Mingxia dio un paso hacia delante y el hechizo se rompió con el crujir de las hojas secas. Cuando iba a dar otro paso, la mujer cogió una piedra del suelo y se la tiró. La piedra cayó a escasos centímetros de los pies de Mingxia.

La mujer se agachó para coger otra piedra.

—Sé que eres mi madre —chilló Mingxia cuando esta segunda piedra le golpeó una cadera.

La siguiente piedra le acertó el pecho.

La mujer le tiró una cuarta piedra que, esta vez, le golpeó la frente. Un hilillo de sangre le escurrió por el puente de la nariz.

Mingxia se limpió la sangre con el dorso de la mano.

—¿Es este el motivo por el que me abandonaste? ¿Por culpa de mi sangre maldita? —dijo alzando la mano manchada de rojo.

—Largo de aquí —aulló la mujer.

Mingxia empezó a verlo todo borroso, no sabía si a raíz de la rabia o de la sangre que le manaba de la herida de la frente. El perro, enredado entre sus piernas, no paraba de lloriquear.

—¿Tan mala era tu vida que preferiste vivir con un leproso? —preguntó.

—No se te ocurra volver —vociferó la mujer tras arrojarle una nueva piedra que le golpeó un hombro.

—Sé que eres mi madre —repitió Mingxia—. No es algo que puedas cambiar por mucho que me tires piedras.

Esta vez sí que se dio la vuelta y echó a correr por donde había venido. Corrió sin parar hasta que, tras tropezar con una raíz, acabó de rodillas. El perro le acarició el costado con el hocico repetidas veces, un gesto con el que parecía estar diciéndole que debía levantarse cuanto antes.

—Estúpido perro —le recriminó al animal—. No podías estarte callado, ¿verdad?

Mingxia le lanzó un puñado de guijarros al perro, que se limitó a gemir cada vez que una piedrecita le golpeaba el cuerpo.

—¿Por qué no te vas de una maldita vez? —gritó.

Cuando la única respuesta que obtuvo fue la de su propio eco, Mingxia dejó caer los brazos a los costados y se quedó de rodillas sin saber qué hacer. El perro aprovechó para acercarse con las orejas gachas. Tras convencerse de que la chica no lo apartaría de nuevo, le lamió los restos de barro, sangre y lágrimas que le manchaban el rostro.

Permanecieron así durante unos segundos. O quizás transcurrieran varios minutos o varias horas. ¿Segundos, minutos, horas? ¿Qué sentido tenía medir el paso del tiempo cuando existían madres que abandonaban sin más a sus hijos? Cuando Mingxia consiguió reunir

por fin las fuerzas necesarias para levantarse, le sorprendió la presencia de un hombre que se había detenido a su lado.

—¿Eres la hija de Wu Zonglou? —le preguntó el hombre con un siseo porque le faltaban casi todos los dientes delanteros.

Cuando Mingxia asintió con la cabeza, el hombre le dijo que había recibido un paquete.

—¿Un paquete? —Mingxia no pudo evitar que se le atragantaran las palabras.

—Hago las veces de cartero —explicó el hombre—. Como no estabas, lo dejé delante de la puerta.

—¿Quién me enviaría un paquete a esta dirección?

El cartero se encogió de hombros como diciendo que él solo se encargaba de repartir el correo.

—Debes saber que lo siento —añadió.

—¿Qué es lo que siente? —preguntó Mingxia.

—Siento lo que le ocurrió a tu padre.

—No son muchos los que piensan como usted.

—Es verdad que no somos muchos. —El cartero se encogió de nuevo de hombros. Era, sin duda, una de esas personas que dicen más con los gestos que con las palabras.

Mingxia dudó si hacer o no la siguiente pregunta, pero al final reunió el coraje necesario.

—¿Conoce al leproso?

—Sabes que nunca ha tenido lepra, ¿no es cierto?

—¿Qué sabe de su mujer?

El hombre se pasó la lengua por las encías desdentadas.

—Solo sé que una boda no convierte a dos personas en marido y mujer.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que es mejor olvidarse del pasado —se despidió el cartero con una sonrisa triste.

—Es difícil olvidarse del pasado cuando el pasado no tiene ninguna intención de olvidarse de ti —replicó Mingxia, pero sus quejas solo llegaron a oídos del perro porque el hombre había proseguido su camino.

Cuando Mingxia llegó a casa, lo primero que vio fue el paquete que el cartero había dejado delante de la puerta.

—¿De quién será? —le preguntó al perro.

El animal parecía haberla perdonado y, durante todo el recorrido, no había parado de olfatear el suelo, las hojas secas, las raíces de los árboles, los tallos de las plantas.

El paquete estaba dirigido a ella. Como dirección solo habían indicado el nombre del pueblo, pero había sido más que suficiente para que llegara a su destino.

Mingxia desgarró el papel marrón con el que estaba envuelto y casi da un brinco cuando una muñeca con tirabuzones dorados le sonrió del interior de una caja. Dos mil muñecas al día, se acordaba bien, ni una menos, hasta que las máquinas de la fábrica se detenían. Las manos le empezaron a temblar tanto que casi se le cae el paquete al suelo.

Con cinta adhesiva, habían pegado una tarjeta de color rojo a la caja. Se trataba de una invitación de boda. Sin que pudiera controlar el temblor de sus manos, atinó a leer el nombre de Cao Chunmei. Por lo que pudo deducir, su amiga había accedido a casarse con el hombre que había elegido su familia.

Por primera vez, Mingxia se percató de que existía al menos una persona que conocía su verdadero nombre. Chunmei lo sabía todo acerca de ella porque había visto su carné de identidad. No el carné que le había robado a Jiang Linlin, sino el de Wu Mingxia.

Cuando abrió la puerta de su casa, entró con pasos vacilantes y dejó la caja sobre la mesita.

Si Chunmei había podido dar con ella, ¿no podría Lao Changfu encontrarla también?

Quizás no fuera tan mala idea irse, como había sugerido la madre de Feihong. No podría volver a ser Jiang Linlin, pero a lo mejor había llegado el momento de ponerse la piel de otra persona. Echaba de menos ser Jiang Linlin, que trabajaba cerca de doce horas al día. Echaba incluso de menos ser Rongrong, que se obligaba a reír con cada una de las tonterías que decían los clientes del bar de karaoke. La persona que más odiaba era Wu Mingxia con su sangre maldita.

El único espejo de la casa le devolvió el reflejo de un rostro sucio. Mingxia se llevó una mano a la frente. La herida que su madre le había hecho con una piedra había dejado de sangrar. Con un dedo, se echó el pelo del flequillo hacia delante para cubrir la herida.

Cuando apagó la luz para acostarse, la muñeca parecía alumbrar toda la habitación como si un fulgor escapara de su interior. Sin poder dormir, recorrió las manchas de humedad del techo. Una de ellas captó su atención. La mancha tenía la apariencia de un dragón con las alas desplegadas.

26

Por la mañana, nada más despertarse, lo primero que Mingxia hizo fue sacar su mochila del armario. Tras una duermevela inquieta, había llegado a la conclusión de que, dado que existía al menos una persona que conocía su paradero, no pasaría mucho tiempo antes de que Lao Changfu la encontrara. Pensó que lo más sensato era huir a un lugar donde nadie pudiera reconocerla. Sin embargo, desistió a los pocos minutos. No podía irse aún, no sin antes averiguar quién había asesinado a su padre. ¿Qué ocurriría además con las tierras? Por nada del mundo quería que Wu Congfa acabara apropiándose de ellas.

—¿Estás dispuesto a protegerme si me quedo? —le preguntó al perro, que le había hecho compañía toda la noche. Mingxia se había sentido tan reconfortada que, más de una vez, cuando cesaban los ronquidos del animal, había movido los pies para asegurarse de que continuaba a su lado.

Mingxia dejó la mochila sobre la mesita, junto a la caja de la muñeca.

Con los dedos de una mano, se peinó el pelo. Estaba grasiento y se le habían formado nudos. ¿Cuándo se lo había lavado la última vez? Sin que los ojos de la muñeca dejaran de seguirla por toda la habitación, llenó una palangana con el agua que le quedaba. Tendría que ir pronto al pozo a por más.

Mingxia se colocó de cuclillas al lado de la palangana y agachó la cabeza. Su larga melena se derramó sobre el agua como un torrente negro. Con una mano a modo de cuenco, se fue humedeciendo el pelo sin importarle que el agua fría le resbalase por la cara. Cuando quedó satisfecha, cogió a ciegas una pastilla de jabón y comenzó a restregarse el cuero cabelludo. El jabón podría ser de color violeta, pero no olía a jazmín ni a nada por el estilo, sino más bien a incienso barato.

La puerta de su casa se abrió justo entonces con un gemido.

Mingxia soltó sin querer la pastilla de jabón, que cayó dentro de la palangana salpicando todo a su alrededor.

¿Lao Changfu? ¿Tan pronto? ¿Por qué había sido tan ilusa como para creer que podría huir de él?

Unos pasos se aproximaron.

Mingxia no se atrevió a levantar la mirada. Continuó como estaba

con la cabeza gacha, igual que el condenado a muerte que sabe que no puede escapar del fusil que le apunta al pecho. Quizás su abuelo había sentido lo mismo antes de que lo fusilaran.

Los pasos se detuvieron a unos centímetros de la palangana. Por la cortina de pelo que le caía delante de los ojos, distinguió unas zapatillas de deporte embarradas.

—Lo estás mojando todo —dijo la voz de un hombre—. Deja que te ayude.

Mingxia hubiera preferido que se tratara de Lao Changfu porque, cuando Feihong se acuclilló delante de ella, apenas pudo contener la pirueta que realizó su corazón.

—¿Cómo te dejó pasar el perro? —preguntó izando apenas la cabeza. El pelo mojado se le pegó al rostro y tuvo que apartarlo con una mano.

—¿Me creerías si te digo que lo soborné con un pedazo de carne? —Feihong cogió la pastilla de jabón—. Baja la cabeza.

—Será mejor que te marches.

—Baja la cabeza —le ordenó de nuevo el chico.

Feihong le frotó primero la parte de atrás de la cabeza con la pastilla de jabón. Con las yemas de los dedos, le masajeó después el cuero cabelludo. Mingxia no pudo hacer otra cosa que seguir con la mirada los chorros de agua espumosa que descendían por su pelo hasta formar una cascada blanca.

—No creo que a tu prometida le guste que le laves el pelo a otra chica —dijo al cabo de un rato porque el silencio entre los dos se hizo insoportable.

—Me da igual lo que piense.

—Supongo que estarás contento.

—¿Por qué iba a estar contento? —Los dedos de Feihong no paraban de moverse.

—Porque es guapa.

—Sí que es guapa.

—¿Quién crees que mató a mi padre? —preguntó Mingxia de sopetón porque las palabras de Feihong le habían dolido más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—¿Por qué estás tan segura de que no fue un accidente?

Feihong ahuecó una mano y, con cuidado, fue dejando caer el agua sobre la cabeza de la chica.

—No me cabe ninguna duda de que lo mataron, pero no sé quién pudo haber sido —respondió Mingxia—. Son muchos los que tenían un motivo, incluido tú.

—¿Crees que sería capaz de asesinar a alguien?

—¿Por qué no? Hasta tu madre podría ser la culpable.

—Mi madre se está quedando ciega. ¿Cómo iba a matar a nadie?

Tras enjuagarle por completo el pelo, Feihong empezó a secárselo con una toalla pequeña.

Mingxia se levantó con tanta brusquedad que casi vuelca la palangana con un pie. El cabello húmedo le mojó la espalda de la blusa que llevaba puesta.

—Supongo que no has venido para lavarme el pelo.

El chico se levantó también sin despegar ni por un momento la mirada del rostro de Mingxia.

—No creo que seamos hermanos. Si me das tiempo, te demostraré que no es verdad que estemos emparentados.

—¿Quieres decir que tu madre nos ha mentido?

—Dame tiempo, ¿de acuerdo?

—No sé si podré darte el tiempo que necesitas.

—¿Por qué no? ¿Tienes pensado marcharte de nuevo? —preguntó Feihong, quizás porque acababa de percatarse de la mochila a medio llenar que Mingxia había dejado sobre la mesita.

—¿Qué pasa si tengo pensado irme? No te debo ninguna explicación.

Feihong dio un paso hacia la mesita y cogió la caja con la muñeca de plástico.

—Nunca me hubiera imaginado que siguieras jugando con muñecas.

Mingxia le arrancó la caja de las manos.

—No lo sabes todo de mí.

Unos ladridos se colaron justo entonces por la puerta.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Feihong.

—Claro que no espero a nadie.

Feihong salió con pasos de gigante. Mingxia, tras dejar la caja de nuevo sobre la mesita, se apresuró a salir también. Una vez fuera, se vio obligada a entrecerrar los ojos porque la niebla de la mañana se había disipado y la claridad era cegadora. Por suerte, se trataba de Wu Tao, que intentaba apaciguar al perro con gestos tranquilizadores.

—Te sigue a todos lados —dijo.

—No es a mí a quien está siguiendo. —Feihong, con el rostro crispado, avanzó deprisa hacia donde estaba el hombre.

—¿Qué tienes pensado hacer?

—Quiero asegurarme de que no te moleste más.

—No le hagas daño —rogó Mingxia—; es el único que sabe quién mató a mi padre.

—Es el idiota del pueblo. ¿Qué va a saber?

Cuando el chico llegó a la altura de Wu Tao, le propinó un fuerte empujón.

—No me pegues —aulló el hombre mientras se golpeaba la cabeza con las manos.

—Lo haré si vuelvo a verte rondando por aquí.

—No me pegues.

Wu Tao echó a correr antes de que Feihong pudiera darle otro empujón.

El perro corrió detrás del hombre sin parar de ladrar. Continuó ladrando hasta que la figura rechoncha de Wu Tao no fue más que un bulto irreconocible.

—No deberías haberlo asustado —se quejó Mingxia.

—Es mejor así. De lo contrario, podría intentar atacarte de nuevo.

—¿De verdad crees que es peligroso?

Feihong no contestó de inmediato.

—Una compañía itinerante va a representar una ópera este sábado —dijo al cabo de unos segundos de silencio—. Prométeme que vendrás.

Mingxia no pudo hacer otra cosa que asentir con la cabeza porque estaba demasiado cansada como para seguir discutiendo con él.

Feihong dudó un instante, como si quisiera decir algo más.

—¿Por qué no te olvidas de todo? —suplicó por fin.

—Si hubiesen asesinado a tu madre, ¿podrías hacerlo? ¿Olvidarte de todo?

—¿No te has parado a pensar que quizás es lo que tu padre hubiera querido?

—Da igual lo que hubiera querido. —Mingxia sacó la foto de su madre de uno de los bolsillos de su pantalón—. ¿Sabes que me mintió toda mi vida?

—¿Quién es? —preguntó Feihong tras observar la foto con detenimiento.

—Mi madre.

—¿Tu madre? ¿Por qué me resulta familiar?

—Te resulta familiar porque es la mujer del leproso. ¿Te acuerdas de cuando íbamos a tirar piedras a su tejado?

—¿Tu madre es la mujer del leproso?

—Ha vivido todo este tiempo a solo unos kilómetros de distancia —se lamentó Mingxia—. ¿Tanto me odia que no podía decírmelo?

—Tendría sus motivos. Ni siquiera el tigre más cruel devoraría a sus propios cachorros.

—Quizás mi madre sea peor que un tigre.

—¿Crees que puede haber tenido algo que ver con la muerte de tu padre?

Sin saber qué responder, Mingxia se dio la vuelta para regresar a su casa.

—Ponte una tirita —gritó Feihong a su espalda.

—¿Una tirita?

El chico se señaló la frente. Cuando Mingxia se tocó su propia

frente, notó algo húmedo. La herida que le había ocasionado la pedrada se había abierto y sangraba de nuevo.

27

Hasta ahora, Mingxia nunca había entendido el amor que su padre sentía por la tierra. Siempre decía que todo lo que era provenía de esas dos terrazas que cultivaba de sol a sol hasta que le dolía tanto la espalda que ni siquiera era capaz de levantar la azada. «La tierra es mi vida», no se cansaba de decir. Quizás su alma había acabado mezclándose con la tierra que tanto amaba. Cosas más extrañas habían ocurrido.

Mingxia cogió un puñado de barro que desmenuzó poco a poco entre los dedos. Cuando se llevó los dedos a la nariz, el olor era tan familiar que no se hubiera sorprendido de que su padre apareciese de repente con una azada al hombro.

Su intención esa mañana había sido reparar el dique roto, pero al ver la piedra que había matado a su padre, no se sintió con ganas de hacer nada. Por ridículo que fuera, echaba de menos la compañía del perro, que había desaparecido tras avistar un conejo.

—Me gustaría que me invitaras a un té, pero quizás no sea el mejor momento —dijo de pronto alguien.

Un anciano con un bastón enclenque la observaba desde el sendero con unos ojos tan negros, hundidos y astutos como los de un mono. Cuando el hombre se atusó los pelos de su barba rala, Mingxia se acordó de quién era. Se trataba del anciano con la espalda encorvada como la de un dromedario que la había defendido frente al alcalde.

—Cualquier momento es bueno para tomar té. ¿Por qué no me acompaña a casa?

El hombre caminaba despacio. Con la mano derecha aferraba el bastón; la mano izquierda la posó sobre el hombro de la chica. Cada dos o tres pasos se detenía a descansar como si evaluara lo que había avanzado hasta entonces y lo que aún le quedaba por recorrer.

—Debería presentarme. Todos me llaman Xiao Bin —dijo el anciano durante uno de estos descansos.

Como *xiao* significa «pequeño», era de suponer que habría habido alguien de más edad con su mismo nombre.

Cuando por fin llegaron a la cabaña, el anciano se desplomó sobre un taburete mientras Mingxia ponía un cazo de agua a calentar.

—El té no se prepara así. —Los dedos deformados por la artrosis de Xiao Bin se cerraron alrededor de la taza humeante que le sirvió la

chica como si fueran las garras de un pájaro.

—No es la primera persona que me lo dice —respondió Mingxia—, pero no sé hacerlo de otra forma.

—Nunca es tarde para aprender. Si aún no me he muerto, podría enseñarte la próxima vez que venga a visitarte —bromeó Xiao Bin.

—Me imagino que no ha venido solo para beber té.

—¿Quién crees que mató a tu padre? —preguntó el anciano tras sorber un poco de la infusión.

—No sé quién pudo haber sido, pero no pararé hasta que sepa qué ocurrió.

—El camino que has elegido está lleno de peligros. Es fácil esquivar la lanza que uno ve venir, pero difícil protegerse de la flecha que dispara alguien que está escondido.

—El que no se atreve a asaltar la guarida del tigre, nunca podrá capturar al cachorro —replicó Mingxia con otro dicho popular.

El hombre se carcajeó hasta que le sobrevino una tos que hizo temblar su cuerpo enjuto.

—No conviene hacer reír a una persona de mi edad —dijo tras depositar la taza sobre la mesita.

—Creo que es momento de que me diga a qué ha venido.

—Tu padre discutió con alguien el día antes de morir. —Xiao Bin comenzó a tirarse de los pelos de la barba como si solo así pudiera encontrar las palabras adecuadas.

—¿Con quién?

—Con el alcalde. Tu padre no había pisado el pueblo desde que lo echaron, pero esa mañana fue a la casa del alcalde.

—¿De qué discutieron?

—Cuando las personas envejecen o las perlas se tornan amarillas, no existe medicina alguna que las cure. ¿Crees que oigo tan bien como antes?

—¿Quiere decir que no escuchó de qué discutieron?

—Quiero decir que, aunque no oiga del todo bien, no me he vuelto sordo como muchos creen —aclaró el hombre—. Por suerte, pasaba cerca cuando el alcalde amenazó a tu padre con romperle la cabeza.

—Creo que mi padre murió porque le golpearon la cabeza con una piedra —musitó Mingxia.

El anciano miró a la chica con sus astutos ojos de mono.

—Cuando trajeron el cuerpo de tu padre al pueblo, el alcalde no permitió que nadie lo viera. El caballo viejo siempre sabe el camino. Si quieres mi opinión, te diría que el alcalde tuvo algo que ver.

—¿Por qué querría el alcalde matar a mi padre?

—Por odio, por supuesto.

—¿Qué mal le haría mi padre para que lo odiase tanto?

Xiao Bin cerró los ojos unos segundos sin dejar de atusarse los

pelos de la barba.

—¿Por qué no me sirves otra taza de té? —pidió.

—Pensé que no le gustaba.

—Dije que así no se preparaba, no que no me gustase.

—¿Por qué me está ayudando? —Mingxia le sirvió una segunda taza de té.

—Porque tu abuelo era un buen hombre.

El anciano se bebió el contenido de la taza de un golpe. Cuando se levantó del taburete, todos y cada uno de sus huesos crujieron por el esfuerzo.

—¿Quiere que lo acompañe de regreso al pueblo? —Mingxia le acercó el bastón.

—No es necesario, mi sobrino me llevará.

—¿Cómo? —quiso saber Mingxia porque los coches no podían transitar por el sendero.

—Con una moto, por supuesto.

Si las circunstancias fueran otras, Mingxia se hubiera echado a reír al imaginarse al anciano trepado a una moto.

—Gracias por haber venido —dijo.

—No sé si te he hecho un favor o no contándote esto —replicó el hombre—. La liebre astuta tiene tres madrigueras. ¿Cuántas madrigueras tienes a tu disposición?

—Las que hagan falta.

—Espero que sea verdad.

El anciano salió con paso tambaleante de la casa y casi pierde el equilibrio cuando el perro, que había regresado de sus aventuras, se tumbó bocarriba para pedir que lo acariciasen.

—Es la primera vez que se muestra cariñoso con alguien —se asombró Mingxia.

Xiao Bin se agachó como pudo para acariciar la barriga del perro.

—Siempre fuiste un buen chico —le susurró al animal—. Tu padre estaría orgulloso de ti.

—¿Conoce al perro? —preguntó Mingxia con curiosidad.

—Desde que nació.

Cerca de la entrada del sendero, un hombre hizo acelerar el motor de su escúter con un giro de la mano derecha. La rueda trasera de la moto levantó una nube rojiza de polvo.

28

Ese sábado era la cita con Feihong. Mingxia no tenía pensado ir, pero cambió de decisión tras su charla con el anciano porque sabía que casi todo el pueblo acudiría, incluido el alcalde.

La mañana del sábado, lo primero que hizo fue reparar el dique que Wu Congfa había destruido. Necesitó varias horas para reconstruir la pared de arcilla y rehacer los aliviaderos que permitían evacuar el exceso de agua hacia la terraza de abajo. Seguía sin saber cómo iba a arar la tierra sin el viejo búfalo, pero tenía otros asuntos de los que preocuparse de momento.

Lo segundo que hizo fue guardar la piedra que había matado a su padre dentro de una bolsa de plástico. Cuando cogió la piedra, con una mancha oscura que bien podría ser de sangre, advirtió que pesaba más de lo que parecía. O quizás no pesara más de unos pocos cientos de gramos, pero tuvo la sensación de que estaba hecha de hierro macizo.

Cuando regresó a casa a eso del mediodía, se limpió bien el cuello, los brazos, las piernas. Se preocupó incluso de eliminar por completo la suciedad acumulada debajo de las uñas. Para acudir a su cita, se puso el vestido rojo que le había prestado Jiang Linlin, el mismo con el que había huido de la ciudad, el mismo que tanto había disgustado a Feihong la primera vez que fue al pueblo.

Con los labios pintados también de rojo, salió de casa con la bolsa de plástico bien apretada contra el pecho porque temía que las asas se rompieran de un momento a otro.

—Quédate —le ordenó al perro, que aguardaba como siempre delante de la puerta.

El animal, por supuesto, no obedeció, sino que se limitó a seguirla tras rascarse el morro. Dado que por más que se lo ordenara el perro no tenía ninguna intención de quedarse atrás, Mingxia se vio obligada a encerrarlo dentro del cobertizo. Sus ladridos se vieron multiplicados por el eco que producían al rebotar contra la ladera de enfrente. Cualquiera hubiera pensado que una jauría deambulaba por el valle.

Las piedras del camino resbalaban por culpa del barro, por lo que Mingxia bajó con cuidado para no caerse. Feihong no le había dicho dónde iba a ser la representación de ópera, pero no importaba porque lo único que tenía que hacer era buscar el origen de la música. El

sonido de los címbalos y de los tambores ascendía desde el fondo del valle con el mismo abandono que la niebla matutina.

El escenario, que habían montado cerca de la parada de autobús, estaba adornado con linternas de papel que se mecían con la brisa. Una multitud observaba a un actor con la cara pintada de rojo que daba una pirueta tras otra. Unos trazos negros acentuaban sus cejas, sus ojos y su boca dándole un aspecto feroz. Los espectadores aplaudieron a rabiar cuando el actor se despidió con un salto mortal. Un segundo actor, con una máscara amarilla, comenzó de inmediato a cantar con una voz estridente mientras hacía oscilar una lanza de un lado a otro. Por el color de su rostro, lo más probable era que se tratase de un personaje traicionero. Cada color simboliza un rasgo diferente. El rojo, por ejemplo, es el color del heroísmo, la inteligencia, la lealtad. El amarillo, sin embargo, suele representar al villano, por lo que es el color de la malicia. No había ningún espectador que no supiese que el héroe de rojo y el villano de amarillo acabarían enfrentándose antes del final de la obra.

Mientras avanzaba hacia la explanada donde habían erigido el escenario, Mingxia pensó que resultaba apropiado que se hubiera puesto el vestido rojo, aunque no creía ser ninguna heroína. De lo que sí estaba segura era de que esa tarde se enfrentaría al villano de su propia historia, fuera vestido o no de amarillo. La brisa hizo que se le erizara la piel de los brazos. Con resolución, apretó aún más la bolsa contra el pecho.

La voz del actor apenas podía oírse por encima de la música que despedían los altavoces colocados a ambos lados del escenario. Los címbalos y los tambores dieron paso a las flautas y a los instrumentos de cuerda. El actor continuó moviéndose por el escenario sin dejar de cantar mientras los espectadores esperaban impacientes la siguiente tanda de acrobacias.

—Sinvergüenza —dijo de repente una voz.

Cuando Mingxia se giró para averiguar de quién se trataba, casi se da de bruces con la prometida de Feihong.

—Me alegro de que, por fin, te decidas a defender lo que te pertenece —replicó.

Los labios finos de Yang Xiamin comenzaron a temblar como si buscaran, sin éxito, qué decir a continuación.

Sonaron de nuevo los aplausos de los espectadores cuando el actor con la cara pintada de rojo apareció con una espada ancha.

Mingxia intentó proseguir su camino hacia el escenario, pero sus pasos se vieron interrumpidos esta vez por la madre de Feihong.

—¿Cómo te atreves a presentarte aquí? —gruñó la mujer.

—¿Quién se cree que es para decirme dónde puedo o no puedo ir?

—No permitiré que me faltes al respeto.

La señora Jin levantó la mano para pegarle un cachetón. Debía de ser cierto que se estaba quedando ciega porque la palma abierta de su mano apenas rozó la oreja de la chica. La mujer pretendió abofetearla de nuevo, pero Mingxia dio un paso atrás para colocarse fuera de su alcance.

Las flautas y los instrumentos de cuerda enmudecieron. Cuando los címbalos volvieron a sonar, los dos actores, el héroe y el villano, empezaron a dar piruetas a la par que se amenazaban con sus armas. Los movimientos de sus piernas y de sus brazos estaban sincronizados con los golpes de los címbalos, cada vez más rápidos.

Unos pocos curiosos se sintieron de pronto más atraídos por la confrontación que estaba teniendo lugar entre las tres mujeres que por la batalla del escenario.

Mingxia apretó aún más la bolsa contra el pecho. Si debía empujar a las dos mujeres que obstaculizaban su camino, que así fuera.

Los dedos de Feihong se cerraron de repente alrededor de su brazo.

—No lo hagas —rogó la señora Jin cuando vio cómo su hijo se alejaba con Mingxia.

La espada del héroe y la lanza del villano se entrecruzaban una y otra vez al compás de los címbalos.

Feihong apartó uno a uno a los consternados espectadores hasta alcanzar las sillas colocadas delante del escenario. La multitud olía a las camisas, las blusas, los pantalones y las faldas que habían estrenado para celebrar la llegada del nuevo año.

La silla del centro estaba ocupada por el alcalde que, a diferencia del villano que intentaba agredir al héroe con su lanza, no iba vestido de amarillo. Su mujer, diminuta y con un lunar entre las cejas del que brotaban tres pelos, estaba sentada a su lado.

Feihong se plantó delante del alcalde sin importarle los murmullos que empezaron a oírse.

—Te presento a mi padre —dijo.

—¿Tu padre? —preguntó Mingxia porque no creía haber oído bien por encima del bumbum de los tambores.

—Sí, mi verdadero padre.

El alcalde se levantó con el rostro contraído por la furia.

—¿De qué habla? —balbució su mujer. Los tres pelos de su lunar estaban tan tiesos que parecían haberse electrificado.

—Tonterías, cariño —intentó tranquilizarla su marido antes de mirar con desprecio a Mingxia—. Tendría que haberme imaginado que ocasionarías tantos problemas como tu padre. Una serpiente no puede sobrevivir sin cabeza. ¿Quieres acabar como tu padre con la cabeza cortada?

El héroe de rojo acorraló con su espada al villano de amarillo. Cuando estaba a punto de asestarle una herida mortal a su enemigo,

Mingxia sacó la piedra de la bolsa de plástico, que voló hasta el escenario. Con toda la fuerza que pudo reunir, atizó la cabeza del alcalde con la piedra.

El momento del impacto coincidió con un golpe de los címbalos.

¡Clang!

El alcalde se tambaleó hacia atrás al mismo tiempo que el héroe de rojo hería mortalmente al villano de amarillo. Por fortuna, la silla lo salvó de una caída segura. Despatarrado sobre el asiento, el hombre se llevó una mano a un lado de la cabeza, de donde manaba un chorro de sangre que le escurría por detrás de la oreja. Las pupilas se le agrandaron. Su rostro palideció hasta que se tornó igual de blanco que la clara de un huevo. Dio la impresión de querer decir algo, pero su cabeza se derrumbó hacia delante como si el cuello estuviera hecho de trapo.

La mujer del alcalde emitió un aullido que sonó por encima de la música de los altavoces.

—Has matado a mi marido —bramó mientras apuntaba a Mingxia con un dedo.

La atención de todos los espectadores se dirigió por fin a la fila de sillas. El héroe de rojo se detuvo antes de completar sus piruetas. Hasta el villano de amarillo se acercó al borde del escenario para averiguar qué estaba ocurriendo.

Mingxia dejó caer la piedra, que quedó a los pies del cuerpo inconsciente del alcalde. No podía dejar de mirar el chorro de sangre que había empezado a manchar el cuello de la camisa del hombre. Todo a su alrededor era silencio. La mujer del alcalde movía la boca sin que pudiera oír lo que decía. La música de los altavoces era apenas un zumbido lejano. Los gritos de la gente enmudecían antes de llegar a sus oídos. Solo una voz consiguió romper la quietud.

—Corre —dijo alguien.

Como le ordenaba la voz, Mingxia echó a correr. Corrió hasta que le faltó el aire, hasta que le fallaron las piernas, hasta que la visión se le oscureció. Más de una vez, su vestido se enredó con unas ramas. Trastabilló con una piedra y quedó a cuatro patas, pero consiguió levantarse de nuevo.

Con la respiración entrecortada, se recostó contra el tronco de un árbol para recuperar el aliento. Las sienes le latían al mismo ritmo alocado que el corazón.

—¿Estás loca? —gritó la misma persona que le había ordenado que corriera—. ¿Qué vas a hacer si el alcalde está muerto?

Mingxia sintió unas arcadas que la obligaron a postrarse de rodillas. Las náuseas no cesaron hasta que vomitó todo el contenido de su estómago. No sabía si las ganas de vomitar se debían al esfuerzo de la carrera o al recuerdo de la sangre manchando la camisa del alcalde.

Todo el día se había estado convenciendo a sí misma de que lo único que pretendía era mostrarle la piedra al alcalde para sonsacarle la verdad. Cuando el hombre se burló de ella, sin embargo, no pudo reprimir las ganas de golpear su cabeza con la misma piedra que había matado a su padre.

Unos dedos le apartaron el pelo de la cara para que no acabara pringado por el vómito.

Cuando levantó la mirada, se encontró con el rostro preocupado de Feihong.

—El alcalde tuvo algo que ver con la muerte de mi padre —susurró tras limpiarse la boca con el dorso de la mano.

—¿Nunca te enseñaron que es necesario abrir el melón para ver las semillas del interior? —Feihong izó los brazos, un gesto de impotencia que acompañó con un resoplido—. Sin tener pruebas, no puedes ir por ahí acusando a la gente.

Mingxia se acordó de las palabras que había dicho el chico justo antes de que atacara al alcalde.

—¿De verdad es tu padre?

—Mi madre nos mintió.

—¿Por qué lo haría?

—El alcalde es un hombre ambicioso —aclaró Feihong—. Supongo que tener un hijo bastardo no le hubiera acarreado sino problemas con su mujer. Por lo que me he podido enterar, sus ambiciones políticas dependen del respaldo económico de sus suegros.

—¿Por qué hicieron creer a todo el mundo que el culpable era mi padre?

—Pensarían que era el chivo expiatorio perfecto.

Mingxia bajó la mirada para observar el entramado de arterias y venas de sus muñecas. La sangre, tras ser bombeada por el corazón, circulaba por las arterias para alimentar los músculos del antebrazo, de la mano, de los dedos. Después, las venas recogían la sangre sin oxígeno para conducirla de nuevo al corazón y a los pulmones. Por culpa de las mentiras de otros, había creído que la sangre que había heredado de su padre estaba maldita. Con quien estaba más enfadada, no obstante, era con su padre por haber permitido que le destrozaran la vida. ¿Por qué no había hecho nada para limpiar su nombre?

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó.

—Lo sospechaba desde hacía tiempo, pero no fue hasta esta misma mañana que conseguí que mi madre me confesara la verdad.

—No puedo creerme que mi padre muriera por las ambiciones políticas de un hombre.

—Es cierto que el alcalde no ganaría el premio a la persona del año, pero no tienes ninguna prueba de que matara a tu padre. ¿Por qué no aceptas que pudo haber sido un accidente?

Feihong acercó su rostro al de Mingxia. Con desesperación, como el sediento al que, de pronto, le ofrecen un vaso de agua, pegó su boca a la de la chica.

Mingxia desvió la cara de inmediato a pesar de que le hubiese gustado quedarse así para siempre, con sus labios pegados a los del chico, unos labios que sabían a moras salvajes.

—¿Por qué? —exigió Feihong.

—No ha cambiado nada.

—Por supuesto que todo ha cambiado.

—Te repito que no ha cambiado nada.

—Eres cruel —musitó Feihong—. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, pero no me gustan los hombres bajos.

Mingxia apartó al chico con un empujón y echó a correr de nuevo. Le pareció oír unos pasos a su espalda, la voz quebrada de Feihong que le rogaba que se detuviera. Casi a ciegas, corrió sin parar hasta que, por fin, logró dejar atrás al chico. Solo una vez antes había corrido tanto, cuando escapó del hotel al que había ido con Lao Changfu.

Había anochecido y una luna raquítica creaba sombras tenebrosas a su alrededor. Consciente de que quizás no fuera una buena idea, continuó corriendo hasta que alcanzó una casa que, ojalá, le ofreciera el refugio que tanto ansiaba. Golpeó la puerta con los nudillos, una y otra vez. La luz de una bombilla la cegó durante un instante cuando la puerta se abrió.

—No me eches —suplicó con la voz ahogada por el esfuerzo mientras abrazaba a su madre con la desesperación de un náufrago que lleva días a la deriva. Sin embargo, se vio obligada a dar un paso atrás porque, de pronto, la mujer se revolvió con violencia.

—No se te ocurra volver por aquí —le espetó su madre antes de cerrar la puerta.

Mingxia se quedó mirando la madera resquebrajada de la puerta hasta que sus piernas flaquearon como si no fueran más que dos fideos cocinados.

29

La confesión de Wu Tao

Nunca he tenido buena suerte, ni siquiera al morir. Hubiera preferido mil veces que me mataran de un disparo o de una cuchillada. Pero no, mi atacante me estranguló con un cable hasta que mis pulmones explotaron por la falta de aire. Por cierto, ¿podrá explotar un pulmón? El cable se lo sacó de un bolsillo de la chaqueta, como si fuera algo que llevara siempre consigo. Un cable del mismo azul que los ojos de los actores americanos. Quizás fuese estrangulador profesional, porque la gente normal no suele acarrear cables azules ni de ningún otro color.

Supongo que mi abuela se escandalizará al ver las marcas de mi cuello. Con lo preocupada que siempre estaba de que mi piel no tuviera marcas ni cicatrices de ningún tipo. Cuando me caía, lo que hacía antes de nada era embadurnarme la herida con una pomada para que cicatrizara bien.

Mi abuela es quien más me quiere. Cada vez que me regañaba por algo, me contaba lo listo que era de pequeño. Con solo cuatro años, podía escribir hasta cien caracteres, los trazos primero de arriba abajo y, después, de izquierda a derecha dentro de un cuadrado imaginario. Me gusta el carácter que significa «persona». Si le dibujas un círculo arriba y unos zapatos al final de los dos trazos curvos, puedes imaginarte que se trata de verdad de una persona andando.

Cuando mi abuela me decía lo listo que era, lanzaba un suspiro tan largo que parecía que su cuerpo se estuviera desinflando como si fuera la rueda de una bicicleta pinchada. Es posible que consiguiera aprender cien caracteres cuando era niño, pero cuarenta años después, no puedo leer ni los titulares de los periódicos. Lo único que sé es que mi cabeza va más despacio que la de los demás. Me cuesta encadenar una palabra con otra y, cuando por fin sé qué decir, suele ser demasiado tarde. Menos mal que dicen que más vale caminar diez mil kilómetros que leer diez mil libros. El problema es que creo que me he muerto sin haber caminado lo suficiente.

Mi padre no me quiere tanto como mi abuela. Siempre se queja de que solo sé hacer cosas inútiles. Por ejemplo, sé preparar el té mejor que nadie. Mi abuela me enseñó cada uno de los pasos de la ceremonia. Hace falta una tetera, unos cuencos, una bandeja y un

buen té a granel. Primero debe calentarse el agua hasta la temperatura deseada. Después de mostrar las hojas secas a la persona a la que estás preparando el té para que aprecie su calidad, es necesario enjuagar la tetera y los cuencos con agua caliente. Es entonces cuando se ponen las hojas dentro de la tetera. El siguiente paso es llenar la tetera con agua, taparla y verter más agua por encima para mantener la temperatura. Esta primera infusión debe desecharse porque solo sirve para lavar las hojas. La segunda infusión es la que se bebe tras dejar reposar el té un rato.

Cada vez que mi padre se quejaba, hacía oídos sordos porque no es culpa mía que sea estúpido. Mi abuela está convencida de que me volví estúpido poco después de cumplir cuatro años por culpa de un espíritu maligno. Supongo que será cierto, porque mi abuela no dice mentiras. ¿Tendría el espíritu los iris rojos como la cresta de un gallo? Cuando me afeitaba, siempre me miraba el blanco de los ojos para asegurarme de que no volvía a estar poseído por un espíritu maligno. Me dijeron una vez que los poseídos tienen los ojos amarillos. Quizás no sea verdad, pero es preferible actuar con cautela. Eso sí, poseído o no, nunca me gustó ser el idiota del pueblo. Por lo visto, todos los pueblos tienen uno o dos idiotas. Mi pueblo solo tiene uno. O tenía uno, porque no sé qué ocurrirá ahora que me he muerto. ¿Se quedará el pueblo sin su idiota oficial?

Mi abuela es la única que se entristecerá con mi muerte. «¿Quién se va a casar contigo?», se lamentaba cuando le llevaba un vaso de leche caliente. Siempre quiso tener biznietos, pero quizás sea mejor así porque, con mi mala suerte, seguro que mis hijos hubieran heredado mi estupidez. Me gusta como huele mi abuela. Huele a leche agria, igual que los bebés. También huele como el interior de un armario que hubiese estado cerrado durante mucho tiempo. Cuando mi padre me perseguía con una vara de bambú para pegarme, me escondía dentro del armario donde mi abuela guarda la ropa con la que quiere que la entierren. Por eso me gustan los armarios cerrados, porque son el mejor lugar para esconderse.

Después de todas las veces que mi abuela se quejaba de que iba a morirse de un momento a otro, resulta que me van a enterrar primero a mí. ¿Lo harán dentro del ataúd que mandó construir? Cada vez que iba a su cuarto, no podía dejar de mirar el ataúd de madera. Debía de ser caro. Lo digo porque mi abuela nunca se hubiera conformado con uno barato.

Supongo que mi padre no me echará de menos. Cuando me castigaba porque me había portado mal, elegía una frondosa caña de bambú a la que le quitaba todas las ramas excepto las de un extremo. Me ordenaba que me arremangara los pantalones y me atizaba las pantorrillas hasta que se me quedaban entumecidas por el dolor. De

estar viva, puede que mi madre sí que me hubiese echado de menos. Mi madre murió hace muchos años. Espero que no muriera de pena por tener un hijo idiota. Cada año que pasa me cuesta más recordar su rostro.

Se me acaba de ocurrir que es posible que no me entierren, sino que quemen mis restos. Lo digo por el hecho de haber estado poseído. No me gustaría que me quemaran. Si he de ser sincero, preferiría que me enterrasen, aunque fuera sin ataúd ni nada. Bastaría con que envolvieran mi cuerpo con una manta. Hace años me contaron la historia de una mujer a la que quemaron viva. Por lo visto, estaba poseída por el espíritu de un dragón maligno. Una noche tormentosa, un dragón maligno descendió del cielo. El que me contó la historia afirmaba haber avistado la cabeza del dragón semioculta por una nube. También me contó que la cola de la criatura brillaba tanto como el oro. Tras ser poseída por el dragón, la mujer se volvió sordomuda. Me alegro de no haberme quedado sordomudo como esa mujer. De lo contrario, quizás hubiera acabado igual que ella. Cuando ni siquiera el chamán del pueblo pudo exorcizar el espíritu que la había poseído, sus vecinos decidieron quemarla viva. La ataron a un tablón, colocaron una buena pila de troncos a su alrededor, empaparon todo con queroseno y le prendieron fuego.

Mi abuela nunca permitiría que me quemaran por más que un espíritu maligno me hubiera poseído. Según ella, el culpable fue el espíritu de mi tío. Sé que a mi tío lo fusilaron hace muchos años, pero todo el mundo cree que su espíritu aún ronda por las afueras del pueblo. Los espíritus no pueden entrar dentro del pueblo gracias a la puerta sagrada. Por esta razón, lo más probable es que lo de la posesión ocurriera un día que me llevaban al mercado para comprarme una camiseta o unos zapatos nuevos.

Mi abuela me tiene prohibido mencionar el nombre de mi tío. Tampoco mi padre menciona nunca el nombre de su hermano. Me hubiera gustado tener un hermano con el que jugar. Sin embargo, ahora que lo pienso, si hubiese tenido un hermano listo, quizás mi abuela le hubiera querido más que a mí. No sé qué hubiese hecho si no fuera porque mi abuela me quiere tanto. Es gracias a ella que mis uñas son tan largas. No me permite cortarlas. Dice que tener las uñas largas es símbolo de riqueza. Los que trabajan cultivando la tierra no pueden tenerlas largas. Si las tuvieran, se les romperían. Cuando estaba vivo, no siempre me gustó tener las uñas largas porque se me ensuciaban con facilidad. He de reconocer que, al final, me sirvieron para defenderme de la persona que me atacó. Mientras mi atacante me apretaba el cuello con el cable azul, lo único que pude hacer fue arañarle el rostro.

Nunca había visto a ese hombre antes, con la cabeza rapada como

el culo de un mono. Solo sé que no podía permitir que le hiciera daño a Mingxia.

Cuando Mingxia escapó tras golpear al alcalde con una piedra, corrí detrás de ella porque me estaba aburriendo con la ópera. Mucho cantar y pocas acrobacias. El hombre con la cabeza rapada también corría detrás de Mingxia. Parecía el malo de una película de kungfú. Me gustan las películas de kungfú porque los actores hablan poco. De haber podido, me hubiera encantado trabajar como extra de este tipo de películas. Una vez intenté romper un ladrillo de un golpe, pero casi me fracturo la mano. Bruce Lee es mi actor de kungfú favorito, por supuesto. Mi escena preferida es cuando, rodeado por un grupo de más de veinte karatekas, se quita la camisa y comienza a pelear desnudo de cintura para arriba. Primero, pelea solo con los puños y con las piernas. Después, con uno de esos bastones dobles unidos por una cadena que no recuerdo cómo se llaman. Cuando una vez quise comprar uno, mi padre me quitó la idea a base de tortazos.

Espero que Mingxia haya podido huir del hombre con la cabeza rapada. Mingxia es mi cuarta persona preferida. Mi abuela es a quien más quiero, claro. Mi segunda persona preferida es Bruce Lee. Es una pena que muriera antes de que tuviese la oportunidad de conocerlo, pero basta con ver sus películas para saber que debía de ser buena gente. Mi tercera persona preferida es Feihong porque me enseñó a fumar. Dado que Feihong es mi tercera persona preferida, no me costó prometerle que nunca le contaría a nadie quién mató al padre de Mingxia. Me encanta guardar secretos, aunque más de una vez estuve tentado de contar la verdad. Me contuve porque no me gustaría que Feihong se pusiera triste por mi culpa.

Feihong también se hubiera entristecido si algo malo le pasase a Mingxia. Nunca me lo ha dicho, pero sé que Mingxia es la persona que más quiere. Por eso intenté salvarla, porque era evidente que el hombre con la cabeza rapada le iba a hacer daño. He visto suficientes películas de kungfú para reconocer de inmediato las intenciones malvadas del villano de turno. Sin dudarlo, me abalancé contra él. Un desastre porque, igual que no conseguí romper el ladrillo por la mitad, tampoco pude noquear al hombre con la patada que le pegué. Probé a golpearle con una patada conocida como «La oropéndola amarilla busca agua». El pie golpea primero el empeine del oponente y, después, la entrepierna. El movimiento de defensa se denomina «Cortar bambú con ramas». El oponente da un pequeño paso hacia atrás e intenta golpear con la mano la pierna del atacante. Pero ni oropéndola ni ramas de bambú. La patada apenas le rozó la pierna y acabé perdiendo el equilibrio. El hombre sacó entonces el cable azul del bolsillo de su chaqueta y me rodeó el cuello con él. De haberlo sabido, no me hubiera pasado tantas horas imitando a los actores de

las películas de kungfú. Creo que tendría que haber cambiado el kungfú por el boxeo, que parece más fácil.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que perdí la consciencia. Había oído decir que una persona pierde el conocimiento tras dos minutos sin aire. Una vez inconsciente, el estrangulador solo tiene que esperar otros dos minutos hasta que su víctima muera. Lo que sí que sé es que, durante ese tiempo, me defendí con lo único que tenía a mi disposición. Levanté las manos y arañé el rostro de mi atacante con las uñas. Recuerdo que pensé que, por fin, tener unas uñas tan largas me servía para algo. La pena es que no me valieron para mucho más porque enseguida oí un sonido como el de olas arremetiendo contra unas rocas. Una corriente tibia me embargó el cuerpo y la visión se me nubló. Me avergüenza decirlo, pero creo que me oriné encima antes de morir.

Por suerte, lo último que escuché fue la voz de mi abuela diciéndome lo listo que era de pequeño. Quizás me vuelva listo después de muerto. Sería el mejor regalo que le pudiera dar a mi abuela.

30

Mingxia cogió una piedra del suelo y, con los ojos llorosos, apuntó a uno de los ventanucos de la cabaña. La piedra quebró el cristal como si fuese de papel.

El leproso salió del interior y amenazó a la chica con el palo de una escoba.

—¿Por qué no nos dejas tranquilos de una vez? —gritó—. Tu madre no quiere verte. ¿Tan difícil es de entender?

—¿Qué mentiras le contaste para que se fuera a vivir contigo?

—¿Me estás llamando mentiroso?

—¿Por qué si no iba a abandonarnos para irse a vivir con un paria?

—Paria o no, al menos mi sangre no está maldita.

—Mentiroso —bramó Mingxia mientras cogía otra piedra del suelo.

Cuando la piedra le golpeó un costado, el hombre blandió la escoba como si se tratara de una espada.

Mingxia abandonó el lugar con la desolación del pescador que ve cómo su barca se hunde. El barro se le acumulaba bajo las suelas de los zapatos y cada vez le costaba más caminar. Tropezaba sin cesar con las raíces de los árboles, camufladas por la oscuridad de la noche. La niebla que reptaba por la tierra húmeda hacía que el vestido se le pegara a los muslos. El sudor le perlaba la piel y tenía tanto frío que no podía dejar de tiritar.

La luz de la luna creciente no consiguió que se olvidase de las palabras del leproso, pero permitió que viera su tercer cadáver. Primero, había sido el cadáver de la mujer rica que el paseante cargaba a sus espaldas. Después, el cuerpo con un pie descalzo de Tiang Xue. Su tercer cadáver fue el del idiota del pueblo, semioculto por las hierbas que crecían al borde del camino.

Feihong, con la cabeza gacha, estaba acuclillado junto al cuerpo de Wu Tao. Cuando levantó la mirada tras oír que alguien se acercaba, sus ojos estaban tan vacíos como un pozo seco.

Mingxia se arrodilló a su lado sin importarle las piedrecitas que le aguijonearon la piel como si fueran agujas de acupuntura.

Wu Tao yacía bocarriba con los ojos abiertos. El blanco de sus ojos estaba salpicado de manchas rojas. Un experto habría dicho que aquellas manchas se debían a la rotura de capilares. Lo que más

llamaba la atención era la posición de las manos. Habían caído a ambos lados de la cabeza con las palmas hacia arriba y las largas uñas curvas apuntaban al cielo como si, por última vez, intentaran desafiar a los dioses. Las uñas de varios dedos estaban rotas, otras tenían rastros de sangre. Daba la impresión de que Wu Tao se hubiera defendido de algo o de alguien antes de morir. El cuerpo despedía, además, un tufo a orina que se sumó al olor de la madera podrida y de las hojas descompuestas.

—Creo que lo estrangularon —susurró Mingxia tras percatarse de la marca del cuello, producida quizás por un alambre.

Con los ojos abiertos, parecía como si Wu Tao fuera a levantarse de un momento a otro. Mingxia quiso cerrarle los ojos. Sin embargo, cuando lo iba a hacer, dejó caer el brazo porque, de pronto, se sintió sin fuerzas. Estaba cansada de todo. Tan cansada que la visión de un hombre muerto no le había ocasionado más que una ligera sorpresa. De haber tenido una cama cerca, se hubiera refugiado bajo las sábanas con el cuerpo hecho una bola. De esa manera, al menos dejaría de sentir frío.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con un hilo de voz.

—No lo sé.

La misma luna que iluminaba el cadáver hizo relucir el rostro de Feihong durante unos segundos. Esos pocos segundos fueron suficientes para que Mingxia se percatara de los dos arañazos que cruzaban una de sus mejillas desde la línea del pelo hasta casi tocar la comisura de sus labios.

—¿Cómo te has hecho esos arañazos?

—¿Qué arañazos?

—Los arañazos de la cara.

Feihong se llevó una mano a la mejilla herida. Tan profundos eran los rasguños que parecían los zarpazos de un animal salvaje.

—Habrá sido una rama —dijo.

—¿Una rama? ¿Pretendes que me crea que fue una rama?

Mingxia miró de nuevo las largas uñas de Wu Tao, capaces de rasgar la piel de una persona como un cincel.

—¿Qué insinúas? —masculló Feihong sin todavía comprender nada.

—Dime que no es verdad —exigió Mingxia.

—¿Qué no es verdad qué?

—Dime que no has matado a Wu Tao.

—Por supuesto que no lo he matado.

—¿Cómo explicas que tenga las uñas rotas? Está claro que intentó defenderse de quien sea que lo atacó.

De pronto, una nube ocultó la luna y el rostro del chico se oscureció.

—No me creerás diga lo que diga, ¿no es cierto?

—Te creeré si me cuentas la verdad. ¿Qué hacías vagando por aquí a estas horas?

—Buscarte, ¿qué otra cosa iba a estar haciendo?

Mingxia se levantó porque el olor a orina era mareante. La pierna derecha, la pierna izquierda y, por último, el resto del cuerpo. Cada movimiento requería un esfuerzo descomunal.

—Da igual las veces que te diga que tienes que abrir el melón para ver las semillas del interior —le recriminó Feihong—; es evidente que no puedo obligar a una vaca a bajar la cabeza si no quiere beber agua.

—¿Me estás comparando con una vaca?

El chico exhaló un suspiro resignado.

—Digamos que sí que maté a Wu Tao. ¿Por qué crees que lo hice?

—Solo sé que era el único testigo del asesinato de mi padre.

La nube que había ocultado la luna prosiguió su camino y el rostro de Feihong volvió a quedar iluminado por una luz blanquecina.

—Empiezo a entender lo que está pasando por tu cabecita —dijo tras dejar escapar una risa que sonó a derrota—. Tu nueva teoría es que maté a Wu Tao para que no contara nada. ¿Crees que también maté a tu padre?

Mingxia había oído decir muchas veces que hasta un bambú de diez metros de altura sigue creciendo. Si fuera un bambú, no le gustaría crecer sin fin. Su único deseo sería que lo arrancasen de raíz para que sus ramas se secasen cuanto antes. Un bambú seco no tendría que cuestionarse si Feihong podría ser capaz de matar a alguien.

—Te lo preguntaré una vez más. ¿Mataste a Wu Tao?

—No —contestó el chico con rotundidez.

—¿Tuviste algo que ver con la muerte de mi padre?

Feihong no respondió esta vez. Se levantó del suelo con lentitud y, durante varios segundos, devoró a Mingxia con la mirada.

—No es verdad —dijo por fin con una sonrisa que hizo resurgir sus dos hoyuelos.

—¿No es verdad que mataras a mi padre?

—No es verdad que no me guste tu vestido rojo. —Feihong estiró un brazo para rozar la tela del vestido.

Sin saber cómo reaccionar, Mingxia se miró el vestido, arrugado y con manchas de barro por todas partes. Con un gemido desgarrador, se abalanzó contra Feihong y comenzó a golpearle el pecho con los puños. El chico, que no hizo nada para defenderse, se limitó a abrazarla con vehemencia tras el quinto o sexto golpe.

—¿Por qué? —El grito de Mingxia quedó amortiguado por el torso de boxeador de Feihong.

Un hombre apareció justo entonces por el camino. Canturreaba una canción popular que elogiaba la fragancia de la flor del jazmín y,

cada dos o tres versos, se detenía para beber de una botella. Durante un instante, la luz de la luna iluminó la cara de ratón de Wu Congfa.

—Los hijos siempre salen a sus padres —se burló el hombre entre hipos cuando vio a los dos chicos abrazados. La pelusilla de su mentón estaba apelmazada por el líquido que se le había escurrido por las comisuras de los labios.

La mirada vidriosa de Wu Congfa se desplazó de los dos chicos al cuerpo tendido al borde del camino. Cuando reconoció a su hijo, le pegó varias patadas.

—Levántate, gandul. ¿Qué haces durmiendo a la intemperie? —balbució tras beber otro trago de la botella.

Con una de las patadas, la cabeza de Wu Tao giró a un lado y sus ojos sin vida se cruzaron con los de su padre.

Wu Congfa se agachó para tocar el rostro frío de su hijo con una mano.

—¿Está muerto? —preguntó a sabiendas de cuál sería la respuesta —. ¿Quién ha sido? ¿Quién ha matado a mi hijo?

Mingxia señaló con un dedo a Feihong porque lo único que deseaba era borrar para siempre sus dos hoyuelos.

—Tu hijo le arañó la cara antes de morir. ¿Necesitas acaso más pruebas?

Wu Congfa intentó golpear a Feihong con la botella. Sus movimientos de borracho, sin embargo, eran torpes y el chico tuvo tiempo de protegerse la cabeza con un brazo. La botella se rompió con el brutal impacto y fragmentos de cristal cayeron a los pies de los dos hombres. Un intenso aroma a alcohol se mezcló con el hedor a orina y a descomposición.

Tras verse sin su arma, Wu Congfa escapó corriendo sin dejar de gritar que Feihong había matado a su único hijo.

Feihong se frotó el antebrazo. Por suerte, no se había cortado con ningún cristal. Cuando miró a Mingxia, su rostro tenía la dureza del cemento.

—¿Quieres que sea el culpable? —le reprochó—. De acuerdo, lo seré.

Con estas palabras, el chico echó a correr detrás de Wu Congfa.

31

La niebla era tan densa que casi podría haberla apartado con las manos, como si se tratara de una sábana que hubieran colgado entre dos ramas para que se secase. «Quizás la niebla se lo trague todo», pensó Mingxia. Por desgracia, el pueblo no había desaparecido, sino que seguía donde siempre, impasible ante el sufrimiento de sus habitantes.

Estaba amaneciendo cuando cruzó la puerta sagrada, pero ni siquiera el calor tibio de aquellos primeros rayos de sol pudo templar su cuerpo. Los dedos nebulosos de la niebla se arremolinaban alrededor de sus tobillos y trepaban por sus piernas hasta colarse debajo de su vestido.

El sonido de voces la condujo hasta la plaza. Decenas de vecinos se habían agolpado delante de la casa del alcalde. Unos se disponían a comenzar las labores del día cuando se cruzaron con Wu Congfa, que no paraba de gritar que habían matado a su hijo. Otros se habían despertado con el inusual bullicio. Sin importar lo que estuvieran haciendo, todos observaban expectantes al hombre que, de rodillas, exigía justicia a pleno pulmón. Los altos, satisfechos con la ventaja que les proporcionaba su altura. Los bajos se ponían de puntillas o movían la cabeza de izquierda a derecha para no perderse ni un detalle.

Sin dejar de mirar a Feihong, que estaba de pie al lado del plañidero, Mingxia se movió entre los corrillos que se habían formado. El cartero la saludó con un movimiento de la cabeza, pero la mayoría ni se percató de su presencia, pendientes como estaban del espectáculo.

El anciano con la espalda encorvada como la de un dromedario le hizo un gesto para que se acercara.

—La plaza no había estado tan concurrida desde que fusilaron a tu abuelo —dijo.

—¿Estuvo presente cuando lo mataron? —le preguntó Mingxia.

El anciano paseó la mirada a su alrededor con unos ojos que habían visto más de la cuenta.

—De los que fuimos testigos del fusilamiento, casi no queda nadie.

El alcalde salió por fin de su casa fumándose un cigarrillo. Una aparatosa venda le cubría la herida de la cabeza. Mingxia no sabía si

sentirse aliviada o no de que el hombre no hubiera muerto.

—¿Qué son estos gritos tan temprano? —se quejó el alcalde.

Wu Congfa avanzó de rodillas hasta postrarse delante de él.

—Pido justicia para mi hijo asesinado —gimoteó.

—¿Han matado a tu hijo?

—Mi hijo se defendió de su agresor con las uñas. —Wu Congfa señaló con un dedo a Feihong—. Los arañazos del rostro del asesino son prueba más que suficiente.

Esa mañana no olía a té recién hecho porque, con el alboroto, nadie se había acordado de poner el agua al fuego. Los tejados con forma de seta refulgían con el débil sol matutino. Desde una esquina de la plaza, Mingxia lo observaba todo con la misma curiosidad que sentiría si se tratara de una ópera. Era como si lo que estaba ocurriendo no tuviera nada que ver con ella. Cruzó los brazos sobre el pecho para darse calor porque tenía el vello erizado por el frío.

Los gritos agudos de la señora Jin se abrieron paso entre la multitud congregada.

—Mi hijo es inocente —bramó mientras se arrodillaba también delante del alcalde.

Feihong se apresuró a agarrar a su madre por debajo de los brazos para levantarla del suelo, pero la mujer era un peso muerto que se negaba a moverse.

—Mi hijo es inocente —vociferó de nuevo la señora Jin.

Tras susurrarle algo a su madre al oído, Feihong se dirigió al alcalde.

—Wu Congfa dice la verdad —dijo con claridad para que todos pudieran oírle—. Maté a su hijo con mis propias manos.

Un lamento desgarrador brotó de la garganta de la señora Jin.

—Mi hijo es inocente —repitió entre sollozos mientras se abalanzaba hacia delante para abrazar las piernas del alcalde.

El alcalde se zafó de los brazos de la mujer con una maldición porque el cigarrillo casi se le cae con el sobresalto.

—Por supuesto que es inocente —sentenció—. ¿Qué motivo tendría para matar al idiota del pueblo?

—Pido justicia —reclamó Wu Congfa una vez más.

—Cállate de una vez. —El alcalde abanicó la punta encendida de su cigarrillo delante del rostro del otro hombre.

La mujer del alcalde salió justo entonces de su casa envuelta con una manta. Los tres pelos que le brotaban del lunar que tenía entre las cejas parecían tres dagas.

—No tan deprisa —dijo—. Feihong acaba de confesar que es el culpable.

—Palabras sin sentido —se apresuró a decir el alcalde.

La mujer le dirigió una mirada furibunda a su marido.

—Por mucho que lo intentes, cariño, no puedes apagar el fuego con papel —replicó antes de mirar a Feihong—. ¿Es verdad que mataste al hijo de Wu Congfa?

—Es verdad.

La señora Jin aulló como un animal herido al oír estas palabras.

—Mi hijo solo me está protegiendo —exclamó.

La mujer del alcalde miró el cuerpo tembloroso de la señora Jin.

—¿Estás diciendo que fuiste tú quien mató a Wu Tao? ¿Por qué motivo?

Los ojos de la señora Jin se cruzaron durante un momento con los del alcalde.

—Porque sabía que maté a Wu Zonglou.

Los músculos de Mingxia se tensaron ante la mención del nombre de su padre. Sus manos empezaron a temblar sin que pudiera hacer nada por remediarlo.

Una sombra oscureció de pronto la plaza. Mingxia supuso que una nube estaba pasando por delante del sol, pero cuando levantó la cabeza, lo que ocultaba el sol era un dragón con el cuerpo de una serpiente y la cornamenta de un ciervo. Los dragones son capaces de adquirir la forma de un gusano de seda o de volverse tan grandes como el universo. También pueden cambiar de color para pasar desapercibidos o brillar tanto como las luces de una ciudad. El único deseo de Mingxia era que el dragón acabara devorando a todos los presentes. Su deseo, no obstante, no iba a poder cumplirse porque la criatura tenía dificultades para volar. Su cuerpo estaba cubierto de barro y, por más que se sacudiera, no podía deshacerse de la capa de lodo que amenazaba con estrellarlo contra el suelo como un meteorito.

Mingxia cerró los ojos durante unos segundos. Cuando los abrió de nuevo, el dragón había desaparecido y el sol volvía a brillar por encima de los tejados.

—¿Mataste también a Wu Zonglou? —preguntó la mujer del alcalde.

—Lo hice porque iba a contarlo todo —confesó la señora Jin.

Feihong intentó levantar a su madre una vez más, pero era como si las rodillas de la mujer estuvieran atornilladas al suelo.

—Cállese, madre —suplicó.

—Wu Zonglou había aceptado cargar con la culpa a cambio de conservar sus tierras —continuó diciendo la señora Jin sin escuchar los ruegos de su hijo—. Calló durante años, pero cuando hace unos meses me dijo que quería contarle la verdad a todo el mundo, le golpeé la cabeza con una piedra.

—¿Con qué culpa cargó? —exigió saber la mujer del alcalde.

—Wu Zonglou nunca fue el padre de mi hijo.

—¿Quién es el padre si no?

La señora Jin apuntó al alcalde con un dedo tembloroso.

—Me prometiste que te casarías conmigo. ¿Cuándo tenías pensado cumplir tu promesa?

El alcalde tiró el cigarrillo que se estaba fumando al suelo y lo apagó con un pie.

—¿Quién va a creer a una asesina? —gritó con el rostro contorsionado por la rabia—. Es su palabra contra la mía.

Feihong se arrodilló al lado de su madre.

—¿Cómo iba mi madre a matar a alguien si está casi ciega? —dijo —. Delante de todo el pueblo, confieso ser el único asesino. Golpeé a Wu Zonglou con una piedra y estrangulé a Wu Tao con mis propias manos.

—Madre o hijo, me da igual. —Los berridos de Wu Congfa eran dignos del mejor plañidero profesional—. Quiero que los arresten a los dos.

Mingxia levantó la mirada con la esperanza de que el dragón apareciese de nuevo. Había descubierto la verdad, o al menos algo parecido a la verdad. ¿Por qué no se sentía reconfortada? Esta vez no fue un dragón el que ocultó a medias el sol, sino una nube con ínfulas de grandeza.

—¿Por qué será que los hijos siempre acaban pagando por los pecados de sus padres? —musitó Xiao Bin a su lado—. La madre mató a Wu Zonglou y el hijo ha confesado que fue él para protegerla. ¿Quién habrá asesinado a Wu Tao? La madre cree que fue su hijo y, por eso, ha confesado haberlo matado.

Mingxia notó justo entonces una presencia a su espalda.

—No ha sido fácil encontrarte —le susurró una voz desconocida al oído.

Cuando se giró para averiguar de quién se trataba, se dio de bruces con un hombre con la cabeza rapada.

El chófer de Lao Changfu apretó la punta de una navaja contra su costado.

—¿Un amigo? —preguntó el anciano sin entender lo que estaba ocurriendo porque el cuerpo del otro hombre le impedía ver la navaja.

—¿Por qué no me acompañas a casa? Tienes visita —masculló el chófer.

Los ojos de Mingxia se perdieron por el rostro cubierto de arañazos del hombre con la cabeza rapada.

32

El chófer, a empujones, la obligó a entrar a su casa. Por la puerta se colaron también los ladridos del perro, que escapaban del cobertizo con la furia de una tromba después de una tormenta.

Lao Changfu estaba esperando de pie. Había sacado la muñeca de tirabuzones dorados de la caja y contemplaba su rostro de plástico con curiosidad.

—¿Me has echado de menos? Por cierto, ¿cómo debería llamarte? ¿Rongrong, Jiang Linlin o Wu Mingxia?

—¿Cómo me has encontrado?

—Solo me hizo falta tirar del hilo —explicó el hombre—. Tu amiga del bar de karaoke me dijo dónde trabajabas. Después, tuve suerte de que una de tus compañeras de dormitorio conociera tu verdadera identidad.

—¿Se encuentran bien?

—¿Quiénes?

—Mis amigas.

—Tu amiga del bar de karaoke no colaboró tanto como me hubiera gustado.

—¿Le hiciste daño?

—Me temo que está muerta. —Lao Changfu apretó la cabeza de la muñeca con dos dedos—. La chica de la fábrica fue más lista. Por lo visto, planeaba casarse pronto y aceptó el dinero que le ofrecí para que se comprara un bonito vestido de novia. Me gustan las personas con las que se puede hacer negocios. Le dije que te enviara una invitación de boda. ¿La recibiste?

—Pagarás por lo que has hecho.

Mingxia sintió como si sus piernas no fueran más que dos enclenques ramas de bambú. Un soplo de viento hubiera sido suficiente para romperlas por la mitad.

—No estés tan segura, cariño. ¿No sabes que el que tiene mucho dinero puede hablar hasta con los dioses?

Los ladridos del perro eran cada vez más enérgicos y Lao Changfu se volvió hacia el chófer.

—Consigue como sea que ese maldito animal se calle de una vez —le ordenó.

El chófer asintió con un gruñido y, tras sacar un pedazo de cable

azul de uno de los bolsillos interiores de su chaqueta, se encaminó al cobertizo.

—Por fin solos. —Lao Changfu la miró de arriba abajo—. Recuerdo ese vestido rojo. Es una pena que no tuviera la oportunidad de quitártelo.

—No le contaré a nadie lo que vi —logró decir Mingxia.

—¿Tienes algo de alcohol?

Sin llegar a comprender cómo sus piernas de bambú consiguieron moverse, Mingxia dio varios pasos vacilantes hasta la cocina y cogió la botella de vino de arroz que había escondido detrás de los tarros de especias. Sus manos temblaban cuando le ofreció la botella al hombre.

—No se lo contaré a nadie —repitió.

—Por supuesto que no se lo contarás a nadie. ¿Has probado el vino de arroz? —Lao Changfu sonrió cuando la chica negó con la cabeza—. Me gusta que todas tus primeras veces sean conmigo.

El hombre le sirvió un vaso lleno hasta arriba. Mingxia agarró el vaso con las dos manos sin poder evitar que parte del aguardiente se derramara por el suelo.

—¿Sabes por qué sé que no se lo vas a contar a nadie? —Lao Changfu se bebió su vaso de un solo trago—. Porque no vas a tener voz para hacerlo.

Mingxia giró sobre sus talones para escapar por la puerta, pero el hombre corrió detrás de ella y le prensó el cuello con la parte interna del brazo derecho.

El vaso que sujetaba cayó al suelo y el ruido del cristal al romperse resonó como un petardo. De repente, el intenso olor a alcohol la devolvió al bar de karaoke, con un número colgado de la cintura y la piel de gallina por el aire acondicionado. Sin saber qué otra cosa hacer, mordió el antebrazo del hombre con tanta rabia que un hilillo de sangre comenzó a bajarle por la barbilla.

Cuando Lao Changfu aflojó la presión con un exabrupto, Mingxia se giró a medias. De haber tenido un espejo cerca, hubiera visto que la sangre había teñido sus labios y sus dientes de rojo.

Sin tenerlas todas consigo, intentó huir de nuevo, pero un puñetazo, un poderoso gancho dirigido al estómago, la obligó a caer de rodillas. Ni siquiera notó los diminutos cristales que se le clavaron como agujas. Sí que sintió cómo unas manazas atrapaban su cuello. Desesperada porque no podía respirar, extendió los brazos para defenderse. Quizás podría arañar la cara de su atacante, como había hecho Wu Tao antes de morir, pero sus brazos eran demasiado cortos. El hombre se limitó a apartar un poco el rostro y a aplastar la tráquea de la chica con más fuerza. Como también le ocurriera al idiota del pueblo, a Mingxia se le nubló la visión, le comenzaron a pitar los oídos.

—Siento no haberme acostado contigo —farfulló Lao Changfu—. Por desgracia, no habrá una primera vez para ti.

De pronto, un bulto oscuro se abalanzó contra el hombre.

Mingxia pudo respirar de nuevo. La bocanada que logró alcanzar sus pulmones hizo que empezara a toser sin parar. Cuando sus órganos se convencieron de que no les faltaría más aire, se percató de que el perro intentaba morder el cuello de Lao Changfu.

El hombre, que había caído de espaldas, apartó al animal con las manos y, tras levantarse con dificultad, sacó una navaja del bolsillo de atrás de su pantalón.

Cuando el perro se abalanzó una vez más contra él, Lao Changfu le clavó la hoja hasta el fondo. El animal se desplomó con un lamento. El mango de la navaja le sobresalía del cuello como si fuera uno de esos palos con los que hacen bailar a los dragones de tela durante la celebración del nuevo año.

Lao Changfu se agachó para extraer la navaja del cuerpo del perro.

El animal soltó un gemido aún más lastimero y un chorro viscoso comenzó a brotarle de la herida como si se tratara de una fuente. El olor metálico de la sangre se expandió por la habitación.

—Maldito perro —dijo el hombre mientras limpiaba la hoja con un pañuelo que había sacado del bolsillo de su camisa.

Mingxia consiguió levantarse a pesar de que las piernas apenas podían soportar su peso. Con la visión todavía nublada, embistió hacia delante con tanta furia que Lao Changfu dejó caer el arma al suelo. Mingxia se agachó para coger la navaja y, sin pensárselo dos veces, se la clavó al hombre. No sin esfuerzo, la punta logró atravesar su pecho, los diferentes tejidos, un pulmón o, quién sabe, quizás el propio corazón. Durante un instante, le pareció sentir los latidos del hombre. Solo soltó el mango de la navaja cuando un reguero de sangre caliente empezó a desparramarse por sus dedos.

Lao Changfu, con los ojos desorbitados por la sorpresa, se llevó las manos al mango que le despuntaba del mismísimo centro del pecho. Dio unos pasos tambaleantes hasta que, por fin, las piernas le cedieron. Tras quedar postrado de rodillas unos segundos, su cuerpo se derrumbó hacia delante.

—Se me escapó el perro. —El chófer apareció justo entonces, pero su voz se apagó al darse cuenta de que su patrón no iba a poder responderle.

Con un gesto hermético, el chófer golpeó el cuerpo inerte de Lao Changfu varias veces con la punta de un zapato. Cuando se convenció de que estaba muerto, miró con detenimiento a Mingxia.

—Me temo que tendré que buscarme otro patrón —dijo mientras se abrochaba los botones superiores de la chaqueta.

—Su nombre era Wu Tao —consiguió musitar Mingxia.

—¿El nombre de quién?

—De la persona que te arañó la cara.

—¿El idiota que me atacó? —se burló el chófer.

—No era ningún idiota.

El chófer se encogió de hombros y, con una leve inclinación de la cabeza, se marchó cerrando la puerta detrás de sí.

33

El perro no murió de inmediato, sino que estuvo jadeando un buen rato con la lengua fuera. Con un esfuerzo que solo podría clasificarse de prodigioso, parpadeó varias veces, como si quisiese mantener los ojos abiertos a toda costa. Esos ojos tristes que tan familiares le resultaban a Mingxia, sin embargo, acabaron cerrándose tras respirar una última bocanada de aire.

Tras la marcha del chófer, Mingxia había permanecido inmóvil mirando el cuerpo de Lao Changfu. Tuvo que esperar unos segundos hasta que su corazón puso fin a su desbocada carrera. Sus manos estaban ensangrentadas. Gotitas rojas le chorreaban de las puntas de los dedos. También su vestido estaba manchado. Rojo sobre rojo. Cuando sin querer dio un paso atrás, notó por primera vez el charco de sangre que se había formado a sus pies.

Por más que lo intentó, no pudo contenerse. El hedor que lo inundaba todo hizo que se le revolviera el estómago. Le sobrevinieron unas arcadas que la obligaron a doblarse por la mitad. Dado que no había comido, lo único que consiguió vomitar fueron jugos gástricos y cualquiera sabe qué más.

Cuando las náuseas remitieron, se limpió la barbilla con el dorso de la mano y dio unos pasos titubeantes hacia el lugar donde estaba tendido el perro. Unas huellas rojas la siguieron como fieles guardaespaldas.

—Perdóname por no haberte buscado un nombre —susurró con voz ahogada.

Mingxia se sentó con las piernas cruzadas y, con delicadeza, acostó la cabeza del animal sobre su regazo. No paró de acariciarle el lomo ni siquiera cuando dejó de sentir su respiración.

—Me alegro de que estés bien —dijo de pronto alguien.

Cuando levantó la mirada, descubrió al anciano con la espalda encorvada como la de un dromedario.

Con el bastón, Xiao Bin le dio unos toquecitos al cuerpo aún caliente de Lao Changfu.

—Menos mal que aún veo algo o, de lo contrario, no sería más que un gato ciego tropezándose con un ratón muerto. —El anciano miró a la chica con sus astutos ojos de mono—. ¿Lo mataste?

Mingxia asintió con la cabeza.

—¿Me va a delatar? —preguntó.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque sería lo correcto.

—Hacer lo correcto me importa un bledo. —Con la punta de su bastón, el anciano señaló el cuello enrojecido de Mingxia—. ¿Te hizo daño?

—Mató a mi perro.

—Tu pobre padre te quería tanto que acabó muriendo dos veces por ti.

Estas palabras no tenían ningún sentido para Mingxia, por lo que no les puso asunto.

—Si no va a delatarme, ¿qué tiene pensado hacer? —dijo sin dejar de acariciar el lomo del perro, como si así pudiera conseguir que respirase de nuevo.

Xiao Bin se movió con pasos renqueantes hacia el armario. Lo abrió y, del interior, sacó las sábanas que la chica había traído de la ciudad.

—Utiliza una de estas sábanas para arrastrar al hombre fuera.

—¿Qué hago después?

—Enterrarlo, por supuesto.

Levantarse le supuso a Mingxia un esfuerzo inhumano. Con movimientos propios de un autómata, extendió una de las sábanas entre la mesita y la puerta. Como pudo, hizo rodar el cuerpo de Lao Changfu hasta acostarlo sobre la sábana. El cadáver del hombre quedó bocarriba y se apresuró a cubrirle el rostro porque tuvo la impresión de que sus ojos la estaban mirando.

Cuando tiró de un extremo de la sábana, la tela arrastró consigo no solo el cuerpo, sino la sangre que manchaba el suelo. Un reguero rojo marcó la que estaba siendo la procesión fúnebre de Lao Changfu.

Mingxia nunca supo cuánto tiempo le llevó trasladar el pesado cadáver hasta la montaña de estiércol. Cada varios pasos tenía que detenerse para coger aire y secarse las manos sudadas con la parte de delante de su vestido. Tan exhausta estaba que ni siquiera notó el hedor que el estiércol desprendía.

Sin darse tiempo para evaluar si lo que estaba haciendo era lo correcto o no, Mingxia se encaminó deprisa al cobertizo y regresó con una pala. Una palada tras otra, cavó un agujero junto a la montaña de estiércol. Cuando se convenció de que la profundidad era más que suficiente, dejó caer el cuerpo dentro y, acto seguido, lo cubrió con tierra y estiércol. Nunca se imaginó que la sábana que había comprado, tan suave como la seda, acabaría siendo el sudario de Lao Changfu.

—¿Quién era? —quiso saber el anciano.

—Un hombre malo.

Mingxia no podía despegar los ojos del lugar donde había enterrado a Lao Changfu e intentó cubrirse el rostro para dejar de ver la tierra removida. Cuando se percató de que tenía las manos ensangrentadas, no le quedó más remedio que bajar los brazos.

—Todavía no has terminado —indicó Xiao Bin—. Debes enterrar al perro junto a la tumba de tu padre.

—¿No bastaría con enterrarlo aquí? —preguntó Mingxia porque no se sentía con fuerzas de nada más.

—Entiérralo donde te digo.

Bajo la atenta mirada del anciano, Mingxia regresó a casa y metió el cuerpo del perro dentro de uno de los sacos que su padre utilizaba para llevar el arroz al mercado. El animal estaba frío al tacto y la sangre había apelmazado el pelo de su pecho. Durante un breve instante, tuvo la esperanza de que ladrara para exigirle que lo sacase del saco.

—¿La Policía arrestó a Feihong? —Las palabras se le atragantaron, pero tenía que saber lo que había ocurrido.

—¿La Policía? —Xiao Bin soltó una carcajada—. Nadie del pueblo va a llamar a la Policía. Lo único que harán será expulsar a Feihong y a su madre. Después, elegirán a un nuevo alcalde. Dentro de unos días todo habrá vuelto a la normalidad.

—No es justo.

—Por supuesto que no lo es.

—¿Qué va a ser de mí? —musitó Mingxia mientras cerraba el saco con un nudo.

—¿Nunca te has planteado volver a casa?

De nuevo, las palabras del anciano eran un sinsentido. Mingxia miró el charco de sangre, que comenzaba a filtrarse por los poros del suelo de cemento.

—No creo que pueda seguir viviendo aquí.

—Me refiero a tu verdadera casa. —El anciano sonrió cuando el ruido de una moto se coló por la puerta—. Mi sobrino tiene prisa por regresar al pueblo.

Con el saco al hombro, Mingxia se encaminó al lugar donde estaba enterrado su padre. La tumba, semioculta por la niebla, tenía el mismo aspecto abandonado que cuando la visitó por primera vez.

Como no había traído una pala, no le quedó más remedio que excavar un agujero con las manos. El barro le ensució las uñas de la misma manera que la pintura que utilizaba para maquillar los rostros de las muñecas. No consiguió abrir una hondura profunda, por lo que acabó cubriendo el cuerpo del perro con piedras que acarreó de los alrededores.

De rodillas delante del montón de piedras, se echó a llorar con el desconsuelo de un niño que, tras caerse, no tiene a nadie que lo ayude

a levantarse. Lloró por el perro todo lo que no había llorado por su padre. Las lágrimas se mezclaron con el barro y la sangre que le ensuciaban la cara hasta formar ríos sucios que se precipitaban por sus mejillas.

La niebla comenzó a disiparse, pero Mingxia hubiese preferido que siguiera envolviéndola con su manto para que ni los dioses del cielo ni del infierno se burlaran de ella por llorar la muerte del perro más feo que había visto nunca.

34

Tras dejar atrás las tumbas, Mingxia se dirigió a la casa del leproso. Despacio, para evitar que las hojas crujieran bajo sus pies, se acercó a una de las ventanas, pero no había nadie. La puerta estaba entreabierta. Cuando entró, se dio cuenta de que sus habitantes se habían marchado para, quizás, no regresar nunca. Los cajones de la única cómoda estaban vacíos. El armario, con las perchas sin ropa y las estanterías desocupadas, recordaba a una sonrisa a la que le faltaran los dientes. El olor que rezumaban las paredes era el propio de los lugares que se saben abandonados.

Mingxia parpadeó varias veces porque no quería llorar de nuevo.

Cuando regresó a casa, lo primero que hizo fue prender el hogar de arcilla. Tras esperar un poco a que el fuego se avivara, arrojó a las llamas el vestido rojo que llevaba puesto, con la tela acartonada por la sangre. Bastaron unos segundos para que, del vestido, solo quedaran unas tiras chamuscadas.

También tiró al fuego la muñeca de tirabuzones dorados que Cao Chunmei le había enviado. Las llamas quemaron la ropa de la muñeca, hicieron arder el pelo amarillo y ennegrecieron el rostro de plástico. Lo único que parecía resistir eran los ojos, que seguían observando inquietantemente el mundo a su alrededor.

El humo que desprendía el hogar se coló por la garganta de Mingxia. Tosió varias veces y los ojos se le irritaron, pero no desvió la mirada ni un momento hasta que, al cabo de unos minutos, la muñeca acabó consumida por el fuego.

Por último, quemó las fotos que se había sacado nada más conseguir el trabajo de la fábrica. El papel de las fotos se retorció hasta que no quedó rastro de las palmeras ni de la playa de arena blanca.

El resto del día se lo pasó limpiando. Recogió el vaso roto, abrió las ventanas para que la habitación se airease. De rodillas, con un paño y un cubo de agua, restregó el suelo hasta borrar cualquier vestigio de sangre.

Esa noche apenas durmió. Cansada de dar tumbos, se encaminó al cobertizo y, refugiada entre los aperos de su padre, dormitó unas horas hasta que las primeras luces del día se abrieron paso por las grietas de las paredes.

Con un sol que se atrevía a desafiar a la niebla que ascendía desde el fondo del valle, Mingxia cerró por última vez la puerta de su casa. Cargada con solo el erhu y los libros de poesía de su padre, trepó por el sendero que conducía al pueblo. Sin saberlo, llevaba consigo lo mismo que su padre cuando lo expulsaron.

Las miradas de los vecinos la siguieron nada más atravesar la puerta sagrada. Dos mujeres que sacudían unas mantas bajaron las cabezas cuando sus ojos se cruzaron con los de Mingxia. Un hombre que arrastraba una carretilla se apresuró a perderse por una calle lateral para no tropezarse con ella. Un adolescente que acarreaba un cubo de desperdicios echó a correr sin alimentar al cerdo que esperaba impaciente su comida.

Mingxia se detuvo. Buscó los ojos de las mujeres que habían dejado de sacudir las mantas. Siguió con la mirada al hombre con la carretilla. Soltó un resoplido al ver cómo el adolescente huía con el cubo de desperdicios.

—Vergüenza os debería dar —gritó a los cuatro vientos.

Por supuesto, nadie se atrevió a protestar.

Mingxia prosiguió su camino sin mirar a los lados porque no quería cruzarse con Feihong. ¿Habría abandonado el pueblo con su madre casi ciega? Deseaba con todas sus fuerzas que así fuese. De lo contrario, no estaba segura de poder resistir la tentación de huir con él.

Tras detenerse delante de la casa de Wu Congfa, golpeó la puerta con tanta determinación que hasta los goznes se quejaron.

—Largo de aquí —bramó el hombre al asomar la cabeza.

Mingxia empujó la puerta con el peso de su cuerpo.

—Esta es también mi casa —replicó.

Con la punta de un pie, apartó las hojas secas y las ramas de bambú que ensuciaban el patio.

—Si no tienes otra cosa mejor que hacer, ¿por qué no te pones a barrer el suelo? —dijo mientras le ofrecía a Wu Congfa una escoba que alguien había dejado abandonada junto a unas macetas con unas flores mustias.

El hombre la observó unos segundos con la boca igual de abierta que un pez que no pudiera respirar.

—El cielo tendría que volverse del revés antes de que un mono me diga lo que tengo que hacer —chilló.

—El cielo se volvió del revés cuando murió tu hijo —gritó su madre desde la oscuridad de su habitación—. Haz lo que te ordena la chica.

La voz de la anciana se arrastró por el suelo del patio con la pereza de la edad.

Mingxia se dirigió al cuarto de donde provenía la voz. La mujer

parecía haber envejecido una década desde su última visita. Su rostro estaba más pálido, más arrugado si cabe. Las manos que tenía posadas sobre el regazo le temblaban sin cesar. El cuerpo se le había encogido tanto que daba la impresión de estar a punto de desaparecer entre los pliegues de la blusa que llevaba puesta.

La anciana señaló el féretro negro con un dedo apergaminado.

—Quién me iba a decir que el primero que utilizaría el ataúd sería mi nieto —se lamentó.

Mingxia apoyó el erhu contra una pared. Los libros de poesía los dejó sobre una estantería, junto a unos jarrones de porcelana.

—Si no tiene ninguna objeción, me haré cargo de la familia a partir de ahora —dijo sin más.

—Por supuesto que debes encargarte de la familia. ¿Quién más nos queda?

—Necesito dinero para comprar un búfalo.

—¿Para qué necesitas un búfalo?

—Para arar la tierra, ¿para qué si no? —Mingxia paseó la mirada a su alrededor—. ¿Dónde está el *jiapu*?

La mujer señaló un pequeño baúl. Mingxia sacó el libro del interior, lo colocó sobre una mesa y pasó las páginas con cuidado hasta dar con la que buscaba.

Con un bolígrafo que encontró dentro de un cajón, escribió su nombre debajo del de su padre. También escribió el nombre de su madre tras un momento de indecisión.

—¿Qué haces? —le increpó la anciana.

—Remediar una omisión que ha durado demasiado tiempo.

—¿Necesitas algo más? —Los músculos de la mujer no se relajaron hasta que Mingxia volvió a guardar el *jiapu* dentro del baúl.

—¿Esta casa tiene ducha?

—Claro que tiene ducha.

—Me alegro, porque no se imagina las ganas que tengo de ducharme.

Con estas palabras, Mingxia salió del cuarto. Según un antiguo dicho, un mal principio solo podía tener un mal final, pero quizás no siempre fuera verdad. Por primera vez, se sentía como si se hubiera librado de un bloque de cemento que, sin saberlo, le había estado presionando el pecho hasta ahora.

Wu Congfa barría el patio con la impotencia de un tigre al que le han cortado las garras.

—¿Tocas el erhu? —le preguntó Mingxia.

—Como un profesional.

—¿Te importaría enseñarme a tocarlo?

—Por mucho que se ponga una corona, no sé si un mono podría aprender a tocar el erhu —replicó el hombre.

—Te sorprendería lo que este mono con corona es capaz de hacer.

De pronto, una sombra oscureció el patio. Cuando Mingxia levantó la mirada, vio un espléndido dragón que sobrevolaba los tejados del pueblo. Su cuerpo de serpiente estaba aún cubierto de barro, pero se sacudió una y otra vez. Tras deshacerse de los últimos restos de suciedad, sus escamas comenzaron a brillar tanto que Mingxia tuvo que entrecerrar los ojos.

Con la mano izquierda a modo de visera para protegerse del fulgor, Mingxia se despidió del dragón con una sonrisa. Como era su costumbre, se cubrió la boca con la mano derecha para ocultar la separación entre sus dos paletas, pero le pareció oír de pronto la voz de su padre. «¿Por qué te tapas la boca?», silbó el viento que jugaba entre las paredes del patio.

Mingxia bajó el brazo derecho.

La sonrisa que dibujaron sus labios brillaba tanto como el cuerpo del dragón.

35

La confesión de Gou

La primera vez que morí lo hice como Wu Zonglou. Por un golpe con una piedra. La segunda, como Gou. Por una cuchillada. Como Wu Zonglou, morí a manos de una mujer que había conocido toda mi vida. Como Gou, morí a manos de un desconocido.

Mi hija no llegó a darme un nombre. Me llamaba Gou, que significa «perro». De los perros dicen que, por mucho que quieran, no pueden reprimir el instinto de comer mierda. También dicen que nunca saldrá marfil de la boca de un perro. Por suerte, mi hija permitió que me quedara a su lado hasta el final.

Durante estos últimos meses, tuve que acostumbrarme a mi nueva apariencia canina. Del hocico a la cola: entrecejo, frente, nuca, cruz, lomo, grupa. Las ancas unen las patas traseras con la pelvis. Los codillos son las articulaciones que unen las patas delanteras al cuerpo. El mundo a mi alrededor era extraño. Después de todo, no es lo mismo mirar el mundo desde la altura de un hombre que desde poco más de medio metro del suelo. Desapareció el color rojo. Lo que antes era verde o anaranjado pasó a ser amarillo. El resto era azul, violeta o gris. Más que de la vista, aprendí a depender de mi olfato. Olores florales, leñosos, químicos, mentolados, dulces, rancios, frutales, olores a podrido, a quemado. El olor del estiércol, del barro, de la madera, de la hierba, de la paja, de los excrementos de los animales. El cobertizo huele al orín de los aperos de labranza. La casa huele a la humedad de las esquinas. El arroyo huele al fango que arrastra el agua. El bosque huele al musgo que cubre los troncos de los árboles. El arroz recién sembrado huele al abono con el que se fertiliza la tierra. No todas las montañas de estiércol huelen igual. No todos los charcos de agua tienen el mismo olor. Los excrementos de un pato huelen distinto que los de un cerdo. El aire cuando amanece no huele igual que el del anochecer. Por la mañana, el aire huele a la hierba empapada por el rocío, a la tierra que empieza a calentarse con los primeros rayos de sol, al té caliente que se bebe el granjero antes de ir a trabajar. Cuando anochece, el aire huele al sudor que impregna la ropa de ese mismo granjero tras estar todo el día trabajando, a la leña recién prendida del hogar, al arroz que cocinan las familias para cenar.

Cuando morí como Wu Zonglou, le acababa de decir a Jin Linfeng que, por muy grandes que fueran sus manos, nunca podrían cubrir todo el cielo. Nada más decirle esto, me giré para irme y, entonces, la mujer me golpeó por detrás con una piedra. Lo último que vi antes de desplomarme fue a su hijo, que venía corriendo por el camino.

—¿Qué ha hecho, madre? —gritó Feihong al darse cuenta de lo que había ocurrido.

Jin Linfeng fue la primera chica de la que me enamoré. Me fascinaba que tuviera los ojos de diferente color, uno marrón y otro azul. Por supuesto, se burló de mí cuando intenté besarla un día a la salida del colegio. Sus ambiciones, incluso entonces, no comprendían dejarse besar por el hijo de un contrarrevolucionario.

Cuando morí como Gou, lo hice defendiendo a mi hija de un hombre que intentaba estrangularla con las manos. Mi segunda muerte fue menos traumática que la primera porque dejé escapar mi último aliento mientras mi hija me acariciaba el lomo. Nada mejor que morir envuelto por el olor de la persona que más quieres.

De nuevo, asciendo cada vez más alto, sobrevuelo las terrazas de arroz hasta alcanzar la plaza del pueblo. Me detengo un instante sobre la casa de Zhang Bin. Nunca me hubiera imaginado que acabaría siendo el alcalde. Zhang Bin siempre me odió. Mi familia había sido la propietaria de todas las tierras de los alrededores. Por el contrario, sus padres —supongo que también sus abuelos, sus bisabuelos e, incluso, sus tatarabuelos— habían sido sirvientes. Recuerdo que el día que cumplí diez años, no se me ocurrió otra cosa que pasearme por el pueblo con mi ropa nueva. Mi familia lo había perdido todo, pero seguíamos manteniendo las apariencias. Por aquel entonces, Zhang Bin era un adolescente que olía tan mal como los cerdos que cuidaba. Eso mismo le dije cuando me crucé con él por la calle, con mis aires de señorito venido a menos. Zhang Bin se enfadó tanto al oír mis palabras que me tiró al suelo y comenzó a pegarme patadas. Cuando mi padre vio lo que estaba pasando, cogió una vara de bambú y, tras ordenarle a Zhang Bin que se pusiera a cuatro patas, le golpeó las nalgas hasta que sangraron. El que odia siempre esgrime la espada más afilada. Quizás nada de esto habría ocurrido si, aquel día, le hubiese pedido disculpas.

Desciendo unos metros para sobrevolar el patio de mi antigua casa. Mi hija está de pie mirando el cielo. Tiene los ojos entrecerrados porque el sol le da de frente, pero tengo la impresión de que, durante unos segundos, sus ojos se cruzan con los míos. Mingxia sonríe de pronto y, como siempre suele hacer, se cubre la boca con la mano.

—¿Porque te tapas la boca si tienes la sonrisa más bonita del mundo? —le digo.

Como si me hubiera oído, mi hija baja el brazo y, quizás por

primera vez, le sonríe al mundo sin ningún complejo.

Me alegro de que haya regresado por fin a su verdadera casa. Como dicen, una peonía puede ser la flor más esplendorosa, pero aun así necesita un tallo verde que la sustente.

Con la imagen de su sonrisa, continúo mi vuelo porque sé que no necesitaré morir una tercera vez.

Gracias por leer *Las muñecas chinas*.

Si quieres saber más acerca de mí, escribirme unas líneas, unirte a mi club de lectores o leer gratis algunos de mis cuentos, visita mi sitio web:

www.leticiamh.com

Si, además, disfrutaste con esta historia, te agradecería que escribieras una breve reseña. ¿Dónde? Pues donde te sea más fácil: Amazon, Goodreads, Facebook, Twitter, etc. El boca a boca es fundamental para que otros lectores descubran este libro.

Otras obras

La ecología de las arañas

Los muertos tropicales

El ruido del fin del mundo

Nota al lector

Con este libro, me he ido de Hawái (el escenario de mi primera novela y el lugar donde resido desde 2015) a China. ¿Por qué China?, me preguntarás. Supongo que al vivir tan cerca del continente asiático, no he podido más que sentir curiosidad por China, sobre todo porque un alto porcentaje de la población de Hawái es de ascendencia china. Comencé a escribir esta historia, por tanto, como una excusa para aprender más acerca de este país.

China es un país complejísimo. Cuenta con más de mil millones de habitantes y más de cincuenta minorías étnicas. Entender un país así es la labor de una vida. Por este motivo, esta novela no pretende, ni mucho menos, ser un espejo fiel de su idiosincrasia.

Me he intentado documentar lo mejor posible, eso sí. Mientras aprendía acerca de este país, sin embargo, me vinieron a la cabeza unas palabras de Tony Hillerman, un escritor estadounidense. Este escritor dijo que lo que más cuesta aprender de las gentes de otros pueblos es que, al final, son iguales que uno. ¡Cuánta razón tenía!

Los pilares sobre los que se sustenta esta novela son dos libros. El primer libro, *Factory Girls: From Village to City in a Changing China*, de Leslie T. Chang, es una mirada íntima al día a día de las chicas que migran de sus pueblos a las ciudades industriales del sureste de China. Nada más leer este libro, supe quién iba a ser la protagonista de mi historia. El segundo libro, *The Terrace Builders: The Hani and their Neighbors in Yunnan's Ailao Mountains*, de Jim Goodman, es un recorrido por los pueblos que construyeron las impresionantes terrazas de arroz escalonadas de la provincia de Yunnan. El pueblo de mi novela, con sus tradiciones y sus costumbres, está sacado de estas páginas.

El libro que me sirvió de inspiración para crear a varios de mis personajes es *The Corpse Walker: Real Life Stories, China from the Bottom Up*, de Liao Yiwu. Este magnífico libro es una colección de entrevistas que el escritor realizó a hombres y mujeres de la China más marginal. Espero que a Liao Yiwu no le importe que haya tomado prestadas algunas de las vivencias de estas personas.

Dos estupendos libros que me permitieron acercarme a China fueron: *Country Driving: A Journey Through China from Farm to Factory*, de Peter Hessler, y *China Road: A Journey into the Future of a Rising*

Power, de Rob Gifford.

Muchos de los proverbios y dichos con los que he salpicado el texto provienen de este libro: *Chinese Proverbs and Popular Sayings*, de Qin Xue Herzberg y Larry Herzberg.

Como no solo de libros vive el hombre, estos documentales también me fueron de gran utilidad: *Last Train Home* (que narra el éxodo anual de millones de trabajadores chinos), *The Story of China with Michael Wood* (que explora la milenaria historia de China), *China: A Century of Revolution* (un minucioso recorrido por la historia moderna de China) y *Wild China* (un viaje por los exóticos paisajes naturales de China).

No sé cuántas películas y series de televisión chinas he visto. Es un milagro cuando, con solo pulsar un botón del mando a distancia, puedes ver películas y series provenientes de países tan lejanos como China.

Para terminar, cualquier viaje por China no sería completo sin haber leído los cuentos de Lu Xun o las novelas de Pearl S. Buck.

Lu Xun está considerado el padre de la literatura moderna china. Sus relatos breves más conocidos son «Diario de un loco» y «La verídica historia de A Q».

Pearl S. Buck es una escritora estadounidense ganadora del Premio Novel de Literatura. Gran conocedora de China, su novela más famosa es *La buena tierra*.

Quiero señalar también que he utilizado el pinyin, el sistema de transcripción oficial, para adaptar las grafías chinas al alfabeto latino (sin marcar los tonos, es decir, sin acentuar, para facilitar la lectura).

Cualquier error, como siempre, es mío.

Agradecimientos

Mi lista de agradecimientos es similar a la de mi anterior novela porque he tenido la suerte de que muchas de las personas que me apoyaron entonces han continuado haciéndolo. Solo por este motivo, me siento la escritora más afortunada del mundo.

Gracias a mis padres, a mi hermano y a mi marido.

Gracias a mi maravilloso grupo de lectores cero: Pilar Acosta, Carlos del Burgo, Antonio Cabrera Lavers, Julia de León, Basilio Ruiz Cobo y Ana Vidal. Sus aportaciones fueron valiosísimas durante el proceso de revisión.

Gracias a Xavier Comas por diseñar, una vez más, una portada soberbia.

Gracias a Raquel Ramos por seguir siendo la mejor cazadora de errores.

Gracias, por supuesto, a mis lectores por animarme a continuar escribiendo contra viento y marea.

Por último, gracias de nuevo a la biblioteca pública Thelma Parker de Waimea por proporcionarme acceso a muchos de los libros que necesité para documentarme.